

Literatura Abierta



NÚM.1. ABRIL 2021.

© 2021, Revista Literatura Abierta
Revista literaria Núm. 1
Abril de 2021

Dirección: Gonzalo Sáenz
Diseño de portadas: Marta Díaz
Maquetación y corrección: Carlos Aycart Capote

www.consultorliterario.com
literaturaabierta@gmx.com

ISSN: 2697-1755

Editada en Córdoba (España)

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Sumario

Editorial

CARTA EDITORIAL	5
-----------------------	---

Entrevistas

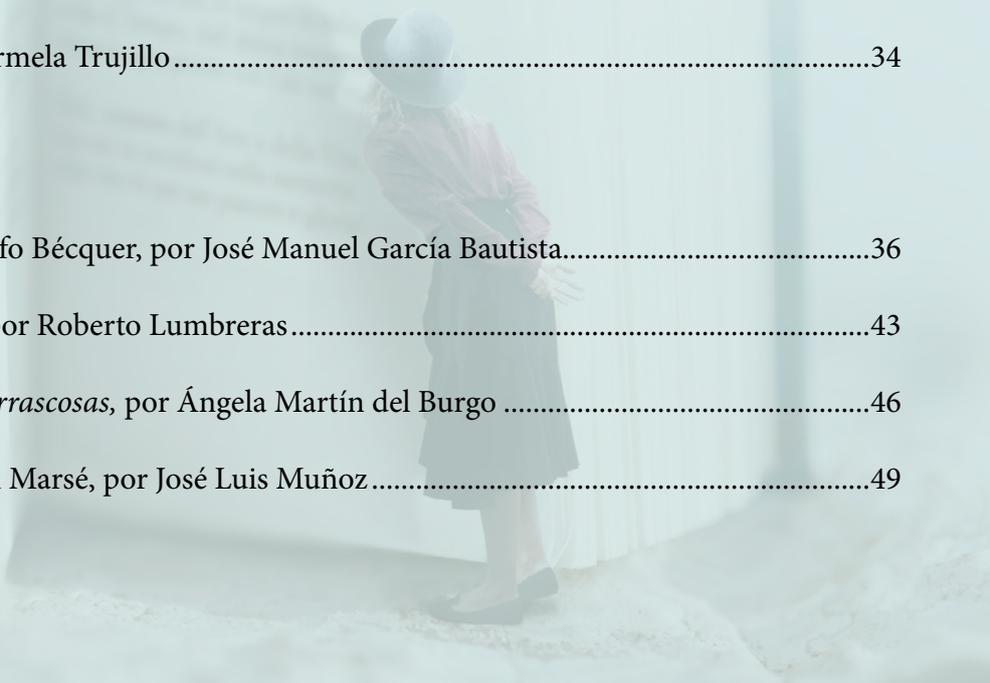
Entrevista de Ginés Vera a Lorena Franco	6
Entrevista de Ginés Vera a Eva García Sáenz de Urturi	9
Entrevista de Ginés Vera a José Luis Muñoz.....	11
Entrevista de Miguel A. Pérez a María Casal.....	13

Reseñas

Reseña: <i>Cómo cocinar un niño</i> , Pepe Maestro	22
Reseña: Cinco historias con valores para disfrutar en familia	23
Recomendación: Cinco libros infantiles educativos y divertidos	26
Reseña: <i>La trucha que mató al rey</i> , Teresa López Velayos	28
Reseña: <i>Resina</i> , Ane Riel.....	29
Reseña: <i>Los asesinos del emperador</i> , Santiago Posteguillo.....	30
Reseña: <i>El rey del invierno</i> , Bernard Cornwell.....	31
Reseña: <i>El enigma del Salón Victoria</i> , Antonio Puente Mayor	32
Reseña: <i>Guardando las apariencias</i> , Carmela Trujillo	34

Artículos

Artículo: Los secretos de Gustavo Adolfo Bécquer, por José Manuel García Bautista.....	36
Artículo: La soledad del porvenirista, por Roberto Lumbreras.....	43
Artículo: Virginia Woolf y <i>Cumbres Borrascosas</i> , por Ángela Martín del Burgo	46
Artículo: La caja de los truenos de Juan Marsé, por José Luis Muñoz.....	49



Relatos

Relato: <i>Semper Vivens</i> , Rafael Jordá	52
Relato: Fragmento del libro <i>Crónica de una putada colosal</i> , Julián Redondo Crónica periodística de la pandemia	57
Relato: <i>El secreto del olivar</i> , Gabriela Quintana Ayala.....	61
Relato: <i>El maestro de buceo</i> , Manuel Monterrey.....	65
Relato: <i>La moneda de diez yenes (El viaje de un lector impenitente)</i> , Isaías Covarrubias Marquina.....	70

Poesía

Poesía: <i>Poemas para ablandar a las rocas</i> , Guillermo Vega Zaragoza	74
Poema: <i>Escribir</i>	75
Poema: <i>Razón de las palabras</i>	76
Poema: <i>Tè hablo del poeta</i>	77



CARTA EDITORIAL

Literatura Abierta inicia este mes de abril de 2021 su aventura editorial con el primer número de nuestra revista literaria; una publicación digital, mensual y gratuita.

La revista es fruto del trabajo de varios profesionales, quienes con mucha ilusión hemos decidido emprender este proyecto, que nace del compromiso con el mundo literario y el fomento de la lectura.

Para cumplir nuestro objetivo intentaremos que la revista *Literatura Abierta* sea un puente entre autores y lectores, y para ello, en la publicación encontrarán reseñas de libros, entrevistas, artículos, poemas, relatos y mucho más.

Desde estas líneas deseamos expresar nuestro especial agradecimiento a quienes han colaborado en el nacimiento de la revista y se invita a la comunidad literaria a remitirnos sus artículos y narraciones para su publicación en los próximos números.

Esperando que nuestros contenidos sean de su interés, agradecemos y damos la bienvenida a todos los lectores, quienes son la principal razón de ser de esta revista.

Gonzalo Sáenz
Director



Entrevista de Ginés Vera a Lorena Franco

Ginés Vera. MBA en Dirección Empresarial y Marketing ESIC Business & Marketing School. Formador diplomado por la Universidad Internacional Valenciana. Escritor. Divulgador. Docente de talleres de escritura. Blogger en *Maleta de Libros*.

Hoy comparto con vosotros la entrevista que me ha concedido recientemente Lorena Franco, autora de *Todos buscan a Nora Roy* (Planeta). Un nuevo trepidante thriller tras el éxito de su anterior *El último verano de Silvia Blanch* (Planeta) que disfruté página a página. Confío en que también os animéis a leer esta novela de Lorena Franco además de la entrevista.

Creo que es la primera novela que leo en la que el oficio de la protagonista es la tanatopraxia. Qué original. Como también esos detalles sobre los espasmos y los silbidos a causa de los gases durante la labor de Eva en este oficio. “Este trabajo da para muchas anécdotas —leemos—, pero casi nadie las quiere escuchar.” ¿Cómo y cuándo decidió este rasgo para este personaje? ¿Tuvo ocasión de “documentarse” sobre la labor del tanatopractor/a?

La tanatopraxia es una profesión que siempre me ha atraído, aunque reconozco que yo sería incapaz de ejercerla. Que a Eva no le traume la idea de enfrentarse a cadáveres también ayuda en una trama que, a medida que avanza, se vuelve más truculenta. Estamos acostumbrados a inspectores, periodistas... por lo que aporta un toque original en el género del thriller y siempre quise introducir esta profesión en alguna de mis historias; en esta encajó perfectamente. Sí me documenté mucho sobre la tanatopraxia, algo que hizo que admirara aún más la labor que ejercen, pero la perspectiva de Eva, en la mayor parte de la historia, no se centra en el sentido práctico de su trabajo, sino que lo abordamos más desde una perspectiva humana y sensible.

En uno de los pasajes de la novela, Eva habla del morbo periodístico de algunos medios de comunicación que alargan las noticias para despertar el interés del público. No sé si es de alguna manera una crítica velada al cuarto poder, quizá ese elemento de denuncia social habitual en el género de la novela negra más allá de la parte ficcional de la historia.

Desde la parte ficcional de la historia, Eva sabe la verdad, una verdad que los medios encubren o no han descubierto aún, por lo que eso le genera una frustra-



ción que la lleva a hacer esta crítica. Cuando una noticia se convierte en un tema popular del que la gente quiere saber, se alarga hasta límites que, en ocasiones, no tienen mucho sentido e incluso a veces pierden cierta credibilidad. Ocurre en el caso de Nora Roy y ocurre en realidad, aunque no es un tema que haya metido en la historia como denuncia social. Hay temas mucho más graves como la corrupción, el abuso de poder...

Uno de los personajes afines a la protagonista es tajante con una de sus frases: “Porque el mundo está loco.” Esa locura social, metafórica acaso, ese sentimiento de que como sociedad tendemos al caos o a la irracional ¿puede ser uno de los elementos clave de *Todos buscan a Nora Roy*?

Desde luego. Porque muchas de las cosas que ocurren en *Todos buscan a Nora Roy* son de locura, de una maldad sin límites. Pero, como se suele decir, la realidad supera a la ficción. Muchos lectores han recordado a través de esta trama un caso muy conocido en España que no mentaremos para no hacer spoiler, pero la propia Eva también lo menciona. ¿Quién no ha dicho, como Lola, compañera de trabajo de Eva en el Tanatorio, que el mundo está loco tras ver según qué noticia en los informativos? Yo lo he dicho muchas veces, seguro que tú también.

Eva evoca a menudo a su abuela. A los consejos o a los últimos años que pasó con ella. Creo que ese personaje, su relación con Eva, tiene un papel importante en la trama de la novela. ¿Qué nos puede contar a este respecto?

La abuela de Eva es una sombra. Siempre está en su recuerdo, es el principal motivo por el que se refugia en la ficción, en no querer saber demasiado de lo que ocurre en “el mundo real”. Su abuela fue como una madre y un padre al mismo tiempo; “nana”, como la llamaba, fue su persona favorita en el mundo y ahora que le falta, es normal que no termine de habituarse a su nueva vida sin ella.

“...Hay gente mala y ya está. Demonios, son demonios disfrazados de personas normales y corrientes.” Curiosa la reflexión de uno de los personajes cercanos a Eva. Háblenos de estos “demonios”, de si también coincide con el personaje de su existencia entre nosotros.

Sí, es la reflexión de la señora Cecilia, la vecina del segundo, una anciana de noventa años que tiene por costumbre asustar y sobrecoger a Eva y que, en un principio, no iba a tener mucho protagonismo en la historia, pero que al final es el desencadenante de muchas cosas... Y sí, coincido con ella en esos “demonios” que pasan desapercibidos entre la sociedad; solo hace falta encender la tele, ver los informativos o leer la prensa, y conocer su existencia.

***Todos buscan a Nora Roy* está dividida en cinco partes interconectadas. Quería preguntarle por la decisión de plantearla así, fragmentado la trama, además de ese contrapunto buscado, no solo dando voz a distintos personajes, sino con el intencionado intercalado de textos periodísticos reforzando la estructura narrativa.**

Le otorga agilidad a la trama y frescura, así como las dos voces narrativas principales, la de Eva y la de Nora Roy, que hacen que el lector siempre vaya un paso por delante de ellas. Los textos periodísticos, la prensa en forma de diario ficticio *Barcelona ahora*, que fue muy protagonista en mi anterior novela *El último verano de Silvia Blanch*, sustituyen en cierto modo la investigación policial, para que el lector conozca, desde otra perspectiva, cómo está “el caso Nora Roy”, que se convierte, de la noche en la mañana, en la mujer más buscada de España por su supuesto doble crimen en el centro psiquiátrico donde estaba interna.

Háblenos de las series de TV que le gustan a Eva y que cita en la novela. Me ha parecido curiosa la referencia a *Outlander*, a *This is us*, pero especialmente a *Friends*. De esta, la protagonista afirma que es la serie “que nunca pasará de moda”, incluso leemos detalles concretos de algunos capítulos de aquella.

Son tres de mis series preferidas. Series en las que Eva se refugia por el mal momento por el que pasa tras la muerte de su abuela y la ruptura sentimental con Miguel, su novio de toda la vida. Ese refugio en la ficción, por cierto, le va a pasar factura por no estar muy al día de la actualidad... Respecto a *Friends*, es cierto que hoy en día seguimos mirándola, que muchos de nosotros nos sabemos los capítulos casi de memoria y, aunque faltan móviles de por medio y alguna que otra cosa puede sonar un tanto añeja, da la sensación de que sigue siendo muy actual y estoy convencida de que así seguirá siendo para las siguientes generaciones.

Quiero preguntarle por dos posibles guiños en esta novela. Uno al cine, disciplina que conoce bien por su carrera como actriz; en *Todos buscan a Nora Roy* —además de mencionar a varias series de televisión—, leemos por ejemplo esa cita de “una jovenísima Juliette Binoche” en la película *Mala sangre*. Y, por otro, a que introduzca como personaje a una periodista que publica un libro sobre la propia historia que novela al igual que hizo en *El último verano de Silvia Blanch*. ¿Nos lo comenta?

La frase de la película *Mala sangre* fue muy acertada en ese capítulo en el que vemos a Eva en la discoteca y se encuentra con Adrián, tan solo horas antes de que su vida dé un vuelco. Que luego una periodista llamada Alicia Bastán publique un libro muy necesario titulado *El psiquiatra*, hace que la historia dé un giro de 180 grados. Es cuando se nos echan encima un sinnúmero de preguntas haciéndonos ver que, quizá, los crímenes de Nora Roy no eran un sinsentido como nos hicieron creer. Y es que, como en la vida misma, nada es lo que parece o, como diría Lola, “el mundo está loco”.

Entre las reflexiones de Eva hay algunas que dan que pensar como por ejemplo esta que extraigo por si nos la quiere comentar. “No hay nada más doloroso que la imposibilidad de no generar nuevos recuerdos junto a los que más quieres”.

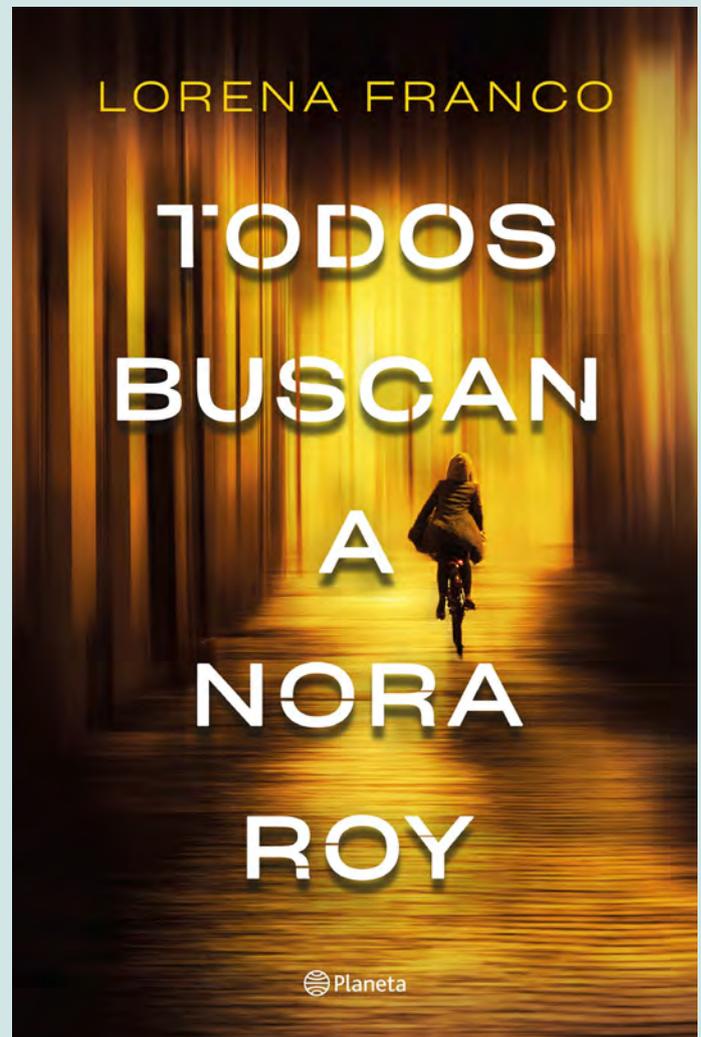
Creo que todos lo sentimos así cuando perdemos a un ser querido, ¿no? Cuesta asimilar que no va a estar más. Que tenemos que seguir hacia delante

sin ellos con ese regusto amargo que produce, como la misma frase indica, la imposibilidad de generar nuevos recuerdos. Echar de menos duele. El hecho de no poder vivir más momentos junto a ellos pueden hacernos sentir incluso culpables por las palabras no dichas, los abrazos no dados...

Por último, me gustaría que nos comentase otra de las interesantes frases que aparecen en *Todos buscan a Nora Roy*. Concretamente, “Cuando somos prisioneros del momento que vivimos, los recuerdos se vuelven libres y fluyen con nostalgia pese a haberlos amontonado como trastos viejos en el desván.” ¿Cuándo cree que somos “prisioneros del momento que vivimos”?

Cuando no lo disfrutamos. Cuando se nos antoja tan irreal, tan triste o solitario, que preferimos vivir en ciertos momentos del pasado en lugar de centrarnos en lo que sucede en el presente. Y esos momentos del pasado, a su vez, son momentos sencillos y cotidianos que no valoramos al cien por cien pero que, con el paso del tiempo, nos percatamos de que eran los más preciados.

Lorena Franco (Barcelona, 1983) ha conseguido seducir a más de 250.000 lectores de todo el mundo con sus más de dieciocho títulos, que la han convertido en una de las escritoras más vendidas y mejor valoradas en la plataforma de Amazon desde que en 2016 salió a la luz su novela *La viajera del tiempo*, un fenómeno de ventas sin precedentes en España, EE. UU. y México. Desde entonces, sus otros títulos consiguen alcanzar el número 1 de ventas en digital a nivel internacional y han visto la luz en otros idiomas, entre ellos, italiano, polaco y checo.



Entrevista de Ginés Vera a Eva García Sáenz de Urturi

Entrevisto a Eva García Sáenz de Urturi a propósito de su novela *El silencio de la ciudad blanca* (Planeta).



Eva García Sáenz de Urturi: «Me gusta mucho ir a los detalles, ir a la realidad».

¿Cómo surgió la idea de escribir esta novela?

Pues me apetecía escribir algo ambientado en Vitoria, en el norte, y últimamente todo lo que leía era novela negra más que novela histórica, porque con *La saga de los Longevos* y con *Los hijos de Adán* y *Pasaje a Tahití* siempre había escrito histórica. Pero yo, como lectora, últimamente solo leía negra, entonces la trama que me salió, que me surgió era negra, tan sencillo como eso.

Es una novela negra, pero que tiene además una serie de pinceladas entre lo místico y lo esotérico, ¿es así?

Sí, tiene una parte que es la de la mitología vasca, quería darle un poso histórico y un poso también de un poco de la tierra, de las raíces y demás, que estuviera ambientada en el presente pero que se le notase también el poso histórico de la tierra, de Álava, de Vitoria... Vitoria es una ciudad que tiene toda la almenra medieval, está muy presente en las calles esa parte medieval y demás. Los asesinatos ocurren todos en lugares históricos, primero de Álava y luego de Vitoria, es una especie de cronocrímenes que van avanzando en la edad de las víctimas: 0, 10, 15, 20 y también la edad de, digamos, las ruinas de la tierra: de un dolmen prehistórico se pasa a la etapa celta, luego a la etapa romana, luego a la muralla medieval, es decir, que va avanzando con cada crimen con la tierra.

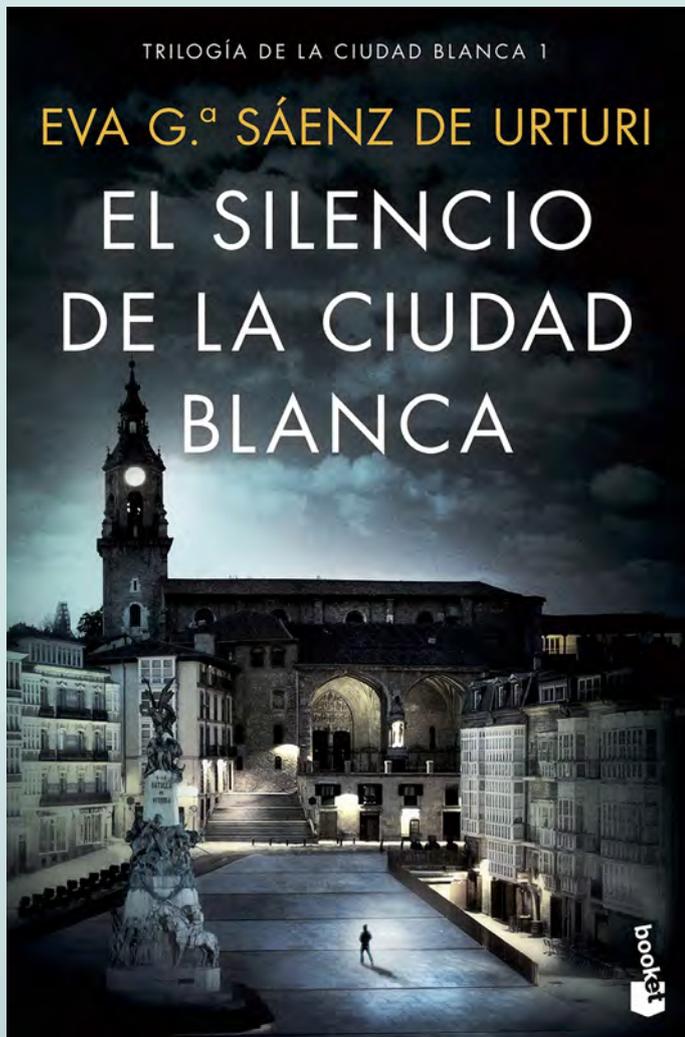
De hecho iba a preguntar por este personaje implícito que es la propia ciudad de Vitoria y, sobre todo, también Álava como provincia que acoge un montón de tradiciones y que evidentemente en la novela se refleja, no sé si un poco al hilo de lo que están haciendo ya alguna autoras también de novela negra, no sé si para que los lectores conozcan que la novela negra es la parte más sangrienta, sino que también se aprovecha con este tipo de novelas los entornos, los espacios, para dárselos a conocer a los lectores.

No es tanto que la escriba con esa intención, pero sí que es cierto que en todas las novelas cuando eliges donde las vas a ambientar dependes de ti como autor hasta donde llegues con la documentación y con los detalles y demás, pues sin esa documentación puedes hacer una novela en Londres, una novela generalista que no reconozca nadie o que pueda dar igual Londres, Edimburgo que París. Pero a mí me gusta mucho ir a los detalles, ir a la realidad. Si estoy en 2016 y esa persona queda con quien sea a cenar pues yo prefiero llenarlo de detalles y decir exactamente dónde va a cenar, cómo es la sala, porque todo eso también ambienta y en el fondo no deja de ser como en una película o en una serie, donde todo lo audiovisual sí que acaba reflejándose en el capítulo importante. No es lo mismo escribir un capítulo en una escena abierta que están en el campo que en un bosque tenebroso, o que, no sé..., en una discoteca, porque todo está oscuro hay mucho ruido y tal; todo ese ambiente influye en la novela y en este caso es muy omnipresente dónde están exactamente, influye mucho.

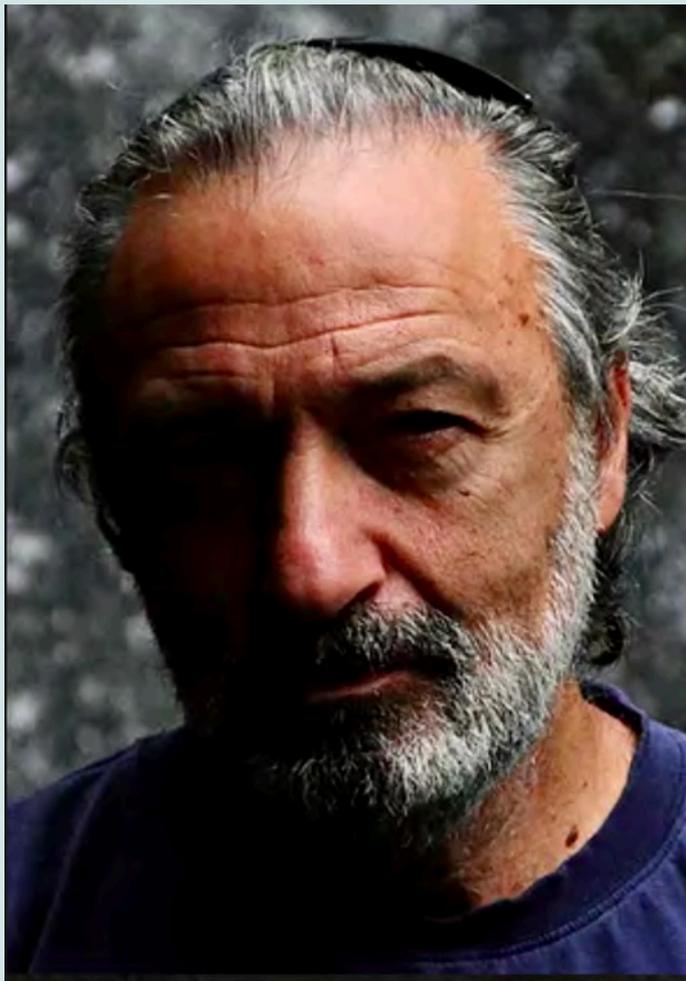
Eva García Sáenz de Urturi (Vitoria) publicó en 2012 su primera novela, *La saga de los longevos*, que se convirtió en un fenómeno de crítica y ventas. En 2014 vio la luz la segunda entrega de la saga, *Los hijos de Adán*, y también la novela histórica *Pasaje a Tahití*. En 2016 publica *El silencio de la ciudad blanca*, un thriller apasionante ambientado en su ciudad natal que ha supuesto un gran éxito en nuestro país y ha sido traducido a más de una veintena de idiomas, copando la lista de los más vendidos en países como Alemania, Polonia, México, Argentina o Brasil. También fue objeto de una adaptación cinematográfica que vio la luz en 2019 de la mano de Atresmedia. Con *El silencio de la ciudad blanca* arrancó una trilogía de la que *Los ritos del agua* fue la segunda entrega y *Los señores del tiempo* la tercera y el desenlace de la Trilogía de la Ciudad

Blanca. Con ella ha llegado a más de un millón de lectores. Ha sido galardonada con prestigiosos premios, como el Libro de Ficción del Año en 2018 y The Golden Bullet (Bala de Oro) a la mejor novela negra extranjera de 2019. Premio Planeta 2020 con la novela *Aquitania*.

www.evagarciasaenz.com



Entrevista de Ginés Vera a José Luis Muñoz



Comparto con vosotros la entrevista que me ha concedido el escritor salmantino José Luis Muñoz, quien ha publicado recientemente *La muerte del impostor*.

Os dejo la sinopsis de la novela para abrir boca.

Pablo Campos, un oscuro y anodino policía que presta sus servicios en la siniestra BDS, la Brigada de Delitos Sociales, es elegido por su superior para una importante misión: suplantar la personalidad de un militar, el coronel Eduardo Paz, que debe coordinar un golpe militar para restablecer la democracia en su país, y para ello debe citarse en Estambul con quien le dará los nombres de los militares proclives a la sublevación. Lo que no sabe ese policía, que por fin va a ser alguien, es que el personaje suplantado va a terminar fagocitándolo y la misión, ya en su país, se va a complicar hasta límites insospechados.

La muerte del impostor es una narración hipnótica que bascula entre la novela negra, la de espías, la denuncia social y la fantasía, un relato centrado en la impostura y en el impostor que todos llevamos dentro y en el que el victimario se vuelve víctima en un escenario cada vez más kafkiano y enrarecido.

En *La muerte del impostor* vamos a encontrar nombres propios, tanto de personajes como de lugares. Por contra, hay una serie de curiosas iniciales, en especial para ciertos escenarios como M, B, G... ¿A qué obedece ello?

Quería ocultar, para que sobre la novela pivotara lo indeterminado, que la acción transcurre en España, durante la dictadura franquista, aunque un lector medianamente avezado se dará cuenta de que estoy hablando de mi país y de un momento político muy determinado. Se inicia en Turquía, en Estambul, en el lujoso hotel Pera Palas, como una novela de espías y misterio, y luego salta a ese país indeterminado pero fácilmente reconocible y a esas ciudades que sólo nombro por sus iniciales. Me siento más libre, narrativamente hablando, y hago más universal la novela, trasladable a cualquier país que sufra una dictadura liberticida como la que sufrió España durante cuatro décadas y en la que crecí.

Creo que uno de los temas de fondo es cierta crítica social a las fuerzas del orden cuando se diluyen ciertas fronteras, ciertos límites ebrios de poder. Leemos en un pasaje que la organización, el GOES, gozaba de “ilimitados recursos de los fondos reservados”. Y parece hacernos un guiño cuando leemos que “esa partida oscura de la que echan mano todos los servicios secretos de todo el mundo para sus no menos oscuras operaciones.” Coméntenoslo porque intuyo que es un tema de rabiosa actualidad.

Es un guiño a la actualidad nacional que no es nada nuevo. Recordemos el GAL, recordemos la llamada policía patriótica que se inventa dosieres para desprestigiar al adversario político de turno. Durante la dictadura franquista, la plantilla de torturadores de la BIPS, la temible Brigada de Investigación Político Social, tenía poderes extraordinarios para hacer con los detenidos lo que les viniera en gana, torturarlos algunas veces hasta la muerte. Los GAL eran un grupo de criminales y patriotas de uniforme pagados con nuestros impuestos. *La muerte del impostor* es también un grito contra esas cloacas del Estado que hacen trabajos sucios fuera de luces y taquígrafos.

Hay una película extraordinaria, dirigida por Robert de Niro, que no tuvo mucha repercusión, titulada “El buen pastor” que hacía una radiografía demoledora de la CIA y sus actuaciones criminales. Lo malo de

esta gente, de los que estaban en la BIPS franquista, en la CIA de Estados Unidos o en la Gestapo nazi es que no tiene conciencia del mal que hacen, que encima se creen que torturando o haciendo desaparecer a personas libran un servicio a la patria. ¿Qué patria? La patria es el lugar en donde cabemos todos. De eso también va *La muerte del impostor*.

La muerte del impostor

José Luis Muñoz



“Nunca las vejaste sexualmente”, leemos en uno de los pasajes de la novela. También “nunca mataste a ninguna”, referidas ambas al trato del protagonista con las mujeres en su labor en la BDS. Creo que de alguna forma es como si se nos manifestase la doble naturaleza del bien y del mal en las personas; aquello de que el bien no conoce el mal. Quizá los monstruos no siempre son o lo fueron. ¿Nos lo comenta?

Estoy contra el negro y el blanco y a favor de los matices, también en literatura. Los personajes de mis narraciones son poliédricos y complejos. Los monstruos pueden tener su lado humano. Recuerdo a un amigo argentino que me contaba que una compañera en la lucha subversiva contra la junta militar era torturada sistemáticamente por el mismo policía que, en

algún momento de respiro que se daba en su función como torturador, le decía a la víctima que, en el fondo, la admiraba, que no le gustaba lo que hacía, que ojalá le perdonara y pudieran tomarse una cerveza en un futuro, si lo había para ella, porque era mucho más interesante que su mujer, y luego volvía a vejarla y torturarla. Eso es lo interesante desde el punto de vista literario. Las contradicciones de los personajes. La maldad de un nazi como el doctor Aribert Ferdinand Heim, el protagonista de mi novela “El rastro del lobo”, que puede enamorarse de su víctima judía y se siente dios porque la salva de la muerte.

La voz narradora en *La muerte del impostor* también puede sorprender a algún lector. Es un narrador omnisciente que tutea al protagonista.

La segunda persona es compleja. La había utilizado en algún relato corto, en uno sobre la guerra de Irak precisamente que se titulaba “El terror” y fue publicado dentro del libro “La mujer ígnea”, pero nunca me había atrevido en una novela. Inicialmente *La muerte del impostor* estaba escrita en tercera persona. Cuando opté por esa segunda persona que interpela al protagonista de la narración creo que esta crece y aún se hace más opresiva e inquietante. En literatura hay que explorar siempre y no sentirte anquilosada en una forma que dominas. Para mí, cada novela es un desafío estético, procuro variar de tema y estilo, aunque haya lectores que digan que me reconocen siempre.



Entrevista de Miguel A. Pérez a María Casal



Miguel A. Pérez. Doctor en Ingeniería Industrial por la Universidad de Oviedo. Profesor universitario. Director de la revista literaria Oceanum. Escritor y autor de ensayos, libros de texto y artículos de divulgación científica.

María Casal disfruta con su nueva propuesta: “Todo son alegrías con esta obra, estoy encantada”, nos dice cuando hablamos de *Ballenas asesinas*, que circula en los teatros españoles desde 2019 y que ahora se publica en papel por la editorial Torre de Lis, acompañada por un extenso y jugoso prólogo del dramaturgo Roberto Lumbreras, de quien hablaremos en el próximo número de Oceanum. Con la espada desenvainada y bien afilada, Lumbreras reivindica el humor con mandobles precisos e inmisericordes, sin dejar títere con cabeza —ni el Premio Nobel de Literatura se salva— y que proporcionan un terreno bien abonado para la lectura de *Ballenas asesinas*.

Cuatro ambientes sobre los que evolucionan tres personajes reales, tres mujeres que, como nos dice la autora, “sienten que es el momento de cambiar algo en su vida”. Allí están los nombres de Mirenchu, Regla y Consuelito sobre las páginas escritas y, en vivo, materializados mediante las actrices María Casal, Marisol Rolandi y María José del Valle sobre las tablas de los escenarios, bajo la dirección de la propia María Casal. Con mucho humor, a veces, despiadado, siempre ocurrente, la situación va girando en torno a las tres mujeres, a su pasado, a su presente y a su futuro. El momento vital de las tres mujeres

se sugiere con gracia e inteligencia en los diálogos: “Debe de ser la menopausia. Sí, todavía me acuerdo de ella”, un aspecto que juega un papel importante en el título pues, según nos recuerda la autora, las ballenas asesinas son una de las escasas excepciones del reino animal que manifiestan la menopausia: la importancia de esa situación la destaca el personaje de Regla: “Y cuando llegan a esa etapa de la vida se convierten en las líderes de la manada”. ¿Personajes masculinos? Solo uno, elidido, sin materializar con un actor, pero resuelto con mucho ingenio.

Con la autora y directora de *Ballenas asesinas*, donde también da vida a Mirenchu, hablamos en una entrevista telefónica que, por momentos, se transforma en un diálogo en el que van surgiendo los temas al margen de cualquier guion y entre los que no faltan las referencias a la situación actual y cómo condiciona los espectáculos teatrales. “Nos arriesgamos a ir a taquilla, pero con esto de la pandemia, no podemos”, nos confiesa María Casal. Es cercana, de diálogo fácil —se le notan las tablas—, siempre con un tono de humor que no impide la sinceridad a la hora de ir tocando los diversos temas, desde la recomendación de una obra de teatro para leer, de humor, por supuesto: “No sé si has leído *El Vicario de Wakefield*, de Oliverio Goldsmith... Te vas a reír mucho”, hasta un repaso por el teatro en España. Sí, no nos olvidamos de hablar de *Ballenas asesinas*, una obra que también se puede leer.





María Casal ha trabajado mucho en el teatro, pero también ha sido una escritora de guiones de cine y de obras de teatro: Dum-dum, Campos de luz, Tre-mendas, Lobas, Te he dejado un pollo en el horno y ahora, *Ballenas asesinas*, que se estrenó en 2019...

Sí, en el Teatro Zorrilla de Valladolid.

¿Cómo fue el estreno?

Fue precioso. Nunca en la vida me hubiera imaginado todo lo que está pasando con *Ballenas*, desde el estreno hasta ahora, con la publicación de la obra. Siempre he ido modestamente como autora y, sobre todo, como productora, aunque hayamos trabajado con *El pollo* en teatros de España muy grandes y vistosos. Como había gustado, nos llamaban de para un sitio o para otro, pero nunca había pensado que me saliera un estreno de esta magnitud. Fenomenal, precioso, maravilloso... Y, además, con la ventaja de que, como yo no soy de Valladolid, sino de Madrid —ni mis compañeras—, pues allí estábamos solitas ante el peligro. Y es muchísimo mejor. Hacer un estreno sin familia y sin amigos es estupendo. Estás a lo tuyo y no te tienes que preocupar de qué les parece.

Como datos, el teatro es de Enrique Cornejo, la publicidad la llevó Mamen Comunicación y fuimos a todos los medios... Un estrenazo tuvimos.

¿Cómo surgió la idea de *Ballenas asesinas*?

Te voy a decir la verdad: al principio era otra obra.

Empecé a escribir una obra para dos parejas de hombre y mujer (una pareja joven de veintitantos años y una pareja madura). No se parecía en nada, aunque el comienzo era el mismo: unas personas que iban a un sitio; la pareja madura, a un hotel, a co-

nocer gente..., a ligar. Lo de la otra pareja era más surrealista; era romántica, ensoñadora, unos personajes muy poéticos.

Tenía ahí este principio y fue como el que se va a hacer un jersey y le sale un pantalón. No hice la bufanda, que es más fácil, sino que me fui a algo más difícil; tres mujeres que llegan a un momento de su vida en que algo tiene que cambiar y deciden que ese es el momento. El principio era ese, pero luego empezó a tomar forma y, como creo que los personajes tienen vida propia, fueron escribiéndose ellos solos. A veces me sorprenden, porque estás empeñada en hacer un tipo de personaje o un personaje concreto y sale, pero... no sale; mientras, otros empiezan a tener su vida y a pasarles cosas, a tener sentimientos, emociones, aspiraciones, sueños, a tener de todo. Te dices: “Pero, ¿cómo puede ser?”. Esto es lo maravilloso de escribir. No es que se haya escrito solo, es un esfuerzo, pero casi. Es algo un poco mágico.

Los personajes empujaron a la autora. Hablando de los personajes, no existe ningún personaje masculino como tal (sí la referencia al “suricato”).

Lo que no existe es el actor como tal, pero el hombre está presente desde el principio hasta el final. Él está siempre ahí, lo que pasa es que no tenemos un actor. Es casi el leitmotiv de la obra, el otro, el contrario, el compañero.

Sí que se hacen muchas referencias a él con el nombre de “el suricato”, que hace mucha gracia por recordar al animalito este que parece estar siempre oteando el horizonte...

Muy particular el bichito [risas]...

La salida del personaje como tal, ¿ha sido también fruto de la evolución de la obra o estaba planteado desde el principio?

Ellas tenían que tener un conflicto y, ¿qué conflicto más conflicto que el conflicto per se, el hombre para las mujeres, igual que la mujer para los hombres? Entonces, él apareció. En la versión primigenia aparecía, tenía sus escenas estupendas y sus monólogos, pero estaba visto desde la óptica de otros personajes, no desde la de estas tres ballenas asesinas. Estaba visto desde sí mismo, también desde lo que el público podía ver y desde los otros personajes. En este caso fue cambiando y él es distinto con cada una de nosotras. El suricato es muchos suricatos.

La representación es el objetivo de la obra de teatro, pero la lectura en papel no es muy frecuente, aunque en tiempos pasados sí se leyera mucho teatro. Me he reído mucho durante la lectura porque se sigue muy bien.

Pues si la ves te vas a reír más, cuando nos veas a nosotras.

¿Hay algo que se eche en falta en el papel, aparte de lo que significa lo único de cada representación?

Creo que leer teatro es bonito, pero no es fácil. Cuando lees una comedia dramática es distinto, pero cuando es comedia, cuando es humor, hay que ser muy preciso, tanto a la hora escribirlo como a la hora de interpretarlo, porque es como un reloj suizo. Nosotras sí podemos jugar con una pausa en el escenario, con una reacción, con un gesto..., todo eso que un día podemos exagerarlo más y otro contenerlo, todo eso no lo tiene la persona que lo lee. En este caso, como yo soy “muy pesada” con el texto, hacemos lo que está escrito.

En directo doy muy pocas notas, porque, aunque lo dirijo yo, sé con quién cuento. No es que los personajes estén inspirados en las actrices, en Marisol y en María José, las que lo hemos estrenado y las que lo hacemos. Lo pueden hacer otras actrices, por supuesto. Pero yo las conocí, sabía cómo era su mirada, cómo era su voz, cómo era su físico. Si yo escribo una cosa para ti, es porque te digo cómo tiene que ser y, en ese aspecto, soy muy pesada con el texto: ni una coma, ni una pausa, ni ahora me lo alargas, ni ahora me lo estiras... Y ellas lo saben, o sea que, ¡avisadas estaban! Soy precisa porque sí creo que el humor es un minué, un encaje de bolillos; en cuanto hagas lo que no es, el gag se pierde. A la hora de escribirlo pasa lo mismo. Conozco la mente lectora y a la gente que le gusta leer (yo soy muy lectora). Sé el efecto que quiero causar. No es que siempre acierte, que tampoco soy Benavente, pero, más o menos, sé lo que quiero escribir, cómo lo van a recibir y cómo lo tenemos que interpretar.

El humor es algo congénito. O tienes esa facilidad o no la tienes; igual les pasa a los actores: puede ser un gran actor dramático y no tener ninguna vis cómica. Y no es un problema, puede ser maravilloso. Pero los actores cómicos en papeles dramáticos suelen estar bien. El humor es otro tipo de inteligencia; no es que sea mayor, es otro tipo, como la que posee la persona que tiene facilidad para cantar o para dibujar. Luego te

formas, pero si no tienes ese trazo, es más difícil. Es un mérito relativo; uno escribe como piensa. No puedes escribir por otro. Es imposible.

Es una obra de humor y el prólogo no da lugar a dudas [se ríe]. Reivindica muchos aspectos, pero, sobre todo, reivindica algo que no está tan bien visto en la literatura. En el teatro, puede que sí, que el humor esté bien representado desde hace mucho tiempo, pero en literatura parece como si el humor estuviese mal visto.

Sí, y en el cine también. Es muy raro que le den un Oscar a alguien por una comedia, pero lo que sí sabemos todos, incluido el público, es que el humor es lo más difícil que hay. ¿Por qué es así? No lo sé. Siempre aparece como un arte menor y, ahora mismo, escribir humor tiene muchísimo mérito porque ya no tenemos esas compañías de catorce actores que tenían Jardiel Poncela o Arniches. Hay que escribir para tres o para cuatro como mucho, porque no se pueden llevar esas compañías. Si ni siquiera puedo poner decorados... Nosotras tenemos cuatro ambientes en la obra... ¡Imposible! Hay que hacerlo con luces. La nómina..., los que se puedan llevar.



A mí me gusta tener límites a la hora de escribir porque cuando te dejan escribir lo que te da la gana te puede salir un bodrio horroroso, como cuando vas a hacer un edificio. Los límites ayudan, la verdad. Yo creo que una de las que se ha cargado el teatro ha sido eso de que hay un teléfono que hace un personaje..., ese tipo de cosas no se pueden hacer. Si lo vas a hacer modestamente, porque no se puede hacer de otra manera, estrújate el coco y hazlo. No me des excusas. Ahí se ha echado a mucha gente del teatro, quitando personajes o haciendo una obra que había sido escrita de una manera... “No, este lo quitamos, este dobla personajes, este va a hacer tres personajes”. La verdad..., no. Mejor hacerlo honestamente, con lo que tenga.

La sociedad, en su conjunto, parece con el gesto afectado, es muy dramática. Todo es siempre oscuro, con la risa mal vista, aunque sea una salvaguarda. Me estoy acordando ahora mismo de un actor que también era dramaturgo, inglés, del siglo XVI-II, David Garrick, que era recomendado por los médicos como remedio [se ríe]. El Tricicle hizo un trabajo que se titulaba Garrick... ¿Cómo ves el humor en el teatro en España? ¿Tiene buena salud?

Creo que sí. Lo cierto es que a la hora de que te cojan en las redes de teatro... Ese es otro capítulo, las redes autonómicas... Si quieres, otro día hablamos de ello, porque a Cataluña no puedes ir, en el País Vasco hay dos plazas, en Galicia se están poniendo solo con lo suyo. Bueno, yo viajo por España y la conozco. No es lo que vemos en Twitter ni en las televisiones, es un poco distinta; da igual que sea Valladolid, Albacete, Melide o Asturias. Hay un humor. Humoristas como Tip o como Faemino y Cansado, incluso como Chiquito de la Calzada, no se pueden entender sin esa “mente de España”. No es que hables español mejor o peor, es que si no eres español, no te hacen gracia, porque es algo surrealista y te estás riendo de algo que no entiende nadie más. Lo entendemos nosotros. Esto no es Benny Hill ni Groucho Marx, lo nuestro es de surrealismo llevado al extremo. Y la gente se ríe igual en todas partes.

Esta obra está probada, es un tiro, vamos muy seguras, aunque un día puedes estar no tan bien. Hacemos pocos bolos, pero al lado de otras compañías somos la locura. Venimos haciendo uno cada quince días, aunque con la pandemia hemos estado muchos meses sin trabajar. Para nosotras es siempre un estreno: llegas a un teatro nuevo y hace un mes (o veinte días, o diez, u ocho) que no lo hacemos. Algo que probaste en el bolo anterior —una pausa, un silencio,

una forma de decirlo— puede que no lo recuerdes. No es como antes, que hacías dos funciones diarias y vas descartando lo que ves que no funciona y cogiendo lo que ves que sí lo hace.

Pero la gente aquí tiene muchas ganas de pasárselo bien, porque es nuestra forma de ser. Los españoles tenemos muchos defectos, pero sí tenemos sentido del humor, precisamente, porque tenemos unos defectos muy gordos como pueblo: somos muy envidiosos, un poco resentidos..., pero, ¡tenemos sentido del humor! Fíjate en los chistes que se hacen cuando hay una tragedia. Te dices, ¿cómo pueden...? Y algunos tienen gracia. Nos reímos de todo.

Es muy sano reírse de todo y de todos, aunque haya muchos ofendidos...

Lo de ahora... ¡Es que ya da igual lo que digas! El caso estirarse a la yugular de la gente. Tengo una teoría, sobre todo, con las redes sociales: si la gente pusiera su cara y su nombre, se acababa la mitad de la bilis que hay. La cobardía y la impunidad...

Todo el mundo conoce a María Casal por todo el trabajo en diversos formatos, cine, televisión, teatro... Quizá, en especial, se la recuerde por Hospital Central o por su paso por La que se avecina, pero detrás hay un largo etcétera. ¿Con qué se queda María Casal? ¿Con el cine? ¿Con el teatro? ¿Con la televisión?

Donde mejor me lo paso es en la tele. Sí..., a mí me va mucho trabajar con equipos muy grandes. Es cierto que esto que hacemos nosotras es precioso porque, además, lo que el público te da, no te lo da ninguna cámara, ese hilo invisible que hay entre el espectador de teatro y el actor... Lo que pasa es que yo soy una persona a la que le gusta trabajar con equipos grandes, bajo presión, con prisas — no con gritos—, pero con inquietud. Siempre me viene bien; cuando voy muy tranquila, muy sobrada, sé lo que estoy haciendo y me conozco a todos —que somos cuatro— y que todo va fenomenal, ahí me voy un poco abajo. Cine he hecho poco; pillé una época muy absurda —no sé cuál ha sido la época buena del cine español, todavía estoy por descifrarla—, la época del destape; yo nunca lo hice, no me dio por ahí. “Sí, yo haría esto, pero luego... tú fíjate, luego esto está dando vueltas para siempre”. No le veía la gracia. A mí me gusta mucho el teatro y escribir, pero donde más contenta estoy, porque además está muy repartida la responsabilidad, es cuando estás en un equipo grande. Eso te relaja un poco, aparte de los gritos y las prisas. Igual le echan la bronca a otro...

¿Ves *Ballenas asesinas* en el cine?

No. Lobas, por ejemplo, sí. Porque sí pueden estar todos los que son e, incluso, salir los que no están, pero esto no lo veo en el cine. Se lo había mandado a otra actriz, que no sé si lo ha recibido, pero sí lo veo para que lo hagan en otros países. Sí se puede representar en Francia, por ejemplo, o en Estados Unidos. Estos personajes son internacionales; pero en imagen, en el cine... no lo veo. Se quitaría el misterio del suricato o haría falta mucho truco.

Sí, el lenguaje del cine es distinto. Estaba recordando algunos duelos de interpretación, como en *La huella* o en *Infierno en el Pacífico*, con solo dos actores durante toda la película; se sugería que había más personajes, pero nunca aparecían.

Eran otros tiempos.

No sé si el espectador sería capaz ahora de entender una obra así.

Los tiempos han cambiado hasta el punto de que no puedes hacer una obra de teatro de dos horas, porque el público está acostumbrado a estar con el dedo puesto en el teléfono: “Me gusta”, “Me gusta”. El otro día leí un artículo de los teatros del West End de Londres. La gente paga cincuenta libras para ver una obra de teatro y quieren estar dos horas, pero va en detrimento del autor, porque no hay nada que tengamos que decir que se pueda estirar hasta las dos horas.

¿Es fácil compatibilizar el escenario con la escritura? Es una situación que se hace desde hace tiempo. Shakespeare era actor y dramaturgo...

Tengo la ilusión de que, si escribo algo que se pueda estrenar, lo voy a hacer. Eso motiva mucho. Hay gente que escribe teatro como, por ejemplo, Roberto [Lumbreras], que hace su obra y luego..., puede que sí o puede que no. En mi caso, seguro que sí, y eso te estimula muchísimo. Además, yo me he dado cuenta de que no tengo ninguna disciplina. Escribo de una forma febril y luego estoy seis meses sin tocarlo. Lo que no me gusta nada es corregir. Por eso me extraña tanto que *Ballenas* saliera de otra obra, porque cuando escribo una obra no me gusta remirla y corregir..., esto por aquí, esto por allá. Quizá es porque se trata de humor y, muchas veces, la mejor idea es la primera. Si le tengo que dar muchas vueltas, igual se convierte en algo demasiado dramático, con muchas caras. Quizá es porque yo soy así.

El resultado de *Ballenas asesinas* ha sido bueno...

Creo que tanto *Ballenas* como *Lobas* son obras que uno puede leer. Lo otro que he escrito eran montajes, monólogos, sketches, obras cortas puestas juntas. Sí me gustaría publicarlo para actrices. Me cuesta escribir desde el punto de vista de un hombre. Hice en *Lobas* un personaje que era hombre, pero me costó muchísimo. Era un hombre joven, y ponerme en su piel... Por eso entiendo que cuando las actrices llegamos a una edad no haya papeles para nosotras, porque es muy difícil que un guionista varón, de treinta años, me escriba algo a mí. Ni se le ocurre. Escribiré lo de siempre: una señora cornuda, fracasada, que salga poco rato y a quien sus hijos no le hablan. No me va a escribir un personaje con carne. Si hubiera guionistas señoras de todas las edades, sería otra cosa, pero como no las hay...

¿Es *Ballenas asesinas* una obra feminista?

Claro. Yo soy mujer feminista, sin ser panfletaria; eso me pone enferma. La obra tiene sus píldoras, igual que todas las que hacemos. Para mí el feminismo es natural, como si me dice “es usted negra y es activista”. Imposible que no lo sea; no hay otra forma. Lo que pasa es que si te quieres meter con algo y lo haces con humor, es mucho mejor. Igual que cuando te ríes de algo profundo, de algo que duele, la risa es mucho mejor.

Sin embargo, dentro de los cánones feministas, la obra no encajaría. Ahí, quizá la risa no guste tanto. En los años veinte y treinta del siglo pasado había un grupo, la Generación del 27, con unos poetas muy exquisitos, junto a otro grupo donde estaban Mihura, Neville o Jardiel Poncela, que hacían teatro de humor. Quizá era el reflejo de aquella situación política. No sé si ahora hay dos posturas enfrentadas entre quien prefiere el humor y quien se decanta por el drama y la reivindicación.

Lo que voy a decir es muy fuerte, pero casi todo lo que es comedia —un ejemplo son las películas de Woody Allen— es un ambiente de lujo, aunque sea relativo. Quitando a Dario Fo, que se reía del hambre que pasaba, el humor no es un decorado apetecible cuando la gente padece un problema social o está en una lucha de clases. No se puede hacer humor ahí. No estoy diciendo que toda la gente que escriba humor sea de derechas, ni mucho menos. Por ejemplo, no sé si Woody Allen es de derechas o de izquierdas... Lo de las derechas y las izquierdas ya me tiene un poco frita. ¡A ver quién me llama facha esta vez! Ya estoy muy perdida con la perversión del lenguaje.

Si lo analizas fríamente, ocurre también en la novela, ves que el humor se hace en un ambiente en donde la gente tiene para comer. Si no es así, no te apetece contar nada. Siempre salen mujeres guapas y hombres encantadores. Claro que siempre ocurre algo triste porque en todas las comedias tiene que haber 19 una parte dramática o trágica. Todo espectáculo se basa en la tragedia, desde el trapecio a los toros. Pero tiene que estar en un ambiente un poco más jocoso; si no es, es casi imposible escribir comedia.

Ya salió antes el tema de la pandemia, pero, ¿cómo afecta al teatro a largo plazo? Parece ser que leemos más —eso dicen los números— y vamos menos al teatro porque nos lo han cerrado o porque han puesto unos límites que impiden casi ir. ¿Qué va a ocurrir después de la pandemia?

No quiero decir nada extraño, pero como las decisiones que se toman son tan arbitrarias... No entiendo que puedas estar en un tren cuatro horas y no en el teatro. Hago lo que me mandan. “¡Póngase la mascarilla!”; y me la pongo. “¡No salga!”; y no salgo. “¡Lávese las manos!”; y me las lavo. “¡No hable con nadie!”; pues, vale... Pero las medidas arbitrarias te llevan a ser desconfiado e indómito, porque no entiendes nada.

Está afectando muchísimo, claro. El teatro, en mi caso, no es solo el hecho teatral; cuando vamos a Boecillo, por ejemplo, el restaurante de al lado se llena después de la representación, y la peluquería se llena por la mañana. Es todo el pueblo. El teatro influye ese día en ese sitio. Vamos a pueblos grandes, a capitales de provincias, e influye en todo lo demás. Estamos todos muertos, no pasa nada. No sé cuál es el futuro... Sé cómo se llama el Ministro de Cultura por casualidad, pero desconozco si ha dicho algo en todo este tiempo. No se le escucha, no se le ve. Luego te dicen que “no, no tiene que saber de cultura, tiene que ser un buen gestor”. Es que ni lo uno ni lo otro.

La gente ve a los líderes como personas a las que seguir. Y hay una situación un poco caótica en todos los lugares, con la sensación de que cada norma parece algo provisional, casi una ocurrencia. Igual es que hay un desconocimiento general.

Y, sobre todo, obedecer. Porque si no te dejan coger un tren porque no llevas un salvoconducto... No te queda otra que obedecer. A mí no me importa obedecer. Soy muy legal, pero me gusta entender las cosas, y en este caso nadie sabe nada.

¿El teatro entrará en algún tipo de cambio sustancial?

Tengo mis teorías. Como con la pandemia paso mucho tiempo sola, estoy todo el día esgrimiendo teorías. Lo que ha sido el cine se ha acabado, te pongas como te pongas. Se seguirán haciendo películas, pero la gente las verá en su casa, pagando más. Pero el teatro y la música en vivo, la danza...; todos los espectáculos en vivo. Creo que nunca van a desaparecer. Son el eterno enfermo que nunca muere. A poco que te dejen, eso te cambia. Vas a ver un ballet y, aunque no seas aficionado, si te ha gustado, te modifica el cerebro y las emociones. El teatro no corre tanto peligro.

El cine estaba tocado del ala antes de la pandemia.

Sí, el cine mundial.

Para ir concluyendo, que no queremos robarte más tiempo... Parece que *Ballenas asesinas* va bien, pero en algún momento te pondrás a pensar en algo nuevo...

Pues tengo varias opciones. Puedo hacer la segunda parte [risas]...

Me he quedado intrigado con algún asuntillo...

Igual les da por hacer otra cosa... Quiero seguir escribiendo, pero tengo que ser muy sincera: desde que ha empezado la pandemia, no escrito ni una palabra.

Me he esforzado en otros aspectos; en hacer un poco de gimnasia, en comer más o menos bien, en que no se me caiga mucho el ánimo, en seguir leyendo. Pero a la hora de escribir..., no.

También te voy a contar un secreto; cuando empiezo escribir algo me suelo ir a un sitio donde haya gente para que me surjan ideas y luego, cuando tengo la idea, no me importa quedarme a solas con el ordenador. Pero muchas veces, sobre todo, en las otras obras en que había muchas ideas, muchos sketches, mucho monólogo..., viendo y escuchando a la gente, es cuando me surgen las ideas. No descartes que haga algún personaje con algo de lo que me has dicho hoy... Soy como un vampiro.

A María Casal escenarios y platós le debieron venir en el ADN, ya que es hija de los actores Antonio Casal y Carmen Mínguez. Lo confirmó con su debut, en 1976, en uno de los programas más exi-

tosos de Televisión Española, el concurso Un, dos, tres... responde otra vez y siguió en televisión con la presentación de otro programa icónico de la pequeña pantalla, el programa musical Aplauso, entre 1981 y 1983. En la entrevista nos confiesa que, si tiene que elegir entre cine, teatro y televisión, se queda con esta última, un medio que no ha abandonado y que le ha proporcionado importantes éxitos en muchas series. Entre ellas, podemos destacar *Menudo es mi padre* (1996) y, sobre todo, *Hospital Central*, donde encabezaba el reparto en las primeras temporadas (2000 a 2004) dando vida a la jefa de enfermería Elisa Sánchez.

Sobre los escenarios teatrales combina la interpretación con la escritura y la dirección. Ha formado parte del elenco en obras como *El hombre del atardecer* (1981), de Santiago Moncada; *Don Juan Tenorio* (1984), de José Zorrilla (1984), *Por la calle de Alcalá* (1987); *El aperitivo* (1991), de Gérard Lauzier; *Solo cuando me río* (2004), de Neill Simon; *Celebración* (2010), de Harold Pinter o *El hotelito* (2013), de Antonio Gala. En las siguientes obras ya trasciende a la interpretación para entrar de lleno en la escritura y en la dirección; suyas son *Tre-Mendas* (2014), *Lobas* (2014), *Te he dejado un pollo en el horno* (2017) y *Ballenas asesinas*. En el cine su trabajo ha sido menos extenso, aunque ha participado en un buen número de películas; en este género tampoco se ha limitado a la interpretación ya que, del mismo que en las últimas obras de teatro, asume los roles de directora y guionista de los cortos *Dum dum* (2003) y *Campos de luz* (2004).



Cómo cocinar un niño

Apuntes
de Bárbara Draghhh



por **Pepe Maestro**
ilustrado por Alfonso Tierra



TORRE DE LIS



PRIMERA INTRODUCCIÓN

Cuando era dragoncilla (y de eso hace ya más de seiscientos años) mi abuela nos preparaba unos niños deliciosos. Eran niños asados en su jugo, rebozados, escupidos al fuego, en pepitoria, al pil-pil, glaseados... Niños tiernos, apetitosos, únicos. Incluso, a veces, gemelos, en camada, a la pandilla.

La mayoría, engordados por ella misma en su propio criadero, aunque también, y estos los recuerdo con fruición, niños recién robados, sustraídos a sus padres el día anterior.

Era la misma época en que abundaban los seres humanos en libertad. Cualquier dragón, fuese de la hermandad que fuese, podía cazar a su antojo, robar presas para su posterior disfrute o descuartizarlas al momento. Es lo que se ha denominado La Edad Dorada de la cocina y no existía cueva que no la practicase.

Aquellas cuevas de antaño, por el exterior, estaban decoradas con lindas jaulas de hierro que se extendían como guirnaldas y se balanceaban al menor bufido. Los días de cacería, se iban rellorando de esponjosos niños aterrados que quedaban expuestos a la vista de todos.

Dependiendo del tamaño, cada jaula podía albergar tres, cuatro o cinco presas y, cuando se completaban, se les encendía una antorcha en los barrotes superiores para indicar que aquella jaula estaba ya colmada. Conforme se iban prendiendo las luminarias y el desfiladero resplandecía con aquel tintineo provocado por el movimiento de sus inquilinos, parecía que el mismo Cielo hubiese descendido a la Tierra. Era entonces cuando el alma de dragón se agitaba alegre bajo la promesa del festín.



Reseña: *Cómo cocinar un niño*, Pepe Maestro

Por José R. Cortés Criado. Doctor en Filología Española, Profesor Investigador de la Universidad de Málaga (UMA). Experto en Literatura Infantil y Juvenil.

“Los niños en escapatoria son quizás el modo más antiguo de cocinar que existe, heredero de la época en que los seres humanos vivían en libertad.” *Cómo cocinar un niño* (Torre de Lis), Pepe Maestro.

El título es bien explícito de lo que vamos a encontrar en su interior, que no son más que recetas, consejos e información de Bárbara Draghhh, una dragona experta en temas culinarios. Pepe Maestro solo transcribe a papel las ideas y reflexiones de la señora dragona.

La estructura del libro es algo caótica, quizás se deba al carácter de su autora, porque tiene hasta tres introducciones, y entre ellas, algunas notas aclaratorias, y un test de capacitación para la cocina de antaño.

Después paso a paso nos presenta sus recetas antiguas, los términos que emplea, sus críticas a la nueva cocina, sus recuerdos infantiles, las recomendaciones de las abuelas y muchos trucos para conseguir un buen bocado.

En sus páginas podemos leer cómo obtener un niño para su uso y disfrute, cómo capturarlo, conocer técnicas adecuadas para cocinarlo, la regla de oro de la cocina de antaño, los trucos para una buena presentación, además de apuntes sobre las corridas de humanos, las mascotas humanas y una relación de cartas recibidas por la autora de sus lectores.

Pepe Maestro hace gala de su fina ironía y nos presenta un mundo distópico, en el que los dragones dominan la Tierra y nosotros somos su base alimenticia. Los seres humanos dejamos de ser libres y vivimos en granjas para nuestro engorde antes de pasar a los estómagos dragonianos.

De ahí su título y los múltiples consejos de la cocina de antaño. Sigue el patrón que las personas tomamos cuando queremos defender la cocina tradicional, criticar las innovaciones excesivas y dar buenos consejos a los jóvenes.

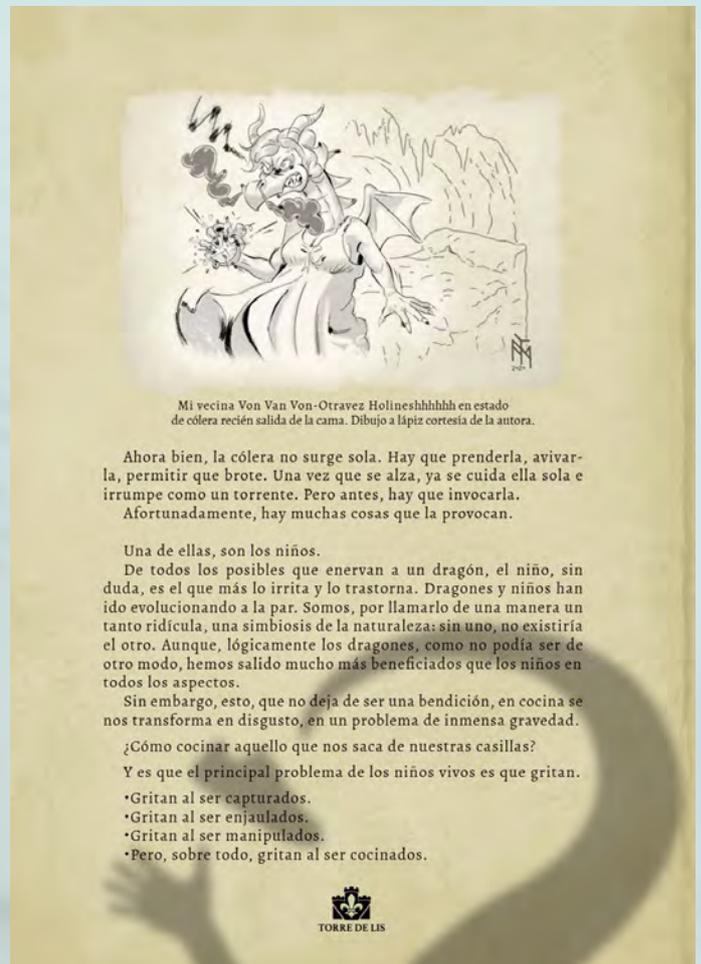
También me llaman la atención los nombres de algunos personajes como su amiga de la infancia Rufa Rifirrafehn, que además es su antítesis culinaria, es la

más alta representación de la nueva cocina; o su vecina Von Van Von Otravez Holineshhhhhh.

En fin, que si queremos vernos reflejados en los animales que forman parte de nuestra alimentación, podemos leer el libro; también nos sonará conocido el tipo de corral para criar niños, igual que nuestros colegios; los diferentes tipos de niños y adolescentes que existen, tal como los vemos en nuestros centros educativos; y las técnicas de cocina no difieren mucho de las que se usan en los hogares humanos, de ahí que leamos sobre la correcta presentación de un niño servido en bandeja, de niños congelados en cubito o embridados.

El texto se acompaña de ilustraciones en blanco y negro que reflejan los diferentes tipos de niños, alguna presentación culinaria, escenas costumbristas de esta época, retratos de nobles dragones, enmarques de las páginas y ricas grecas decorativas al inicio de cada capítulo, dándole cierto empaque al libro.

Espero que los lectores sepan disfrutar de su lectura, se rían con sus ocurrencias y reflexionen sobre nuestras costumbres.



Mi vecina Von Van Von-Otravez Holineshhhhhh en estado de cólera recién salida de la cama. Dibujo a lápiz cortesía de la autora.

Ahora bien, la cólera no surge sola. Hay que prenderla, avivarla, permitir que brote. Una vez que se alza, ya se cuida ella sola e irrumpe como un torrente. Pero antes, hay que invocarla. Afortunadamente, hay muchas cosas que la provocan.

Una de ellas, son los niños.

De todos los posibles que enervan a un dragón, el niño, sin duda, es el que más lo irrita y lo trastorna. Dragones y niños han ido evolucionando a la par. Somos, por llamarlo de una manera un tanto ridícula, una simbiosis de la naturaleza: sin uno, no existiría el otro. Aunque, lógicamente los dragones, como no podía ser de otro modo, hemos salido mucho más beneficiados que los niños en todos los aspectos.

Sin embargo, esto, que no deja de ser una bendición, en cocina se nos transforma en disgusto, en un problema de inmensa gravedad.

¿Cómo cocinar aquello que nos saca de nuestras casillas?

Y es que el principal problema de los niños vivos es que gritan.

- Gritan al ser capturados.
- Gritan al ser enjaulados.
- Gritan al ser manipulados.
- Pero, sobre todo, gritan al ser cocinados.

Reseña: Cinco historias con valores para disfrutar en familia

Por Antonio Puente Mayor. Licenciado en Filología Hispánica y DEA en Literatura Española, escritor, asesor de editorial, divulgador.

La amistad, el respeto, la igualdad o la tolerancia son algunos de los valores que debemos inculcar a nuestros hijos. Todos estos y muchos más, están presentes en las propuestas literarias que ahora te presentamos. ¿Te apetece descubrirlas?

La primavera ha vuelto, y las librerías ya exponen las novedades con las que conquistar a sus lectores más exigentes. De entre toda esa oferta, el género infantil vuelve a sobresalir por méritos propios, destacando tanto en cantidad —cada vez se publica un mayor número de títulos— como en calidad, permitiendo a las familias escoger entre un simpar abanico de propuestas.

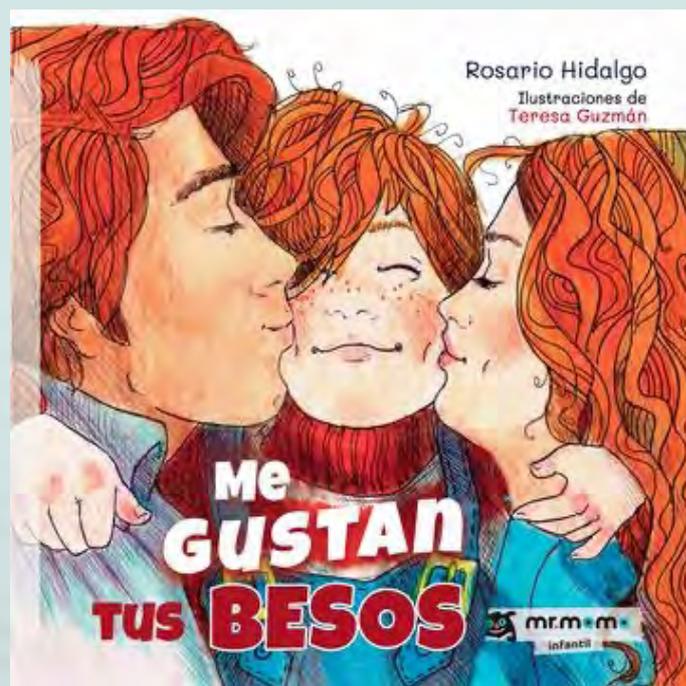
Nosotros queremos facilitarte la labor con una selección de obras con las que los niños en edad escolar disfrutarán solos o en compañía de sus padres, abuelos o tíos, y que llegan precedidas de unas excelentes críticas.



Enséñame a respirar con colores

Nico aprende a calmarse de una forma muy divertida. Su madre le enseña a crear pequeñas historias pensando en cosas de un mismo color. Con ayuda de su imaginación, y de la guía de su madre, Nico aprende a respirar profundamente y a calmar su corazón. ¿Qué

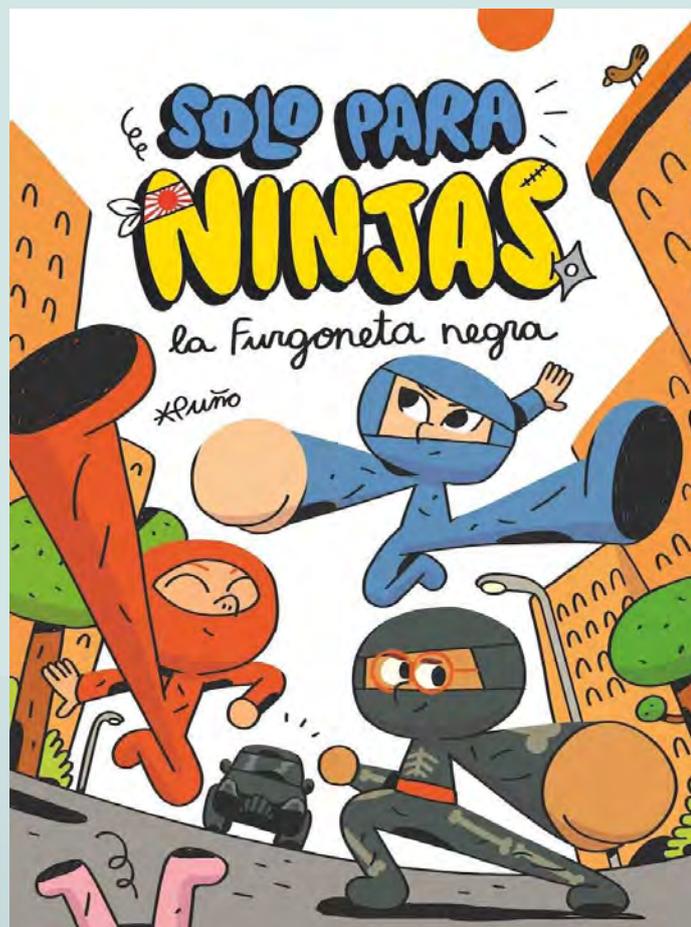
color eliges tú? Esta es la sinopsis de *Enséñame a respirar con colores*, el nuevo trabajo de la logopeda valenciana, aunque residente en Luxemburgo, Leticia Pons, que nace con la vocación de servir de herramienta a los padres que desean que sus hijos hallen el equilibrio en momentos de inquietud. Estructurado en diez capítulos y narrado con un estilo sincero, luminoso y hasta cierto punto lírico, sus cuarenta páginas vienen acompañadas de unas bonitas ilustraciones de Ingrid Valls, diseñadora gráfica y community manager, conocida en las redes sociales gracias a su afición al ganchillo —es autora del libro «Ganchitos. 24 proyectos de ganchillo para todo el año»—. En suma, se trata de una obra muy atractiva y necesaria cuyo desenlace multisensorial, como todo su contenido, consigue emocionarnos. Está encuadrada con gran gusto en cartóné y publicada por la editorial Gunis.



Me gustan tus besos

¿Es posible que exista alguien a quien no le guste recibir besos? Pues eso es lo que le ocurre a Manuel, un niño tímido y bastante serio que no soporta que lo besen, y cuya solución es salir corriendo. Claro que no siempre puede escapar de los labios de familiares y amigos, por lo que tendrá que emplear una táctica distinta. ¿Lo conseguirá? ¿Cambiará de opinión? Con esta premisa tan original arranca *Me gustan tus besos*, un delicioso ejercicio escrito por la pedagoga y psicóloga barcelonesa Rosario Hidalgo, que tiene en su

haber cuentos tan interesantes como «El bicho raro de la familia», «Máma, se me ha escapado la caca» o «Don Hipo se fue a pescar» —todos publicados en su blog El Molinillo de Avi—, y cuyos títulos ya revelan una clara vocación educativa. De las ilustraciones se ha hecho cargo Teresa Guzmán, licenciada en Bellas Artes, ilustradora y docente, quien ha sabido imprimirles un punto de cercanía y dulzura que las hace únicas. Publica el sello Mr. Momo.

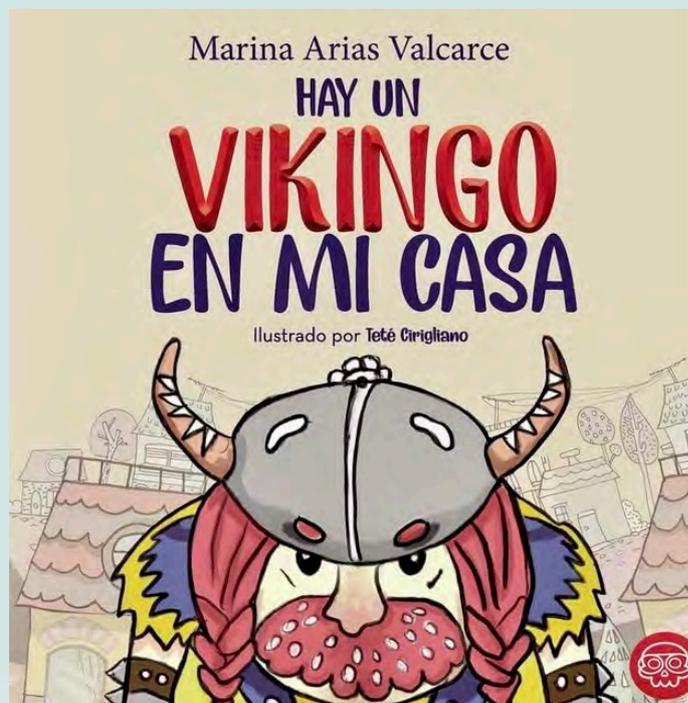


Solo para ninjas: La furgoneta negra

De la editorial SM nos llega *Solo para ninjas*, el primer volumen de una serie destinada a niños de 6 a 9 años que lleva por título *La furgoneta negra*. Realizado en su integridad por el ilustrador, fotógrafo e historietista madrileño Puño, alias del escritor David Peña Toribio —Premio Barco de Vapor 2018—, sus 156 páginas nos presentan a Lucía, Li y Martina, tres amigas a las que el verano se les está haciendo interminable, y en cuyo barrio acaba de fundarse un club donde solo admiten niños. En respuesta a esta injusticia, ellas montan su propio grupo, aunque exclusivo para niñas. Y lo cierto es que parece irles bien, hasta que irrumpe en sus vidas Fouad, un niño al que mola más inventar coreografías y pintar que pertenecer al otro club. Lo

que no sabe es que, bajo esa apariencia, lo que en realidad están haciendo las chicas es investigar el extraño caso de la furgoneta negra que recorre el barrio y secuestra niños (y niñas)...

Más allá de su aspecto gamberro y su tono desenfadado, *Solo para ninjas* es un ejercicio repleto de valores, donde los niños aprenderán la importancia de la amistad, el trabajo en equipo, la tolerancia o la igualdad.



Hay un vikingo en mi casa

Otra propuesta destinada a los más peques es *Hay un vikingo en mi casa*, lo nuevo de Marina Arias Valcarce, autora de libros de gran calado como *La Capa Mágica* o *Mi amigo el León*, que llega a las librerías publicado por Gunis tras una exitosa campaña de crowdfunding. El mismo nos traslada a una residencia familiar en la que viven dos hermanos un poco traviosos y bastante desordenados, aunque dotados de una gran imaginación. Tanto, que consiguen atrapar a un pequeño vikingo que parece estar poniendo todo patas arriba. Escrito de forma ocurrente y con grandes dosis de frescura y buen humor, *Hay un vikingo en mi casa* es la enésima confirmación de que las buenas historias —aquellas que llegan a la gente— no tienen por qué ser complejas, máxime cuando sus receptores son menores de edad. Ilustrado de manera brillante por Teté Cirigliano, ilustradora argentina con una larga trayectoria internacional, su estilo tierno, fantástico y plagado de guiños, hará las delicias de los críos... y sacará la sonrisa a más de un adulto.

Princesas Dragón: Los siete fuegos

Si os van las princesas, este es vuestro libro. Bueno, eso depende de vuestros gustos, pues las creadas por Pedro Mañas no son las típicas que visten de rosa y anhelan un príncipe azul, sino un grupo de chicas que, cuando se lo proponen, pueden sacar a relucir nada más y nada menos que los poderes de un dragón. Las tres viven en Los Cuatro Reinos, un rincón de sabor medieval repleto de peligros y trampas, que requiere de unas superheroínas de su talla. En esta aventura, Bamba, Nuna y Koko —que es como se llaman las protagonistas— empiezan a ir al colegio, y aunque los días transcurren entre libros, recreos y clases (lo normal, vaya), unos extraños robos comienzan a intranquilizarlas. ¿Podrán resolver el misterio antes de que sea demasiado tarde? Publicada por SM, esta nueva propuesta del filólogo y ganador del premio Narrativa Breve 2004 forma parte de una serie de libros en los que Mañas rompe los estereotipos de los libros de princesas, ofreciéndonos en su lugar una propuesta ágil, multicolor y explosiva en la que nada es lo que parece. Ilustrada de manera personalísima Luján Fernández, licenciada en Comunicación Audiovisual y experta en ilustración y animación, con una sólida trayectoria.



Recomendación: Cinco libros infantiles educativos y divertidos

Por Bárbara Sáenz. Ilustradora. Poeta. Book reviewer.

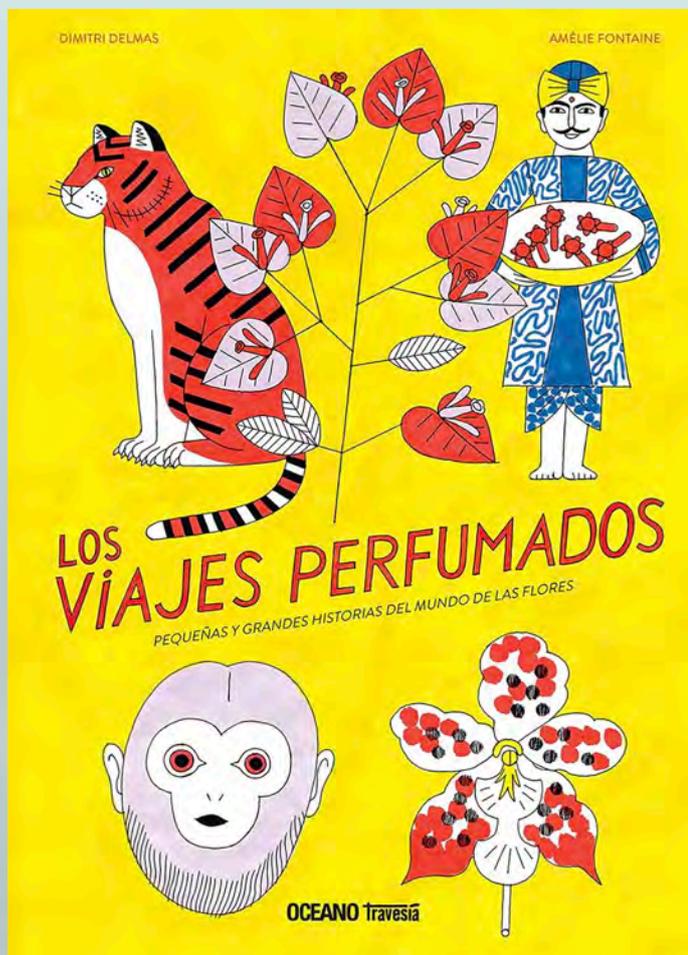
Alimentos, agricultura, naturaleza, biodiversidad, comercio, física, son algunas de las materias tratadas en las siguientes recomendaciones de literatura infantil:

Los viajes perfumados: Pequeñas y grandes historias del mundo de las flores

Dimitri Delmas

Hay flores con fragancias exquisitas, como el jazmín, la buganvilia o el azafrán. ¿Alguna vez te has preguntado cómo se descubrieron sus usos y propiedades, y cómo llegaron a nuestras tierras? Con este libro podrás acercarte a esos descubrimientos sobre éstas y otras flores. ¡Te espera un viaje con muy buen olor!

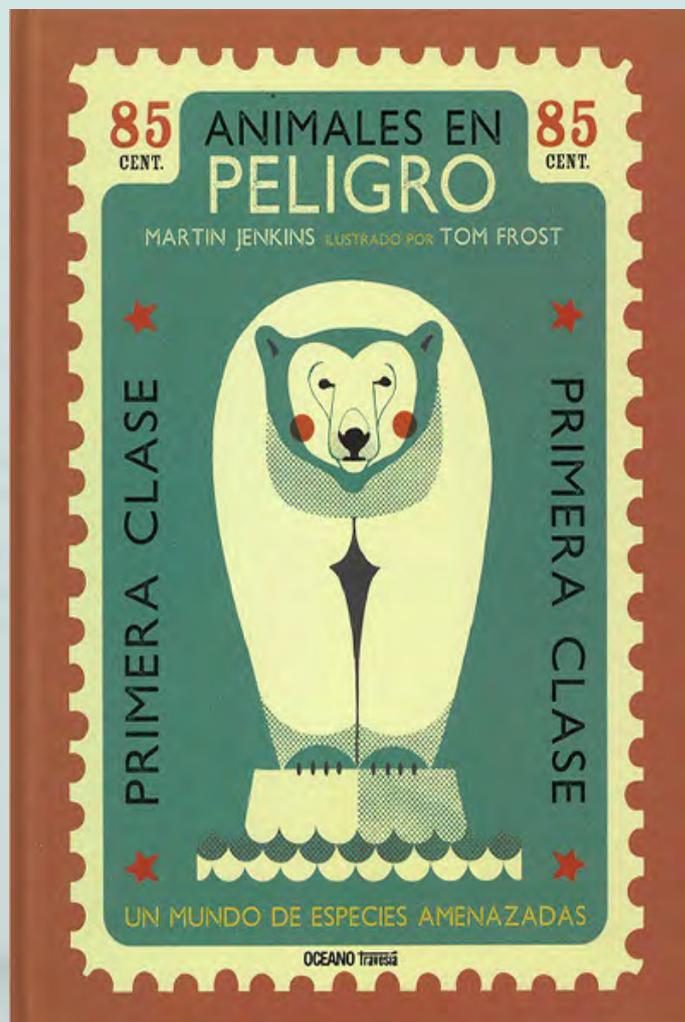
Libro informativo con ilustraciones esquemáticas y sencillas que presenta las historias de doce flores de exquisito aroma: cómo fueron descubiertas y mercantilizadas, para qué se usaron en el pasado y cómo han permanecido hasta nuestros días.

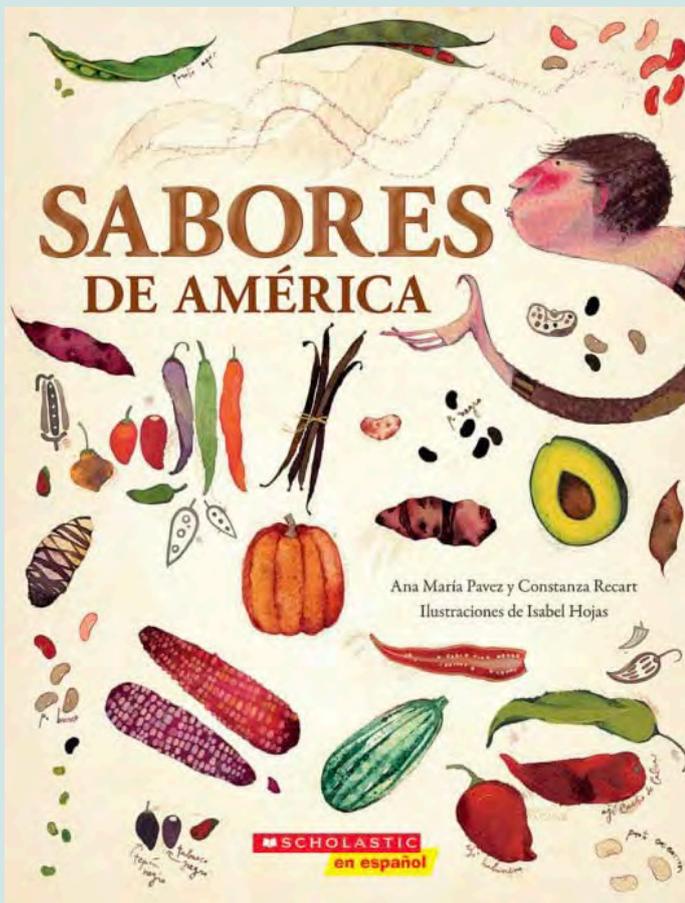


Animales en peligro: Un mundo de especies amenazadas

Martin Jenkins

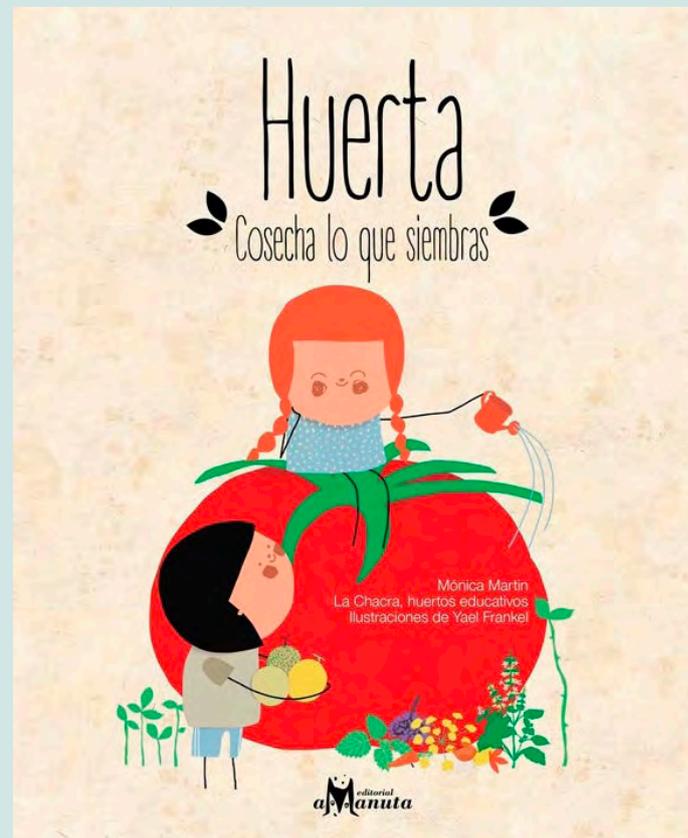
La destrucción de sus ecosistemas, la caza y el calentamiento global han puesto en peligro a muchísimas especies animales. El orangután, el okapi, el panda gigante y la ballena azul son sólo algunas de las 30 especies en peligro de extinción que protagonizan este libro y que necesitan ayuda. Pero para salvarlas necesitamos saber dónde viven y por qué están en riesgo. Con la última información de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza, descubrirás cuántos ejemplares quedan, cómo es su ecosistema natural y cuál su situación. En cada doble página aprenderás la importancia de cuidar no sólo a los animales de nuestro entorno sino a los ecosistemas que los albergan.





Sabores de América
 Ana María Pavez y Constanza Recart

Maíz, papa, poroto, palta, zapallo, tomate, ají, maní, chocolate, chirimoya, papaya, camote son algunos de los alimentos que hasta el siglo XV sólo eran consumidos en América. Con este libro podrás cocinar y saber algo más de estos sabrosos alimentos americanos. Incluye recetas.

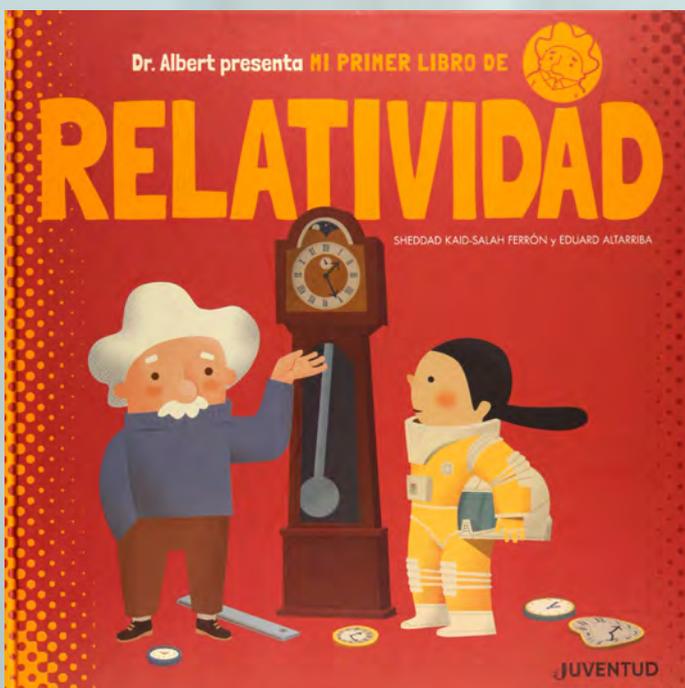


Huerta: Cosecha lo que siembras
 Martín, Mónica

Este libro es para toda la familia, profesores y alumnos, y para todas las edades. Solo hay que entusiasmarse, seguir las simples instrucciones y podrás tener tu propia huerta. La huerta es un sistema en que todo se relaciona entre sí y permite que la vida surja de la tierra convertida en alimento fresco que llega directamente a tu mesa con todos los nutrientes que tu cuerpo necesita. Tener una huerta en casa es lo mejor que puedes hacer por ti y por el planeta. Conviértete en un pequeño agricultor urbano y súmate a los miles de niños que están cultivando sus propios vegetales... y de paso, cambiando el Mundo.

Mi primer libro de Relatividad
 Sheddad Kaid-Salah Ferrón

Cuando andamos por la calle nos parece que el tiempo es el mismo para todos: para nosotros, para la vecina que nos cruzamos, para los habitantes de Moscú o para los pedruscos de Marte. Pero hace más de cien años, Albert Einstein se percató de que el tiempo no transcurre igual en todas partes y de que es diferente dependiendo de la velocidad a la que nos desplazamos. Así, si pudiéramos viajar casi a la velocidad de la luz veríamos que suceden cosas increíbles con el espacio y el tiempo. Empieza a descubrir el fascinante mundo de la Relatividad con la ayuda del Dr. Albert, de los mismos autores que Mi primer libro de física cuántica.



Reseña: *La trucha que mató al rey*, Teresa López Velayos

Por Ginés Vera.

¿Habéis jugado alguna vez al juego de la oca? Yo recuerdo con nitidez cuando entró en mi casa, el día que mi madre compró el juego.

Nostalgias aparte, una imagen de ese popular juego de mesa forma parte de la portada de *La trucha que mató al rey* (Torre de Lis), de Teresa López Velayos. A su protagonista también le regalan un juego de la oca y con él va poder comunicarse con un curioso personaje.

La historia de *La trucha que mató al rey* nos la cuenta Petra, una colegial de 12 años que vive en una pequeña localidad castellana en 1968. Según una leyenda local, en ese pueblo murió el hermano pequeño de Isabel la Católica.

Para las y los más curiosos, en el municipio de Cardenosa (Ávila) fue envenenado el rey Niño, Alfonso de Castilla, y donde transcurrió la infancia de Teresa López Velayos.

Petra y sus amigas querrán averiguar qué hay de real en esa leyenda embarcándose en una fascinante aventura de la mano de un espíritu del pasado que vivió en el siglo XV.

La trucha que mató al rey me ha sorprendido gratamente por la narración y por la ágil lectura que plantea su autora. Salvando las distancias, me ha evocado un poco a Matilda, de Roald Dahl, incluso a las novelas de Los Cinco, a las que López Velayos alude en esta novela.

Petra y sus amigas no solo vivirán una aventura al estilo de Los Cinco, también nos transportará a nuestra niñez al leer menciones a Perry Mason, a la perra Lassie, al pan con Nocilla, a los TBO, al Exin Castillos o al año que Massiel ganó el Festival de Eurovisión.

Y como en el juego de la oca, voy de nuevo al principio, al tablero de la portada, para comentar que en la contraportada, además de la sinopsis, vemos la imagen de un pozo, de uno del mencionado juego. Será un elemento clave en esa insólita búsqueda de Petra y sus amigas, junto a una cueva mágica, para descubrir si la leyenda del joven rey envenenado en 1468 en la posada de su pueblo es cierta o no.

La trucha que mató al rey nos devuelve la magia de los libros, de las buenas historias para jóvenes y adultos de la mano de Teresa López Velayos, nominada a los Premios Goya como guionista y coproductora del corto documental *En un lugar del cine* (2010) y por el corto de ficción *El paraguas de colores* (2014).



Reseña: *Resina*, Ane Riel

Por Ginés Vera.

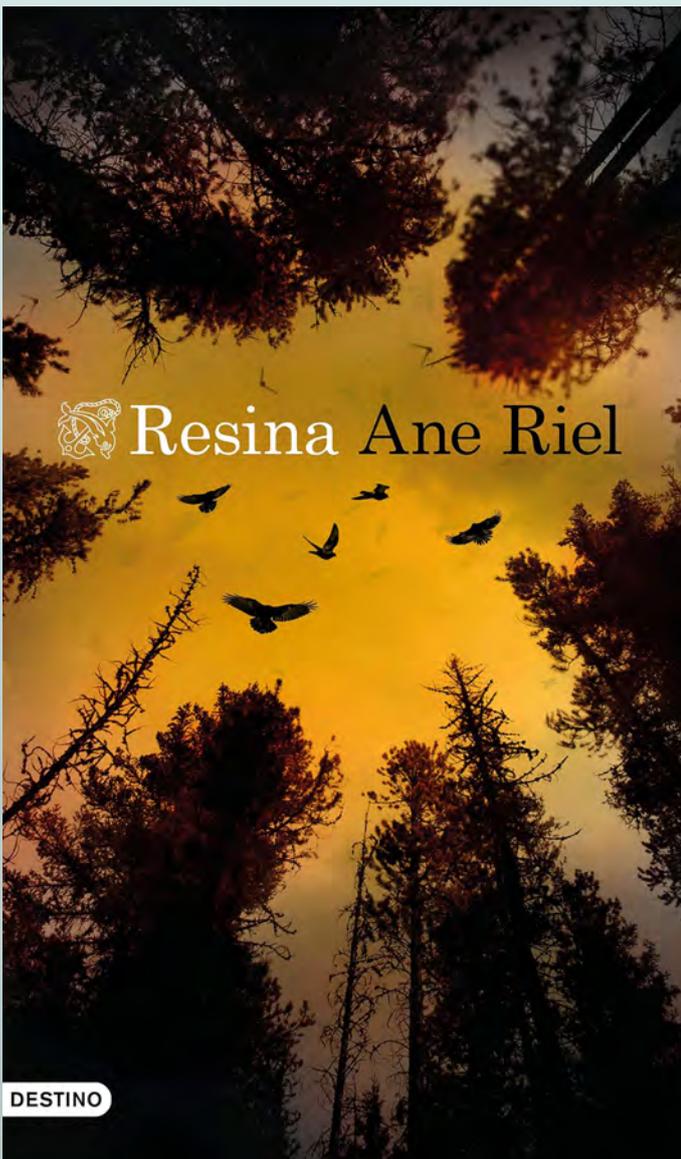
Resina (Ediciones Destino), de Ane Riel, no estaba entre mis lecturas planeadas. Llegó casi por casualidad. Leí la sinopsis y me llamó la atención, cierto, pero pasó casi desapercibida. Me bastó leer las primeras páginas para convertirme en un insecto atrapado por esa resina metafórica con la que titula Riel su novela.

Resina narra la historia de la familia Haarder. Conocemos a los personajes por la voz de Liv, la pequeña, de las cartas de María, su madre y de un narrador que va encajando la trama. Rodeados de la naturaleza salvaje en medio de una pequeña isla, el padre de Liv ha ido acumulando objetos durante años. Y en esa naturaleza de la isla y entre esas toneladas de objetos aparentemente inservibles nos sumerge Riel. Lo hace con una extraordinaria narración de interés creciente, fluyendo como resina.

A los ojos de la joven Liv ciertos hechos pueden parecer un juego, pero no lo son. Incluso cuando se la da por desaparecida, cuando su padre denuncia que se adentró con una barca en el mar y ya no regresó. Porque en esa pequeña isla ocurren cosas, la vida y la Muerte se tocan, se miran a los ojos y fluyen lentamente.

La familia Haarder guarda objetos y secretos, veremos los lectores quienes iremos descubriéndolos con el desasosiego delicioso de una novela negra galdonada, con justo merecimiento, con varios premios literarios. Invito a los amantes del género y a quienes gusten de la buena literatura a que conozcan a Liv Haarder, a su familia, a que se dejen atrapar por esta ambarina historia desde la portada, en esta *Resina* de Riel poderosa y subyugante de principio a fin.

Ane Riel debutó en la narrativa para adultos con *Slagteren i Liseleje*, que recibió en 2013 el premio a Mejor Primer Novela por parte de la Academia Danesa. Antes de dedicarse a la escritura, Ane Riel publicó varios libros para niños, incluidos libros educativos sobre arte y arquitectura. Está casada y vive en Liseleje, Dinamarca.



Reseña: *Los asesinos del emperador*, Santiago Posteguillo

Por Samuel Ferro. Escritor, pensador de sueños y contador de historias.

Valoración personal (3/5)

Trama (3/5)

Inicialmente la trama es muy interesante, ya que nos cuenta los planes para asesinar al emperador Domiciano. Sin embargo, desde mi punto de vista, la trama tiende a alargarse y a explicar absolutamente todo, por lo que pierde fuerza y desde luego sorpresa (sobre todo por la estructuración de la novela)

Personajes (2/5)

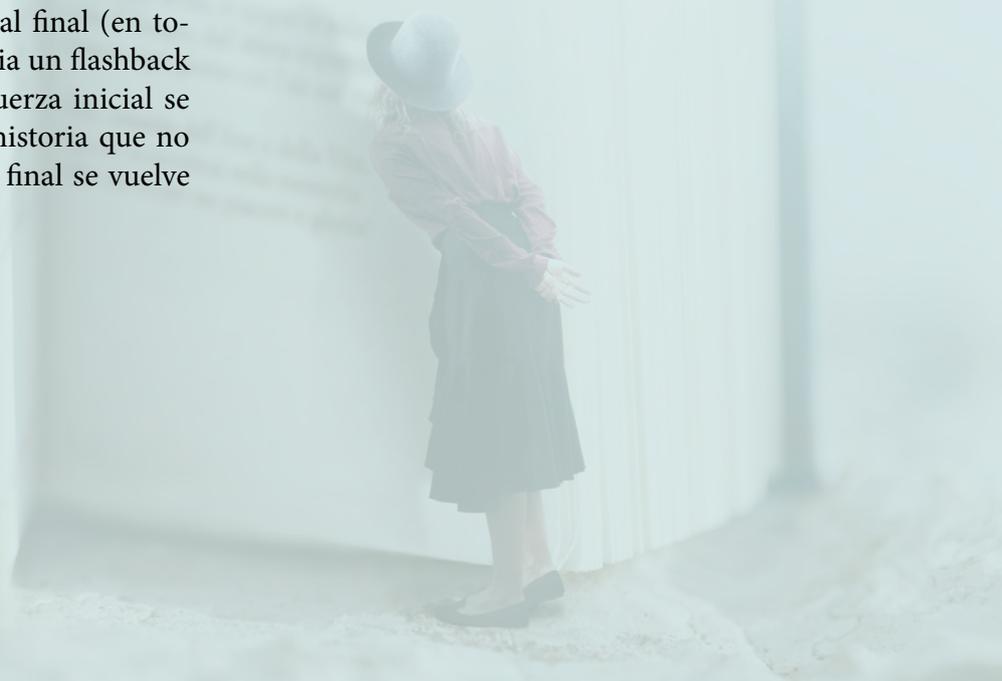
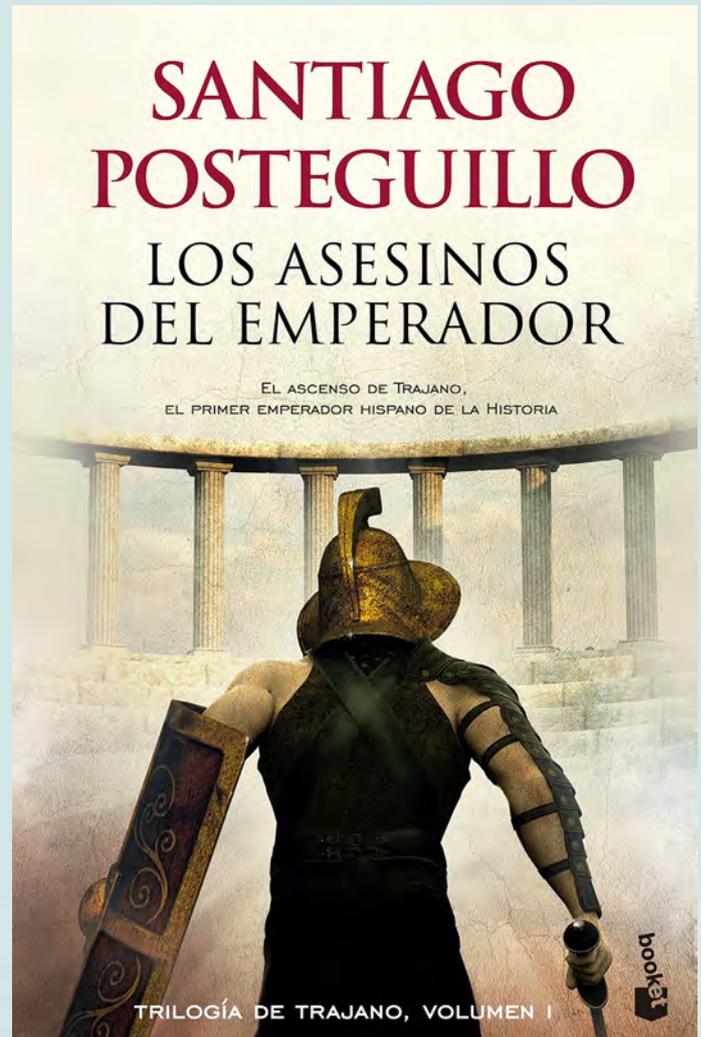
La mayoría son muy planos y correctos, no se salen de lo establecido a excepción de Marcio (un gladiador), Trajano (que sale muy poco y futuro emperador) y Domiciano (el emperador actual) aún así, nunca llega a ser tan cruel como vaticina el narrador.

Estilo (5/5)

Sin duda de lo mejor. Lleno de léxico “romano” y un nivel de variedad, riqueza lingüística y descriptiva muy precisa.

Estructura (2/5)

Lo interesante está al principio y al final (en total 250 hojas), pues en el medio se inicia un flashback extenso de 600-700 hojas, donde la fuerza inicial se pierde y se incluyen elementos en la historia que no son vitales para la misma. Tan solo al final se vuelve recuperar un poco de esa tensión.



Reseña: *El rey del invierno*, Bernard Cornwell

Por Samuel Ferro. Escritor, pensador de sueños y contador de historias.

Valoración personal (5/5)

Trama (5/5)

Tremendamente interesante. Nos cuenta la vida de Derfel, un joven que sueña con servir a Arturo cómo un hombre de honor, y todo ello rodeado de una atmósfera rodeada de misterio, creencias, traiciones y engaños, que te mantiene pegado al libro página tras página. Nunca deja de ocurrir cosas, y eso es increíble, sobre todo al final... Apoteósico.

También quiero destacar la etapa en la que se desarrolla trama: es la era post-imperio romano frente las incursiones sajonas en Britania.

Personajes (5/5)

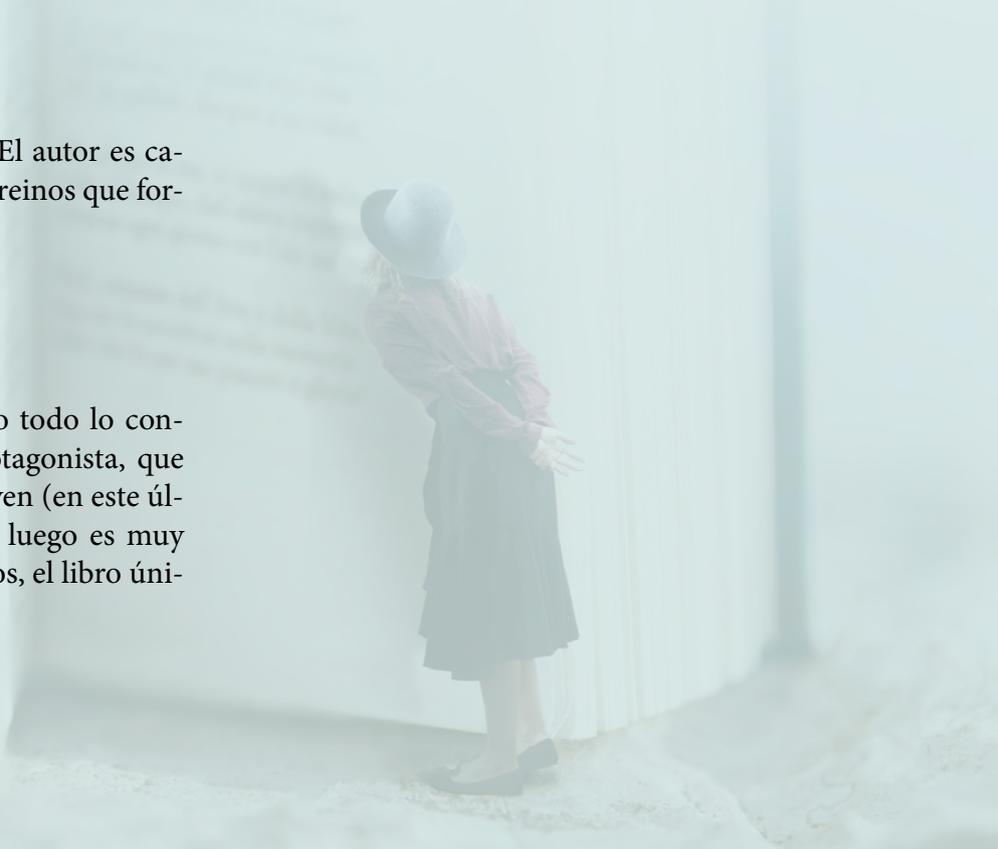
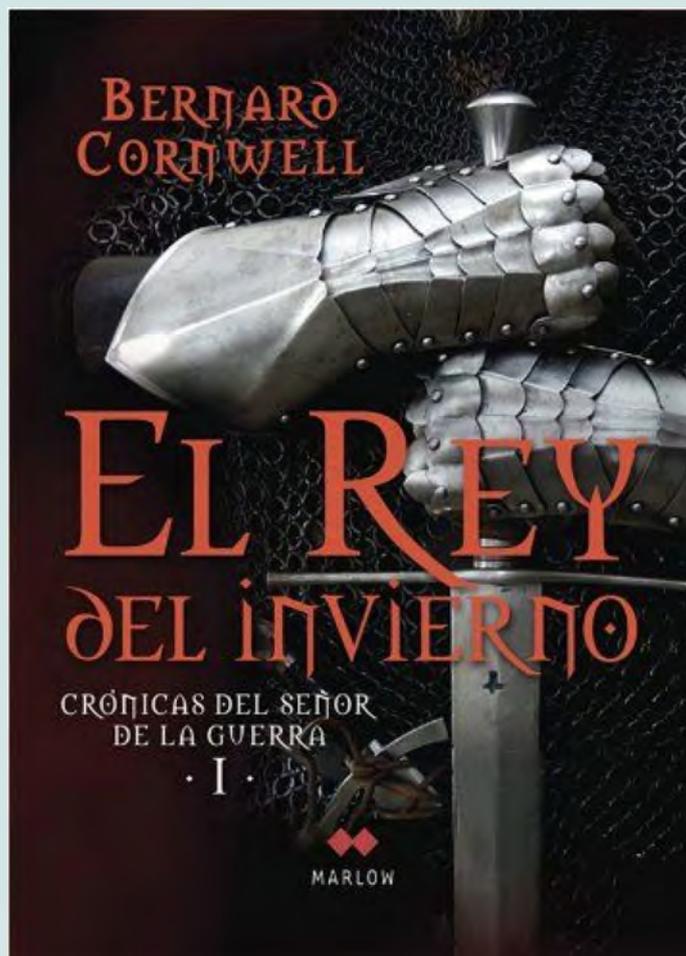
Tienen mucha presencia, tantos los “buenos” como los “malos”, ya que te transmiten muchas emociones y eres capaz de empatizar, odiar o admirarlos. Tienen carácter y con una trama tan trepidante, deseas saber cómo evolucionan, que dicen, que hacen... O simplemente donde están.

Estilo (5/5)

Sencillo y sin florituras excesivas. El autor es capaz de transportarnos a esos pequeños reinos que forman Britania, y lo hace a la perfección.

Estructura (5/5)

Diferente, y no por ello malo, sino todo lo contrario. La novela es la historia del protagonista, que alterna su “yo” viejo frente a su “yo” joven (en este último está el 95% de la obra), y desde luego es muy interesante. Además no existen capítulos, el libro únicamente se divide en cuatro partes.



Reseña: *El enigma del Salón Victoria*, Antonio Puente Mayor

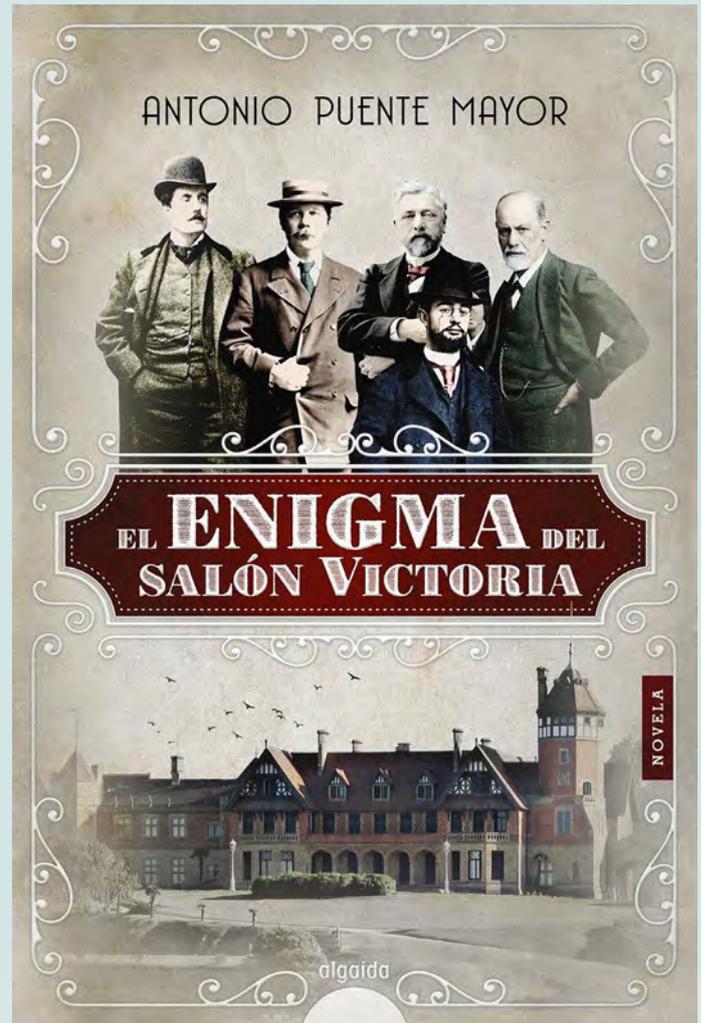
Por **Andrés González-Barba**. Escritor. Periodista.

El asesinato de una mujer en el Hôtel du Palais de Biarritz marca el inicio de la nueva y trepidante novela de Antonio Puente Mayor (Sevilla, 1978), *El enigma del Salón Victoria* (Algaida). Se trata de un claro homenaje a la literatura decimonónica que rescata del olvido a personajes que han sido maltratados por la historia, como la reina regente María Cristina de Habsburgo.

El escritor sevillano comenta que «quería hacer una novela policiaca hace años porque soy muy aficionado a este género desde mi adolescencia». De hecho, recuerda con cariño haber leído en un par de veranos todas las novelas y relatos protagonizados por Sherlock Holmes. También es un devoto de Agatha Christie. «La literatura de finales del siglo XIX y principios del XX es mi favorita», dice. Por eso la historia es deudora de la novela victoriana, recibiendo la influencia de Thomas Hardy, Wilkie Collins, Henry James y Bram Stoker, que aparece en un cameo.

Aparte de estas influencias, «El enigma del salón Victoria» refleja la pasión que siente Puente Mayor hacia San Sebastián, ciudad que conoce a la perfección porque trabaja como guía turístico (en la cubierta del libro aparece el Palacio de Miramar, del que se celebra este año el 125 aniversario de su construcción). En la capital donostiarra fue donde conoció a la reina regente María Cristina, que «es un personaje que ha sido maltratado», se lamenta. En ese sentido, el autor de «El testamento de Santa Teresa» afirma que «el desconocimiento que hay sobre la historia de España es brutal». «María Cristina fue un personaje que no cayó simpático en la España de su época. Tenía fama de mujer seca y la apodaron Doña Virtudes. Era la contraposición a María de las Mercedes, una sevillana guapa y muy alegre que conquistó a los súbditos cuando se casó con Alfonso XII, pero falleció pocos meses después de su matrimonio».

Confiesa también este escritor haberse quedado fascinado de niño con las películas de Alfonso XII, e incluso ha creado una lista de canciones en Spotify con música de la época, destacando el «Romance de la Reina Mercedes», interpretado por Paquita Rico, además de composiciones de Scott Joplin o Strauss, entre otros.



Otra de las características de *El enigma del Salón Victoria* es que nace con una clara vocación viajera, ya que se desarrolla en múltiples escenarios a lo largo del año 1899. De este modo, el lector viajará por distintas ciudades como San Sebastián, París, Biarritz, Portsmouth, Viena o la región de La Toscana.

Cinco grandes personajes

Además del protagonismo de María Cristina, la novela pivota sobre cinco personajes de gran peso histórico: Giacomo Puccini, Sigmund Freud, Gustav Eiffel, Arthur Conan Doyle y Henri de Toulouse-Lautrec. «Quería destacar facetas desconocidas de todos ellos». Para que tuvieran el máximo de verosimilitud histórica, Puente Mayor ha hecho una exhaustiva labor de documentación, investigando en las biografías de dichos personajes. Así, por ejemplo, el retrato que se muestra de Eiffel es inédito porque se refleja a un hombre viudo en la recta final de su vida, que está retirado y que vive en la última planta de la famosa torre parisina. «En esos años se dedicó a

experimentos meteorológicos, pero su prestigio cayó tras varios escándalos, como el del Canal de Panamá». En cuanto a Lautrec, «me fascinó que su firma fuera publicitaria porque era un logotipo. Puccini tenía un hijo natural y era un bon vivant, y de Freud me leí una biografía escrita por sus hijos. De Conan Doyle destaco cosas como su afición por el fútbol». Cada uno de estos protagonistas tendrá que emplear sus talentos para la resolución del crimen, como si se tratara de Los Vengadores o de La Liga de los Hombres Extraordinarios. «Hago también un guiño al whodunit de Agatha Christie, pues encierro a los cinco personajes en el Hôtel du Palais, donde tienen que averiguar quién mató a la mujer que aparece asesinada y con la piel recubierta de oro. Además, todos son sospechosos», dice el escritor.

Huntington, el galán

Por otra parte, en la trama aparece Archer Milton Huntington —el fundador de la Hispanic Society of America—, que está envuelto en un misterio sobre una biblioteca emparedada que ha aparecido en una vieja abadía. «Es el galán y el aventurero de la novela». Esa parte de acción y aventura tiene también como referente a Julio Verne, otro de los autores favoritos de Puente Mayor.

De otro lado, se trata de una «novela coral y caleidoscópica que homenajea a una época irrepetible». A este respecto, el escritor dice que ve muchos paralelismos entre esos años de la revolución industrial y la actual revolución tecnológica.

Finalmente, el autor afirma que «le debo mucho al editor de Algaida, Miguel Ángel Matellanes, porque siempre que intervino en el libro lo mejoró».



Reseña: *Guardando las apariencias*, Carmela Trujillo

Por José R. Cortés Criado. Doctor en Filología Española, Profesor Investigador de la Universidad de Málaga, (UMA). Experto en Literatura Infantil y Juvenil, y en el Fomento de la Lectura y la Escritura.

“El pueblo se queda sin un carpintero. Tú, sin marido. Todas las mujeres de tu familia sois viudas. Vestidas de luto, rezáis el rosario a los pies del difunto, con otras vecinas que lloran con lamentos que no son propios, sino más bien fingidos.” Carmela Trujillo: *Guardando las apariencias*.

Muy buen libro. Fue comenzar a leerlo y no parar hasta llegar al desenlace. La autora escribe de forma fluida y nos lleva, año tras años, a recorrer la vida de su protagonista en un principio, después, década a década. Comienza en el 1943 y termina en 2009.

En esta ocasión Carmela Trujillo nos trae la historia de Cándida Pizarro, contada con un estilo muy personal; una chica de pueblo que aprendió a coser junto a su madre. Estaba destinada a sustituirla como la modista local pero terminó en Madrid dueña de un gran negocio, pues llegó revolucionar la moda nupcial en nuestro país.

La vida de esta mujer es dura desde su nacimiento. Su madre quiso llamarla Ágata pero el cura no lo consideró oportuno y terminó siendo Cándida. Tuvo dos hermanos varones más y una infancia normal, pero ella observaba mucho y captaba cosas que los mayores no sospechaban.

Su madurez y su sentido práctico la hacen tomar decisiones muy importantes en su vida, tanto con el marido de su madrina, su padre, sus dos primeros maridos, su madre... pero siempre, *guardando las apariencias*. Nadie debe conocer sus hechos.

Después de enviudar dos veces conoce a su último marido, el único que llega a conocer sus secretos; gracias a ello él publica su gran novela. Ella fue su musa para sus poemas.

Cándida llegó a ser una gran empresaria, paso a paso conoceremos su éxito empresarial, a la par que sabremos cuáles son sus bien guardados secretos. Algo tuvo que ver en la muerte accidental de los hombres que la maltrataron en algún momento de su vida.



A lo largo de las páginas vemos el transcurrir de la existencia de Cándida y los acontecimientos sociales del momento, ya sea porque hace referencia a un disco de Camilo Sexto que se compró, una película de Pedro Almodóvar que vio, a la muerte de John Lennon o el ataque terrorista de Hipercor.

La forma utilizada por Carmela Trujillo para contar la historia se aparta de los tipos de narradores habituales. Comienza el libro con la reproducción de una noticia de prensa sobre la muerte de la modista. Ya sabemos el final y, ahora, debemos conocer qué fue de su vida.

Le sigue un narrador omnisciente en segunda persona, que se dirige de tú a la protagonista del relato y le recuerda su vida. A veces le ordena lo que ha de hacer, que no es otra cosa más que lo que sucedió realmente. Son recuerdos escritos como si se tratasen de notas de un diario personal, algunos extensos y otros breves, hecho que dota de agilidad la trama.

Sin duda una buena novela corta que nos hará pasar un buen rato de lectura.

Artículo: Los secretos de Gustavo Adolfo Bécquer



Bécquer, nuestro protagonista

Para conocer mejor su forma de pensar y también lo vinculado que estuvo al espiritismo o el ocultismo debemos conocer su vida, las dificultades por las que pasó y sus experiencias vitales que se plasmaron en sus obras.

Gustavo Adolfo Claudio Domínguez Bastida –Gustavo Adolfo Bécquer– nació en Sevilla en el 17 de febrero del año 1836, con el paso del tiempo pasaría a ser uno de los autores de la Literatura española más reconocibles, más reconocidos y aclamados, por su estilo, por el concepto del romanticismo, por la profundidad de sus composiciones y relato, ha sido uno de los inspiradores de autores como Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez o Antonio Machado, pero también un pionero.

No tuvo una vida fácil pues quedó huérfano siendo un niño, pero jamás perdió la ilusión o la capacidad de soñar. Desde joven tuvo clara que su vocación iba a ser creativa, no sabía si dedicándose a la pintura o a la escritura, pero por ahí se orientaría. Un cambio importante fue el que se produjo cuando abandonó la capital andaluza y se trasladó a la Villa y Corte, a Madrid, ahí comenzaría el cambio en su vida y a tener contacto con los ambientes adecuados.

Su padre era el pintor José Domínguez Insausti, y firmaba sus obras con el apellido familiar: José Domínguez Bécquer, de origen flamenco, los Becker o Bécquer, se asentaron en Sevilla en el siglo XVI siendo su hermano Valeriano el que tomó el testigo pictórico de su progenitor.

Nunca estuvo sobrado de dinero y vivió penurias, la bohemia de la época quedaba muy bien sobre el papel, en los ambientes culturales, pero vivirla día a día era compleja si no se tenía un capital que lo permitiera. Quizás por todo ello, por esas estrecheces económicas, enfermó de tuberculosis, una enfermedad que lo podía llevar a la muerte como sucedió cuando sólo contaba 34 años, el 22 de diciembre de 1870.

No pudo ver sus obras editadas pero serían inmortales y de no haber fallecido a tan temprana edad, posiblemente, sería de mayor trascendencia y alcance teniendo la inmortalidad ganada.

Por Jose Manuel García Bautista.

“Todo mortal”, esas fueron las últimas palabras del Gustavo Adolfo. Cuentan que cuando Valeriano Bécquer murió algo se rompió en el alma de su hermano Gustavo Adolfo, era el mes de septiembre de 1870 y no iba a pasar demasiado tiempo hasta que la Parca visitara al ilustre escritor.

Inseparables desde su más tierna infancia la tristeza le invadió, la ausencia era insoportable y, de salud quebradiza, muere unos meses después no sin antes pedir a su íntimo amigo, el poeta, Augusto Ferrán que quemara sus cartas pues “serían mi deshonor” y que “si es posible, publicad mis versos. Tengo el presentimiento de que muerto seré más y mejor conocido que vivo”.

Si hay un escritor que encarna con perfección lo que es la literatura de misterio ese es, sin dudas, Gustavo Adolfo Bécquer. Si para los anglosajones son insustituibles Edgar A. Poe o H.P. Lovecraft en castellano su figura se realza cuando se conoce todo lo que ocultan sus “Rimas y Leyendas”, una dimensión desconocida que adquiere un nuevo valor viniendo siempre de su hábil pluma.

Pintó y también trabajó en la redacción de *El Contemporáneo*, allí escribió *Cartas desde mi celda* y *Cartas Literarias* o *Historia de los Templos de España*. Obras de teatro, poesías, leyendas, artículos, todo forma un conjunto de gran importancia.

Pero sirvan estas pinceladas sólo para conocer un poco la vida de este genio eterno donde también se interesó por otros temas que, implícita o explícitamente, toca en sus obras como la vida tras la muerte, las apariciones, los fantasmas, los mensajes del más allá o el espiritismo que surgió en 1848.

La influencia del espiritismo

El movimiento espiritista entra en España vía Cádiz y Sevilla hacia 1854 y 1855, los primeros libros y noticias del espiritismo tienen su eco en los medios de comunicación y el propio Bécquer escribía el 28 de enero de 1863, en *El Contemporáneo*: “*Me dan ganas de creer en la metempsicosis*”, siendo militares, médicos, maestros de escuela y aristócratas lo que más conectaron con aquella doctrina tan especial.

La promesa

En *La promesa* surge un fantasma, una aparición que levita en el aire y da la mano a la difunta Margarita que la luz “conserva viva, latente en su rayo la imagen de las cosas y objetos que hieren” y “el sonido se reproduce eternamente en el espacio”, hechos con connotaciones dadas dentro del espiritismo como el llamado “silencio cero” o el levitar incluso en lo que, por analogía, podríamos denominar en aquello del sonido que se reproduce eternamente como las psicofonías o voces del más allá; la luz es un elemento esencial dentro de la comunicación con los espíritus —al y como se entendía en la época— como en *El Miserere* seguía a Marietta en forma de “rayos de otros soles” de otra vida...

Hay también referencias en sus “Rimas” como en la LXXV que nos habla del espíritu sobre su creador “huésped de la nieblas” donde “alado sube a la región vacía / a encontrarse con otros / y allí, desnudo de la forma humana”..., “de la idea / el mundo silencioso” dónde conoce “a muchas gente / a quienes no conozco”.

La figura femenina es la inspiradora de muchas de las historias heterodoxas de Bécquer, igualmente todo lo misterioso, pese a que su relación con la que

sería su esposa, Casta Esteban y Navarro —también escritora— no era la más adecuada con peleas matrimoniales y una infidelidad por parte de ella con la que tuvo tres hijos. Pero Gustavo Adolfo tampoco le iba a la saga y estaba tratándose, desde hacía tiempo —1860— por el doctor Francisco Esteban, de una enfermedad venérea, posiblemente sífilis. Su musa pudo ser Elisa Guillén, una vallisoletana que era la “dama de rumbo y manejo”, su amante que terminó abandonándole.

Su salud delicada le hizo pasar una temporada, en 1863, en la zona del Moncayo, en el Monasterio de Veruela, en Zaragoza, el aire de la Sierra le ayudaría contra la tuberculosis que era una creencia muy extendida en la época y donde tuvo momentos de inspiración extraordinarias en su obra y cartas como *Desde mi celda*.

Una vez recuperado regresa a Sevilla donde estaba muy extendido el espiritismo y donde es nombrado censor de novelas en 1864, un cargo que ya había ejercido anteriormente y que seguirá haciéndolo hasta 1867 en Madrid.

Sobre todo ello habla Daniel Suárez Axtazu, médium de la Sociedad Espiritista Española, en su obra: *Marietta, Página de dos existencias, Páginas de ultratumba (Primera y segunda parte), Obra emanada de los elevados espíritus de Marietta y Estrella* de 1874 —nótese la fecha de la segunda edición—, en Madrid por Imprenta de Folguera. Así dice de Gustavo Adolfo: “Es capaz de no perder ni una sola de las vibraciones que se desprenden de la armonía que se extiende en el espacio y que marcha a perder los torrentes de sus últimas notas en los linderos más apartados de lo infinito. Toca las sustancias más tenues, examina los elementos más simples, y analiza los detalles más delicados (...) Su pensamiento es su elocuencia, y entregando sus sentimientos a un lirismo eterno, puede describir cuadros bellísimos sólo por poner de manifiesto sensaciones”. Así lo sobrenatural, lo ultraterrestre, lo etéreo está muy presente en las obras del sevillano.

Simbología oculta

En las obras de Bécquer hay pistas que no debemos dejar pasar, todo un compendio de saber esotérico escondido entre sus “Rimas y Leyendas” y que demuestran el gusto tácito por estos temas del gran autor sevillano.

Fue uno de los estandartes de Romanticismo, viajó por toda España y se hizo eco de muchas historias populares que eran parte de la tradición oral. Es curioso comprobar como cuando llega la Noche de Halloween o el Día de Todos los Santos muchos se reúnen en torno a los cementerios y leen algunas obras del autor, incluso en algunos de los lugares de los que él escribió o que fueron protagonistas de sus relatos como la famosa “Venta de los Gatos”, el Parque de María Luisa, el Cementerio de San Fernando o el casco antiguo de la ciudad.

Uno de los lugares más bellos lo encontramos en la llamada “Glorieta de Bécquer” donde nos encontramos con un conjunto escultórico que nos lo dicen todo. Está en un pedestal octogonal, el número 8 tan vinculado a los Templarios, donde tenemos al busto del poeta que nos recuerda su nacimiento y defunción, a su lado tres mujeres sentadas que son los tres estados del amor: el “amor ilusionado”, el “amor poseído” y el “amor perdido” y que dan “vida” a la rima de Bécquer *El amor que pasa*:

“Los invisibles átomos del aire / en derredor palpitan y se inflaman, / el cielo se deshace en rayos de oro, / la tierra se estremece alborozada.

Oigo, flotando en olas de armonías, / rumor de besos y batir de alas; / mis párpados se cierran... ¿Qué sucede? / Dime.

¡Silencio! ¡Es el amor que pasa!”

Pero falta algo más, un detalle importante: una figura de bronce, moribunda, dolorida... Es el “el amor herido” junto a Cupido que da forma a aquello de “el amor que hierre”.

Fue una iniciativa de los hermanos Álvarez Quintero y remata el conjunto de Collaut y Bechini un grupo de sauces llorones que ponen el broche perfecto a una obra perfecta que el propio Bécquer hubiera aplaudido.

Maese Pérez “el organista”

Uno de sus relatos más especiales es el que nos habla de un suceso que tuvo lugar en el convento de Santa Inés, próximo a la plaza del Cristo de Burgos con especial significación en la ciudad. Relata como una noche, en el siglo XVI, Maese Pérez debía tocar en la tradicional Misa del Gallo. El excelente organista no hizo acto de presencia, la muerte le rondaba y una enfermedad era el preludio de la misma.

Acudió en su lugar otro organista pero no se acercaba a la calidad del primero cuando, repentinamente, entró en volandas, llevado por sus seguidores, el viejo en enfermo músico. En su rostro la expresión de la cercana muerte y cuando comenzó a interpretar la pieza aquel órgano sonó mejor que nunca, era como si los propios ángeles inspiraran cada nota.

Un momento tan épico fue interrumpido con la última cuando un grito, el de su hija, alertaba sobre la muerte de Maese Pérez.

Al año siguiente se buscaba quién tocara en la misa, su hija también podía pero por respeto no quería hacerlo, así esa noche no habría nadie frente al instrumento pero en el momento de “la Consagración” volvió a sonar el órgano mientras se podía ver y reconocer el estilo inconfundible de quién falleció un año antes. Las teclas se presionaban solas y el hecho fue totalmente paranormal sorprendiendo a cuantos estaban presentes en la misma. El espíritu de Maese se había manifestado para acudir a su cita anual. Ya no lo volvería a hacer más.

La Rima VII viene a acompañar esta leyenda eterna:

“Del salón en el ángulo oscuro, de su dueño tal vez olvidada, / Silenciosa y cubierta de polvo veíase el Arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas, como el pájaro duerme en sus ramas, / esperando la mano de nieve que sabe arrancarlas!

¡Ay! —pensé— Cuantas veces el genio así duerme en el fondo del Alma, / y una voz, como Lázaro, espera que le diga: “Levántate y anda”.

Los estudiosos de Bécquer ven en su figura el conocimiento esotérico sobre materias que se plasman en su obra y que delatan las inquietudes del autor sevillano, en “Los elementales”, “La Corza blanca”, “La Dama blanca”; igualmente el neognóstico en “Trasmundo”, “Leyendas”, “Unus Mundus”, “Ondina-Ánima” e, incluso en la importancia de tener una mujer como inspiración, como musa de sus pasos. También se le identifica como un miembro de órdenes masónicas o teosóficas, pero es algo perteneciente al terreno especulativo.

La Corza blanca

En sus obras pone de manifiesto una serie de arquetipos —tan del gusto de Carl Gustav Jung— donde podemos encontrar el inconsciente colectivo, exper-

tos como el catedrático Martín Almagro-Gorbea creía identificar influencias celtas en las leyendas como *La Corza Blanca*, localizada en la fuente de los Álamos, en Beratón, también a seres sobrenaturales como ondinas y elfos, seres del imaginario popular dotados de características mágicas.

En el relato habla de mujeres con poderes que se convierten en corzas y ciervas cual tradición celta, igual que en la tradición medieval se narraban como había apariciones de la Virgen junto a animales como ciervos o como estos seres sobrenaturales se transformaban en ellos. En *Guigemar* se lanza una saeta a una cierva blanca que tiene una enorme analogía con *La Corza Blanca*. Además el paralelismo existente con Sertorio es evidente pues narra como una corza blanca regalada se le aparecía en el sueño para decirle cuál sería su destino. Sertorio es asesinado en la tienda del traidor Perpenna, en ese momento la corza, que dormía en las proximidades, muere y se convierte en humo.

Símbolos como el corzo blanco, animal albino que indica de las cualidades paranormales, el humo, la reconversión, la pureza, el alma, la adivinación, todo se pone de manifiesto en un relato que esconde mucho más. Para Joan Estruch Tobella, la protagonista “asume y resume tres arquetipos femeninos: Constanza (mujer altiva y caprichosa), Azucena (mujer espiritual), y Corza-Ondina (mujer sensual y diabólica)”.

Arquetipos

Es curioso por qué para los investigadores de lo misterioso una “dama blanca” es una suerte de aparición espectral que destaca por ser un fantasma que no interactúa con lo que le rodea y que suele hacer un recorrido cíclico por una casa o entorno. Se le llama así por las prendas que luce y por emitir una extraña evanescencia.

Los diversos arquetipos femeninos se plasman constantemente en la obra de Bécquer, casi siempre en perjuicio del hombre, como sucede en “El Monte de las Ánimas”, “Los ojos verdes” o “La Corza Blanca”.

En su obra *El Rayo de Luna* es el arquetipo de la luna y del alma junguiana, Esther Harding en *Los Misterios de la Mujer* indicaba que en ritos tribales se creía que la mujer quedaba embarazada debido a los rayos de la luna, un concepto tan mágico como evocador.

En la leyenda *El Caudillo de las manos rojas* escribía: “¿Oís las hojas suspirar bajo la leve planta de una virgen? ¿Veis flotar entre las sombras los extremos de su diáfano chal y las orlas de su blanca túnica? (...) Esperad y la contemplaréis al primer rayo de la solitaria viajera de la noche; esperad y conoceréis a Siannah, la prometida del poderoso Tippet-Delhi, la amante de su hermano, la virgen a quien los poetas de su nación comparan a la sonrisa de Bermach, que lució sobre el mundo cuando éste salió de sus manos...”.

Las hadas, los duendes y otras criaturas tienen un peso específico dentro del concepto bécqueriano en el que también se retrata una parte del folclore.

El Monte de las Ánimas

Otro de los relatos eternos de Bécquer con un alto componente de misterio. Enmarcada dentro de la colección “Soria” habla de cómo el joven Alonso trató de complacer a su prima durante la noche de difuntos, la noche de la festividad de Todos los Santos. Publicaba el 7 de noviembre de 1861 en el diario *El Contemporáneo*.

El monte pertenecía a los Templarios y fue el escenario de una dura batalla entre cristianos y árabes. Tras un derramamiento de sangre enorme fueron enterrados los cuerpos contándose como la noche de difuntos las almas corren junto a los animales en ese mismo lugar.

Alonso quiso hacer un regalo a Beatriz, una joya de valor sentimental, ella correspondió diciéndole que en el Monte de las Ánimas perdió la banda azul que era su regalo. Así el joven decidió buscarla.

En la noche la chica tuvo pesadillas, quizás por empujar al joven a buscar la prenda. A la mañana siguiente, al despertar, al pie de la cama estaba la banda, raída y ensangrentada. Alonso había sido devorado por los lobos del monte, al buscar a Beatriz la encontraron muerta.

En la historia hay referencias a la orden templaria, al reloj del Postigo y la Puerta del Postigo de la muralla de Soria, además el convento de San Polo es atribuido a los Templarios y San Juan de Duero —tan especial para el autor— es un monasterio románico de la Orden de Malta.

La Cruz del Diablo

En el entorno de Bellver encontraríamos un emplazamiento maldito pues el Señor del Segre, especialmente cruel, mataba a todo aquel que se oponía a sus deseos y era temido por la armadura que solía tener y entrar en las luchas y combates.

Cuenta la leyenda que cuando lo mataron su armadura cobró vida, lo capturaron y llevaron a juicio... Cuando le pidieron que se la quitara sólo acertaron a quitarle el casco y en su interior no había nada. Encerraron la misma en los calabozos pero logró huir.

Apresada de nuevo la fundieron en una fragua mientras horribles gritos de dolor surgían de ella. Con el metal hicieron una cruz, la Cruz del Diablo en la colina de dicho municipio.

Bécquer comienza así: “Que lo creas o no me importa bien poco. Mi abuelo se lo narró a mi padre, mi padre me lo ha referido a mí, y yo te lo cuento ahora, siquiera no sea más que por pasar el rato”.

Allí tendríamos la ermita de San Bartolomé que protege contra las fuerzas del mal, contra el demonio, al mismo al que el señor feudal de Urgellet o del castillo del Segre entregó su alma si ganaba la batalla contra el pueblo.

En el relato se pone de manifiesto la afición por los relatos y las tradiciones de los pueblos de España y, sobre todo, por aquello que tenía un ingrediente de misterios.

Los ojos verdes

Tendríamos que situarla en la zona del Moncayo donde iba a tener cabida una leyenda donde las protagonistas son las féminas o, más bien, los espíritus femeninos de las aguas.

Nos habla de cómo Íñigo caza con Fernando y lograr herir a un ciervo que trata de huir corriendo a la fuente de los Álamos donde moraría el espíritu del mal. El señor se introduce en el bosque pero el primero, el montero, advierte de los riesgos y mejor dar por perdida la pieza.

Pese a los avisos entra Fernando... Con el paso de los días Íñigo pregunta Fernando por su tristeza y la razón por la que pasa tanto tiempo frente a la fuente de los Álamos; él le responde que pudo ver unos hermosos ojos verdes entre el rocío y que, debido a ello, quedó enamorado o, tal vez, embrujado.

Hay una confesión que habla de los pactos con el diablo y de lo herético: Fernando confiesa que si fuera el demonio lo amaría para siempre. Finalmente una mujer surge que lo lleva, para toda la eternidad, al interior del lago.

Y nuevamente estamos ante esa faceta que recrea el gusto por los seres del bestiario popular, por la fe, por la ensoñación, por los sueños o la encarnación del mal.

El Gnomo

Como parte de los seres populares también escribe de los gnomos, en concreto de un especial que es el protagonista de una historia que cuenta el tío Gregorio a unas muchachas que iban a coger agua a la fuente.

Este señor le narra como como un hombre desapareció buscando la guarida de estos seres, en unas cuevas en la zona donde se decía que escondían un gran tesoro. Ninguna cree el relato menos dos huérfanas llamadas Marta y Magdalena que piensan que podría ser una posibilidad para dejar atrás su mísera existencia.

En la búsqueda la Naturaleza cobra vida, una de las hermanas habla con el río que le dice que el tesoro está en las montañas; la otra habla con el viento que no sabe nada del mismo. Sólo Magdalena regresa.

Nuevamente se aprecia esa relación entre el ser humano y su entorno, con las fuerzas de la Naturaleza —tan presentes en el espiritismo— y la comunicación extrasensorial con la misma.

La cueva de la mora

En *La cueva de la mora* también incide en la existencia de almas que se niegan abandonar este mundo y del amor entre un cristiano y una joven árabe, una cueva que quedó embrujada y la eterna lucha del bien y el mal.

El Miserere

Es especialmente impactante pues nos recuerda a muchos casos de fenómenos paranormales que hoy se describen dentro de lugares encantados. Cuenta como un músico arrepentido trata de crear un himno del dolor del Rey Profeta y para ello comienza a buscar misereres.

Un día llega a una abadía donde le narran como allí murieron los monjes cuando cantaban, como producto de un saqueo. Cuando se cumple el aniversario del trágico hecho ocurre algo inexplicable: se iluminan las ruinas del monasterio y se escucha el canto desde el más allá de los religiosos muertos.

Movido por la curiosidad acude en la noche señalada a las ruinas y comprueba, con sus propios ojos, como está iluminado y los monjes entonan el Misere-re. Una vez acabado el canto el músico pierde el conocimiento y al recobrarlo regresa al pueblo para escribirlo pero cuando estaba casi acabado no fue capaz de recordar más y entró eso hizo que se volviera loco y terminara muriendo.

Nuevamente encontramos conceptos que hoy se manejan dentro de estos temas como las “Leyes de la impregnación” o la transcomunicación instrumental.

Neognóstico

También se identifica a Bécquer como un neognóstico donde tres de sus leyendas, las más “orientales”, tienen influencia del dualismo, maniqueísmo y gnosticismo, en “La Creación (poema indio)”, “El Caudillo de las manos rojas (tradición india)” y en “Apólogo”. En la primera de ellas podemos leer: “El amor es un caos de luz y de tinieblas; la mujer, una amalgama de perjurios y ternura; el hombre, un abismo de grandez y pequeñez; la vida, en fin, puede compararse a una larga cadena con eslabones de hierro y de oro”.

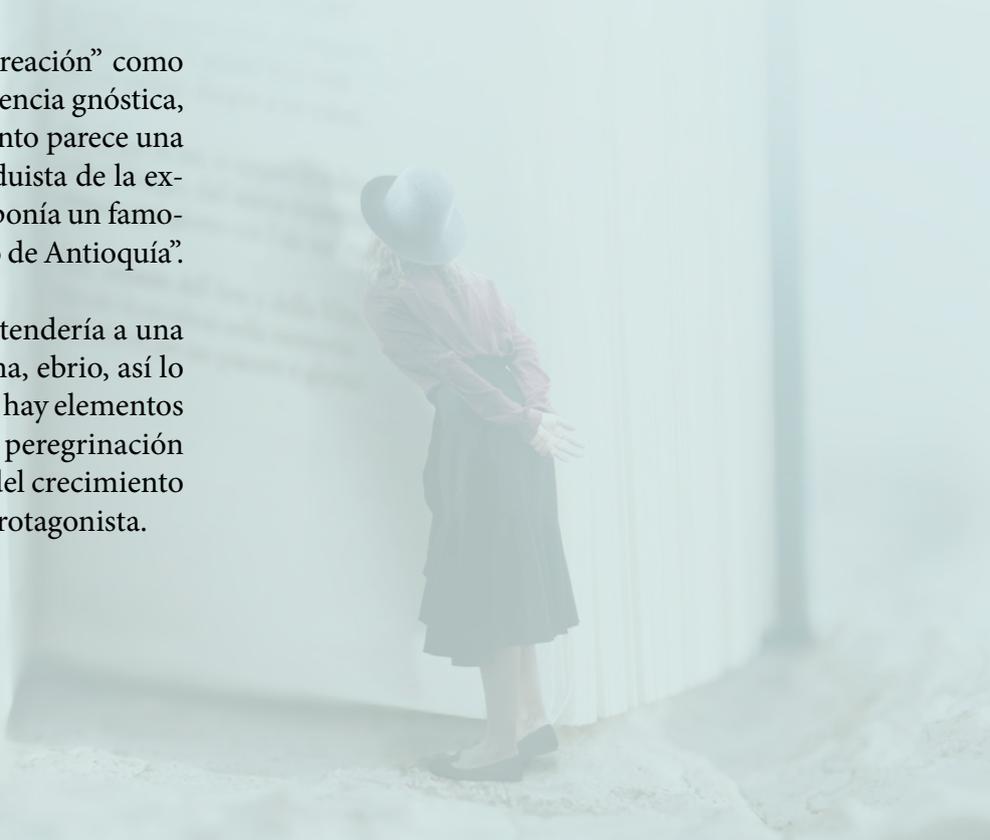
Así él, Gustavo Adolfo, narra la “Creación” como una cosmogonía pseudohindú con influencia gnóstica, según el estudioso Antón Risco: “El cuento parece una fiel transposición en una mitología hinduista de la explicación del origen del mundo que proponía un famoso gnóstico de la antigüedad, Saturniano de Antioquía”.

En la obra *Apólogo* la civilización atendería a una creación errónea por qué el dios Brahma, ebrio, así lo realizó. En *El caudillo de las manos rojas* hay elementos neomaniqueos en el simbolismo de la peregrinación por el Himalaya y el Tibet que es señal del crecimiento interno del rajá de Dakka, de Pulo, el protagonista.

Se podría explicar mucho más, sobre sus conocimientos en hermetismo o espiritismo pero como muestra un botón, el que les he relatado. No cabe dudas que su obra tiene la influencia de toda una tradición y conocimientos donde surgen toda clase de fenómenos y experiencias insólitas allá donde la razón nos habla de ese lado oculto de Bécquer y el corazón se deja llevar por las emociones del Romanticismo plasmado en negro sobre blanco.

Hoy día sus restos descansan en un lugar privilegiado de la capital hispalense, junto a su hermano Valeriano, a los pies de un hermoso ángel que alberga los deseos, envueltos en papel, de miles de estudiantes que allí los depositan en una de las “estampas” más mágicas que se puede vivir en el Panteón de los Sevillanos Ilustres dónde, como si fuera parte de una de sus leyendas, comparte espacio con sus famosos fantasmas que parecen querer recordarnos que hay vida tras la muerte y fantasmas que regresan de ella para darnos un postrero mensaje.

Sólo el que lo vive, el que se sienta a contemplar la belleza de tan lúgubre lugar, el que mantiene conversaciones con Bécquer, desde el otro lado, sabe lo que ello significa.



Una novela histórica que puede también ser disfrutada como una apasionante novela de aventuras. El avance de los conquistadores hacia Tenochtitlan, el centro del mundo, supondrá el choque entre dos colosos: Hernán Cortés y Moctezuma.

El CENTRO *del* MUNDO

«Una novela épica, exquisitamente documentada, en la que se desgrana el encuentro entre dos mundos sin restar un ápice de crueldad y belleza». **NEREA RIESCO**



JOSÉ LUIS MUÑOZ



ALMUZARA

Artículo: La soledad del porvenirista

Por Roberto Lumbreras.



Foto de Ramón en su estudio. Propiedad del Archivo General de la Administración del Estado.

A Ramón Gómez de la Serna se le ha considerado un verdadero vanguardista, incluso se ha llegado a afirmar que en él cabían todas las vanguardias, quizás por interpretar al autor de *Ismos* como enciclopedista y valedor de todos los movimientos de la vanguardia artística europea, más un apéndice con otros nuevos *ismos* sacados de su propia chistera.

Pero esta vanguardia de Ramón fue a nuestro juicio una falsa vanguardia, como sus *falsas novelas*, y sus falseados retratos, y en Ramón no procede la consideración de auténtico vanguardista. Hay, sí, una afinidad, incluso un matrimonio (polígamo y de conveniencias) con las vanguardias, pero Ramón no es vanguardista, ni “para-vanguardista”, ni “supra-vanguardista”. Conviene mejor para explicar la tesitura de Ramón esa etiqueta que él mismo se puso de “porvenirista”. El término “porvenirista”, además de no tener la nota “combativa” (iconoclasta) del concepto estético “vanguardia”, lleva implícita la idea de la “búsqueda constante” proyectada hacia un futuro incierto, un futuro siempre por venir que le permita nuevas búsquedas, sin un objetivo definitivo que pudiera jubilarlo como creador. Pues Ramón es un inconformista en constante dialéctica, como declara en su cuento autobiográfico *El hijo surrealista*, donde habla de la “revolución permanente” y el “más allá constante”: más allá incluso del *ultra-ismo* de Cansinos Assens.

Pero volvamos a la idoneidad del término “porvenirista”. Ninguno más acorde con la actitud de Ramón. “Porvenir”: que no es meta, sino vago horizonte que lo

guía en un camino sin fin, inalcanzable, el ideal al que hay que tender. En la dedicatoria de *Automoribundia* a su mujer, Luisa Sofovich, Ramón habla de este “ideal”, de su “larga vida de aspiración al ideal”.

Lo que hace asimilar a Ramón con las vanguardias son conceptos relacionados con esa creatividad propia del niño: virginal, espontánea, lúdica y efímera, nacida de una capacidad inagotable de asombro. Pero hay un aspecto sustantivo que lo aparta de las vanguardias: la ausencia de una verdadera actitud iconoclasta; de hecho, Ramón se declaró expresamente ajeno a ella. La entidad de su arte no estaba en la negación de los otros. Ramón no renuncia a nada, todo le sirve: sólo le basta ver lo que hay de valioso en lo inservible, de inaudito y nunca visto en lo viejo. Por eso quizás sólo él pudo tener la valentía y la ocurrencia de escribir un *Ensayo sobre lo cursi*, para salvar lo cursi.

Por otra parte, Ramón es consciente de sus conexiones con la tradición literaria más puramente española, que tiene como notas constantes y *sui generis* el humor y el REALISMO. Realismo con mayúsculas, con las mismas mayúsculas que RAMÓN, para significar que no se trata desde luego, una vez más en el caso de Ramón, del realismo al uso, de un realismo simple o simplón. Ramón, como dijo Macedonio Fernández: “Es el mayor realista del mundo como no es”.

Ramón era un escapista, pero no realidad como tal, sino de una determinada realidad: la realidad plana, inamovible, manida, aburrida; esa realidad de fotógrafo de la palabra. Ramón no huye a la gruta por escapar del palacio, sino que, como los barrocos, se construye un palacio imposible rodeado de rocalla, de extravagancia, de sorpresa.

El inconformismo radical de Ramón no lo es tanto contra el realismo-naturalismo, como contra su manera chata de trabajar con la realidad sin trascenderla, sin recrearla. Por eso Ramón se identifica con Goya y no con Velázquez. Nuevamente debemos acudir a la paradoja para explicar este, valga el oxímoron, “realismo transcendentalista” de Ramón. El autor de *El Rastro* era un materialista que buscaba el alma de los entes. Ramón trabajaba con las cosas, y las juntaba, y las desfiguraba creando belleza con una técnica caleidoscópica: el mundo ponía sus entidades y Ramón la lente especular que devolvía conexiones y configuraciones nuevas y bellas de las cosas.

La actitud de Ramón frente a las vanguardias artísticas es una actitud de *adopción y acomodación* a un hábitat receptor, más que la identificación auténtica con ellas; o dicho de otra forma, Ramón *empatiza* con la vanguardia, *no simpatiza*. Ya las primeras líneas de su *Ismos*, Ramón tiene buen cuidado de tasar su postura de “estrecha confidencia” con las vanguardias de entreguerras. Esta acomodación y vecindad sin una verdadera identificación con las vanguardias artísticas, se refleja en esa distancia que existe ente “sujeto receptor” y la “cosa percibida”, que lleva a Ramón en su citado compendio de ensayos *Ismos* (1931) a hablar de las vanguardias cosificándolas, como lo haría en una de sus monografías; incluso analizando con un “metacubismo” los aspectos multifaciales del “picassismo”, y de los demás “ismos”:

“Otros escogen estas materias para hacer juegos de enrevesamiento. Yo les he escogido para hacer juegos de verdad clara” (...) “El misterio de que una cosa literaria resulte es que estén bien hallados los ángulos... Todo estriba en saber apreciar qué ángulo es el interesante”.

Este proceder de Ramón, es por otra parte acorde con su actitud general ante el mundo. Ramón siempre era el sujeto y el mundo el objeto; él veía (“yo soy un mirador”), y tomaba, cosificándolo todo: fuera un personaje para biografar a su capricho, todo un movimiento literario, o -¡ahí es nada!- el mismo Cielo (“esa inmensa cosa”). En el prólogo a su *Ismos*, Ramón describe a su manera los distintos movimientos vanguardistas, y ya en el tercer párrafo nos advierte que va a operar con ellos con el mismo protocolo de laboratorio que usara en el caso de las greguerías:

“Voy a hacer lo más prohibido por ciertos absolutistas teóricos, que es mezclar el nuevo arte y la literatura; pero del conjunto de esta herejía brotará una idea general de cómo es más verdad de lo que parece esta influencia recíproca” (...) “de la mezclanza de unos con otros [Ismos] y sus doctrinas brotará la palingenesia del arte nuevo, el horóscopo para entenderlo...”

Subrayemos las palabras “mezcla” y “herejía”, y la advertencia previa de ser un ensayo contra la norma: esencialmente, la objetividad del género, en favor de la subjetividad de Ramón. En esta mezcla herética, Ramón utilizará como ingredientes la pasta base de la literatura y los “salpicones” de los “ismos”, sirviendo a un único y falso “ismo”: el guiso del “ramonismo”. Otra nota que delata su objetivización de los movimientos vanguardistas al servicio de sus glosas particularísimas, es la licencia de acuñar nuevos nombres de ismos, por ejemplo el “charlotismo”, el “botellismo” o el “estantiferismo”.



Foto de Ramón joven con pajarita. Propiedad del Archivo General de la Administración del Estado.

Nótese que el hecho mismo de empatizar a la vez con todos los ismos, que es la nota aglutinante de esta colección de ensayos, no es acorde con la actitud de mera coexistencia entre dichos idearios personalistas, a menudo envueltos en fuego cruzado, y con la única *entente* de una unión frente al peligro común de la reacción y la involución estéticas. Pero lo que debe ser definitivamente clarificador es la opinión del mismo Ramón, cuando ya en 1929, en las vísperas del estreno de sus *Medios seres*, declara a Montero Alonso para *Nuevo Mundo*:

“Yo ya no soy vanguardista. He renunciado a ese bello nombre que se ha vuelto insultante... Yo soy porvenirista, y por eso la tesis de mi obra es la tesis hacia el porvenir”.

Siete meses después, en el número 85 de *La Gaceta Literaria*, Ramón es entrevistado, junto a otros siete escritores, sobre el tema “¿Qué es la vanguardia?”. Ramón habla del tema con retórica exaltada, pero no llega a declararse vanguardista, lo que hubiera contradicho su nueva posición de “porvenirista” manifestada en la sosegada entrevista citada de *Nuevo Mundo*.

La de *La Gaceta Literaria* es una entrevista “balance, liquidación y finiquito” en el momento en que el barco de las vanguardias hace aguas por el óxido de su casco envejecido. Ramón, como valedor más egregio de las vanguardias, sale a recibir con una larga serie de circunloquios al “toro” de la encuesta, y le da una serie de capotazos de estudio, antes de tomar posición para salir airoso. Ramón, prudente, no sale a pecho descubierto; demuestra sus habilidades diplomáticas, su talento para contentar a todos, su capacidad para embaucar con la magia del significante. Hay un elogio del muerto y unos ¡vivas! finales a la vanguardia y al vanguardismo, que no son arengas de ánimo sino flores en corona de exequias. Y finalmente, para que el muerto no reviva, Ramón le da el pasaporte a la eternidad, haciéndolo gloriosamente paradigmático; al mismo tiempo que se remite al concepto etimológico y genérico de vanguardia, la vanguardia imperecedera, y perpetua, legitimando subrepticamente su recién inaugurado “Porvenirismo”:

“...Se trata de una palabra integérrima que se ha de repetir mudamente en el porvenir como un espectro inmortal... Si es heroico el que va delante, el que ve primero, el que se atreve a ir más allá con lo inexplorado, será un vanguardista”.

El “porvenirista” que era Ramón tuvo que ser testigo del último estertor de las vanguardias, que en su sino jovial llevaban la obligación de morir jóvenes. La cosa se puso muy seria. Primero vino la guerra y luego la “guerra fría”. Eran tiempos de reconstrucción, no de iconoclasia vanguardista. Las democracias habían sufrido tanto que se habían endurecido y vuelto muy susceptibles, vigilantes, fundamentalistas, extremo-demócratas, por contagio con las dictaduras al acecho. El nuevo ciclo tenía un rictus de cansancio, una mirada de nostalgia, de escepticismo, de existencialismo. En medio de los baldíos de escombros y entre el recuento de muertos y desaparecidos, nadie hubiera aceptado aquellas trivializaciones irrespetuosas de Ramón, hablando de la muerte como “un estado donde no se fuman puros” o tentando a la “dama de la guadaña” afirmando: “me doy un atracón de fiambre, luego todavía no lo soy”.

A Ramón, que no quería reconstruir, sino huir, huir para escribir (y escribir para huir), lo realojaron en la camisa de fuerza de su “generación unipersonal”. Pero no lo amordazaron. Sólo le pidieron que no armase revuelo, que bajase el tono de su vozarrón, que lo adelgazase con la frase adelgazada hasta la quintaesencia de la literatura que era su greguería. Ya no le

pidieron que se dedicase al teatro, ni a la novela, ni al ensayo... Aquella burguesía ilustrada ya sólo le encargaba un puñado de esas “ocurrencias” suyas, para mojarlas como los churros y celebrar la efímera anarquía de la mañana dominical.

Y Ramón se quedó sólo, sin los ruidosos y joviales *ismos*, todavía más solo, “ramón solo orquesta de trombón” esperando el porvenir, el siguiente ciclo favorable. El ciclo que no llegó a ver, debilitándose en su exilio argentino, falto de motivación, agobiado por problemas de prosaica supervivencia, de nostalgia, de salud, de desencuentro con la intelectualidad que lo había aclamado, con los amigos que lo habían abrazado.

© Roberto Lumbreras



Artículo: Virginia Woolf y *Cumbres Borrascosas*



Por Ángela Martín del Burgo. Novelista, autora teatral, poeta, doctora en Filología y profesora de Lengua española y literatura.

El 28 de marzo de 1941, hace ahora ochenta años, Adeline Virginia Stephen, más conocida como Virginia Woolf, se quitaba la vida suicidándose en las aguas del río Ouse. “Temo perder la razón y no encontrarla. Siento que no podemos pasar por otro de esos momentos terribles. No retornaré a ese momento. Empiezo a oír voces y no puedo concentrarme”, había escrito en una carta dirigida a su marido recordando anteriores episodios de una intermitente pérdida de razón o locura.

Aquel 28 de marzo Virginia se enfundó su abrigo, llenó los bolsillos de piedras y se lanzó al río Ouse cerca de su hogar. No fue encontrado su cuerpo hasta el 18 de abril. Su esposo, Leonard Woolf, enterró sus restos incinerados bajo un árbol en Rodmell, Sussex.

En este marzo de 2021, hace precisamente ochenta años de su suicidio, queremos recordarla y rendirle nuestro afecto, gratitud y admiración por toda su creación y por su ejemplo en su tarea del vivir.

Y lo vamos a hacer con este artículo recordando su singular y lúcida interpretación de la novela de Emily Brontë *Cumbres Borrascosas* (1847).

Esta obra ha sido objeto de múltiples lecturas e interpretaciones, con las cuales se reconoce su dificultad tras su aparente sencillez. Ha sido también una de mis novelas más leídas y admiradas; con ella he tenido un diverso diálogo en las distintas etapas de mi vida. En mi primera novela publicada, *Cenizas sobre un mar de agosto* (2000), interviene como *intertexto*, y la protagonista, Catalina, como la protagonista de aquella novela se halla inmersa en un amor pasional hasta el suicidio.

Pues bien, de los ensayos de Virginia Woolf José J. de Olañeta editor ha publicado “*Escritoras. Retratos de mujeres*”¹ y uno de estos retratos está dedicado precisamente a *Jane Eyre* de Charlotte Brontë y a *Cumbres Borrascosas* de Emily Brontë.

En este ensayo Virginia Woolf habla del significado de un libro y nos dice que es difícil de captar:

“El significado de un libro, que tan a menudo es algo aparte de lo que sucede y lo que se dice y consiste más bien en alguna conexión que han tenido con el escritor cosas diferentes en sí mismas, es necesariamente difícil de captar. Esto sucede sobre todo cuando, como en el caso de las Brontë, el escritor es poético, y el significado inseparable de su lenguaje, y constituye en sí mismo más bien un estado de ánimo que una observación determinada”.

A continuación, escribe que *Cumbres Borrascosas* es más difícil de comprender que *Jane Eyre*, y lo es porque Emily, la autora de aquella, es más grande como poeta que Charlotte, la autora de esta última.

Es difícil comprender el significado de una novela como *Cumbres Borrascosas*, pero, aun así, Virginia Woolf consigue en menos de dos páginas abrir una brecha para entrar en él.

¹ Virginia Woolf: “*Escritoras. Retratos de mujeres*”, 2017, José J. de Olañeta, Editor (El barquero). Introducción y traducción de José Manuel Álvarez Flórez, Palma.

Comienza diciendo que Charlotte cuando escribe *Jane Eyre* mantiene su experiencia a nivel de la nuestra -de nuestra experiencia en la vida cotidiana, agregamos nosotros-, pero que en *Cumbres Borrascosas* no hay ningún yo que escriba desde su experiencia cotidiana, no hay ninguna institutriz. “Hay amor, pero no es el amor de hombres y mujeres”.

El arte no es nada personal, he escrito en una entrevista rememorando las palabras de la filósofa Simone Weil en su obra *La personne et le sacré*, quien dijo que:

“La verdad y la belleza habitan el dominio de las cosas impersonales y anónimas”. Y que “El paso a lo impersonal no se obra más que por la atención de una cualidad rara y que no es posible más que en la soledad”.²

La novela de Emily Brontë trasciende la realidad, las circunstancias personales. De ella nos dice Virginia Woolf:

“Emily estaba inspirada por cierta concepción más general. El impulso que la instaba a crear no era su propio sufrimiento, ni sus propias heridas. Ella contemplaba un mundo fracturado en un desorden gigantesco y sentía dentro de sí el poder para unirlo en un libro”.³

De este modo, los personajes no parecen decir yo amo, yo odio, nos dice Virginia Woolf, sino *nosotros*, “la totalidad de la especie humana”, y vosotros, “los poderes eternos”.

Ello lo corrobora con dos citas del libro, que nosotros, entre otras, también tenemos bien subrayadas en nuestro ejemplar.

Catalina, hablando a Neli (Elena Dean) -la institutriz, y una de los dos narradores del libro- de su amor por Heathcliff, dice que no lo puede expresar bien, pero que debe haber una existencia más allá de sí misma. He ahí la transcendencia del yo, de la realidad, de la vida cotidiana, de la que antes hemos hablado.

“No lo puedo expresar, pero seguro que tú, y cualquiera, tiene la noción de que hay, o debe haber, una existencia tuya más allá de ti misma. ¿De qué

serviría mi creación si yo estuviera toda, enteramente contenida aquí? Mis grandes sufrimientos en este mundo han sido los sufrimientos de Heathcliff, los he visto y sentido cada uno desde el principio. El gran pensamiento de mi vida es él. Si todo pereciera y él quedara, yo seguiría existiendo, y si todo quedara y él desapareciera, el mundo me sería del todo extraño, no parecería que soy parte de él. Mi amor por Linton es como el follaje de los bosques: el tiempo lo cambiará, yo ya sé que el invierno muda los árboles. Mi amor por Heathcliff se parece a las eternas rocas profundas, es fuente de escaso placer visible, pero necesario. Neli, yo soy Heathcliff, él está siempre, siempre en mi mente; no como un placer, como yo no soy un placer para mí misma, sino como mi propio ser. Así pues, no hables de separación de nuevo”.⁴

La segunda cita también hace referencia a la transcendencia, pues nos está hablando de la eternidad:

“Yo veo un reposo que ni la tierra ni el infierno pueden romper; y siento la seguridad de un más allá sin fin y sin sombras —la eternidad en la que ellos han entrado- en donde la vida no tiene límites en su duración, ni el amor en su solidaridad, ni el gozo en su plenitud”.

Habla Neli, la institutriz, al contemplar “la apacible imagen del eterno descanso” en el rostro difunto de Catalina. Y repite las palabras que la propia Catalina había pronunciado poco antes de morir:

“Mucho más allá y por encima de todos nosotros”.

En la poesía de Emily Brontë, incentivada por la imaginación romántica y la fantasía, hallamos un poema breve, admirable como todos los suyos, fechado en febrero de 1838, que dice así:

*Tanto más feliz estoy cuanto más lejos
aparto mi alma de su morada de barro,
cuando en la noche el viento sopla, la luna brilla,
y vagan los ojos por mundos de luz.*

*Cuando yo no soy y nada es,
ni tierra, ni mar, ni cielo sin nubes,
sino mi alma, que va de vuelo,
por la infinita inmensidad.⁵*

2 Simon Weil: *La personne et le sacré*, 2018, Éditions Allia, París. (La traducción es nuestra).

3 Virginia Woolf: “Escritoras. Retratos de mujeres”, 2017, José J. de Olañeta, Editor (El barquero). Introducción y traducción de José Manuel Álvarez Flórez, Palma, pág. 82.

4 Emily Brontë, “*Cumbres Borrascosas*”, 1995, Edición de Paz Kindelán. Traducción de Rosa Castillo. Cátedra, Letras Universales, Madrid, páginas 213-214.

5 Brontë, Emily: *Poemas*, 1990, Traducción y Prólogo de Rosa Castillo, Ediciones Torremozas, Madrid.



Virginia Woolf

¿No es todo esto motivo de pensamiento y de reflexión, un ejemplo a seguir hoy en día cuando tanto se habla y se escribe desde la experiencia personal, cuando la moda en relatos y novelas es que sean *autoficción*, la ficción del propio yo, autorreferencial, limitada al yo?

Frente a la *autoficción* predominante hoy, la novela de Emily Brontë nos habla de una existencia más allá de uno mismo.

Uno de los conceptos que integraban la estética del poeta portugués Fernando Pessoa —el poeta de los heterónimos—, era la *ampliación*, porque su vida no cabía en un solo yo, en un solo poeta, en un único estilo, en una sola estética.

Ese “yo soy *Heathcliff*” no puede dejar de recordarnos igualmente las palabras del poeta niño y genio Arthur Rimbaud cuando decía “*Jest un autre (yo es otro). Tanto peor para la madera que se descubre violín*”. (Carta escrita en Charleville a Georges Izambard el 13 de mayo de 1871).

Pero la novela de Emily Brontë, visionaria, revolucionaria, contestataria, metafísica, fechada en 1847, es muy anterior.



Emily Brontë



Charlotte Brontë

Gracias Virginia Woolf. Gracias Emily Brontë. Vuestras creaciones amplían el mundo; conquistáis con ellas nuevas tierras a lo ingente desconocido.

Ángela Martín del Burgo es novelista, autora teatral, poeta, Doctora en Filología y profesora de Lengua española y literatura. Sus últimas novelas publicadas son: *Un camerino en el María Guerrero*, *El recitador de poemas*, *El mundo entero pasa por Marsella* y *Asesinato en la Gran Vía*.

Artículo: La caja de los truenos de Juan Marsé

Por José Luis Muñoz.

Desde el más allá, en donde esté ese genial chico de barrio que nos dejó en el fatídico 2020, y además un 18 de julio (él, que se había convertido en el relator de las miserias de la posguerra y el franquismo), el autor de *Últimas tardes con Teresa* se suelta la lengua en esos diarios y anotaciones que dejó a título póstumo para que se publicaran. Así es que Lumen ha recopilado al Juan Marsé más ácido, el de los últimos tiempos, el que se sentía ninguneado en una Cataluña oficial que no le reconocía como catalán por escribir en el idioma de Cervantes (una calle y una plaza ya, señora Ada Colau, que veo que sí la tiene en Alicante); el que estaba harto de una vida con sus sesiones diarias de diálisis (el día de la marmota) y un corazón disminuido; el que se había secado literariamente hablando después de habernos regalado un puñado de obras maestras y haber ganado el premio Cervantes, y esos papeles llenos de rabia e improperios de diverso calado se recopilan con el sugerente título *Notas para unas memorias que nunca escribiré*.

En esos textos reunidos cargados de morbo, que se venderán como churros, está el Juan Marsé más vitriólico que carga contra ese sueño irreal de la independencia de Cataluña (*Estoy cansado de ser catalán*), pero también contra una España que no le gusta, contra sus políticos mediocres y corruptos, contra el grupo Planeta (a pesar del braguetazo de *La muchacha de las bragas de oro*), del que se divorció después del escándalo de la premiación de María de la Pau Janer y tilda de *peligro cultural*, y contra un montón de colegas suyos a los que mete en un saco sin cortarse ni un pelo, vivos o muertos, como Baltasar Porcel, Camilo José Cela, Francisco Umbral, Juan Manuel de Prada, Javier Marías, Carlos Ruiz Zafón, a los que llama campanudos, impostados, pringados, insolventes, ensotnados o mediocres, entre otras lindezas. Es un Juan Marsé rabioso y nihilista que se va de la vida haciendo ruido y despotricando y que solo reconoce una patria, la de su infancia del Guinardó, y es un Juan Marsé furioso consigo mismo por las limitaciones a que le someten esos malditos años que pesan y en los que uno ya solo vive de los recuerdos y con pastillas y está mortalmente aburrido de la vida y tiene ganas de marchar.

Tuve la inmensa fortuna de tratarlo en dos ocasiones. La primera vez, de forma muy circunstancial y breve, como miembro del jurado del premio La Son-



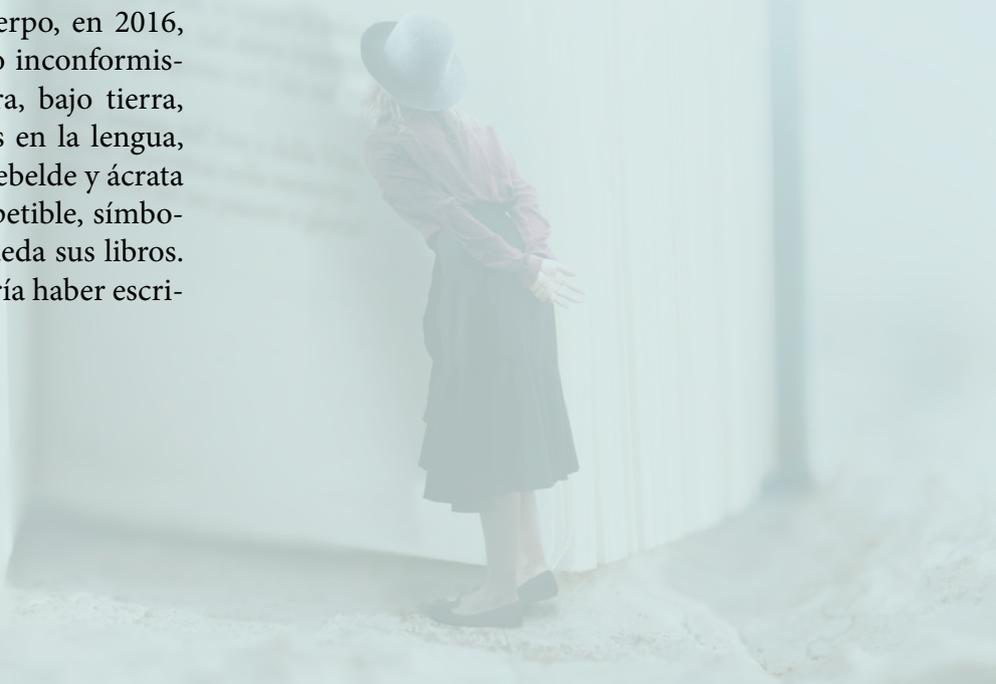
risa Vertical que obtuve con *Pubis de vello rojo*: un hola, enhorabuena y adiós. La segunda vez, seis años más tarde, en una entrevista que le hice para la revista Playboy al hilo de la publicación de una de sus mejores novelas, *Rabos de lagartija*, y después de las preguntas de rigor, con la grabadora cerrada, dejé de ser el entrevistador y él el entrevistado y compartimos los recuerdos de todos aquellos cines de barrio, ya cerrados, que formaron parte de nuestro imaginario sentimental; rememoramos todas aquellas películas que nos hicieron soñar con *aventis*, parafraseando al gran maestro de las letras; hablamos de sus retratos carnales (Marsé era prodigioso en describir físicamente a sus personajes); sus colaboraciones en las revistas *Por favor* y *Muchas gracias* junto a Manuel Vázquez Montalbán sorteando la censura franquista; sus desavenencias con los directores de las películas inspiradas en sus novelas (las detestaba todas y era especialmente vitriólico con Vicente Aranda), en una larga conversación que se extendió hasta la hora de la cena.

De su generación, la del 50, formada por Jaime Gil de Biedma, Carlos Barral, Juan García Hortelano, Manuel Vázquez Montalbán, Juan Goytisolo, Ángel González, Carmen Martín Gaité y Terenci Moix, de la que solo queda vivo Eduardo Mendoza, el escritor barcelonés de raíces proletarias (como Manuel Vázquez Montalbán, pero este las camuflaba bajo la patina de intelectual) era una anomalía. Juan Marsé, el aprendiz de joyero, el hijo adoptado, el militante comunista por

una corta temporada, el obrero antiintelectual entre los pijos de la *gauche divine* que frecuentaban la discoteca Bocaccio (de cuya revista fue colaborador, como de Playboy), retrató como pocos la vida de barrio, el Guinardó de su infancia grabado a fuego en su corazón; la sima entre clases (ese Pijoaparte del Carmelo que seduce, pese a la grasa en las uñas de los dedos, a la burguesita Teresa en su novela más emblemática); las ensoñaciones de los niños y adolescentes a través del cine y sus *aventis*; la felicidad que reinaba en los barrios pobres de Barcelona en donde los niños se pasaban las horas jugando en la calle a las canicas; el despertar a la sexualidad de los adolescentes, entre otros muchos temas, en una serie de novelas en las que contaba sus vivencias y con las que el lector podía hacerse una foto fidedigna del autor, porque en ellas estaban el niño, el adolescente, el adulto y el desencantado que era Juan Marsé.

Su última novela publicada, que leí sin entusiasmo, *Esa puta tan distinguida*, no estaba a la altura del autor de *Si te dicen que caí*, era casi una serie de exabruptos vertidos con un dudoso sentido del humor y cargas de profundidad demasiado toscas contra el independentismo y algunos de sus apóstoles visibles. Imagino que el propio Juan Marsé se dio cuenta de que se estaba secando, decidió no escribir ninguna novela más y ahí empezó a morir, del mismo modo que empezó a morir, muchos años antes, mi buen amigo Francisco González Ledesma cuando me confesó que su cabeza ya era incapaz de controlar las historias que se le ocurrían, que cada página que escribía era una ristra insoportable de gazapos. *Empiezo a sentirme desleído, desencuadernado y descatalogado*, reconoció con amargura Juan Marsé en 2018.

El Juan Marsé escritor murió cuatro años antes que se detuviera su corazón en su cuerpo, en 2016, pero grita desde ultratumba su rabioso inconformismo, no le acalla la muerte, se muestra, bajo tierra, tan políticamente incorrecto, sin pelos en la lengua, como fue siempre ese chico de barrio rebelde y ácrata a quien echamos tanto de menos, irrepetible, símbolo de una época sepia de la que nos queda sus libros. “Cuidado, que puedo levantarme”, podría haber escrito en su tumba como epitafio.



Evaristo Laguna Téllez



DETRÁS
DE LA
MIRADA



TORRE DE LIS

Relato: *Semper Vivens*, Rafael Jordá



Rafael Jordá. Titulado en Ciencias de la Información, rama de periodismo y en Sistemas Informáticos.

Como escritor ha ganado o ha quedado finalista en importantes premios literarios: el XIX Premio Literario Nostromo con la novela *La Noche que Ardió el Maine*, el III Certamen Literario Imprimatur con *El Caballero de Baler*, el I Certamen Internacional de Novela Fantástica y de Terror “Dagón” con la novela *La Oscura*, el III Premio de Novela Leibros con *337 Días*, el I certamen literario Torre de Lis con *Nido de Arena* y el IV Certamen literario Sierra de Francia con *Semper Vivens*.

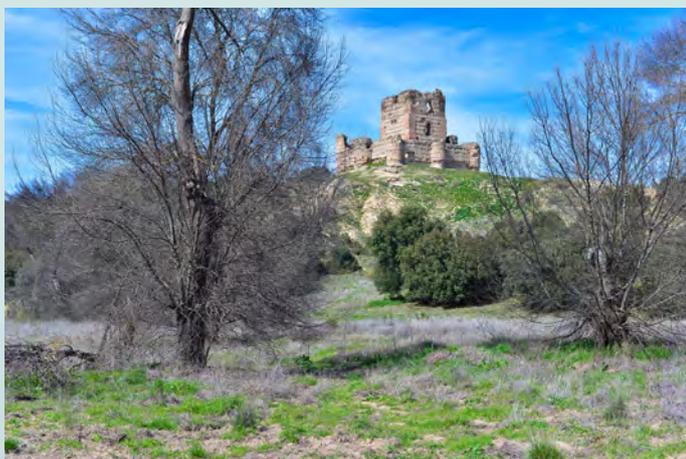
La señora Remedios me sirvió un plato con tres huevos fritos primorosamente ribeteados y varios pedazos de panceta. Ese día yo era su único comensal y huésped, pero ella no me hizo sentir desamparado. Los había cocinado con el aceite del tocino y estaban colorados y succulentos. Eran un escándalo. Después se sentó a mi lado haciendo sonar sus articulaciones y me habló de El Monstruo. Al principio no le hice mucho caso porque estaba atareado dando mojadas muy ansiosas de pan, pero al rato no me quedó otra que

escuchar. Aquella no era la historia de personas perversas, problemas de lindes, infidelidades o animales mal paridos. Ella hablaba de un monstruo, de uno de verdad que vivía en lo alto de la Peña Caliza. En ese pueblo, cuando alguien desaparecía, cuando un perro o un gato no volvían a su camastro, todos sabían que el monstruo estaba alimentado y que por unos días no habría peligro. Los padres asustaban a sus proles diciéndoles que entraría por la ventana si no se acababan la cena y se acostaban pronto. El monstruo era viejo y perverso y le gustaba la carne humana, un músculo limpio, sabroso y fácil de atrapar.

Aquella siempre fue una aldea como otra cualquiera, un rinconcito sin nada en particular, rodeado de cultivos, con su fiesta patronal de septiembre, sus bosques espesos y las ruinas de un pequeño castillo en lo alto de la Peña Caliza. A lo lejos podían contarse las crestas de Sierra Nevada y estuve muy tentado de buscar hotel en Granada, pero al decidí empapar-me bien con la vida de aquel lugar, investigar estas carreteras que son venas de sangre reposada, raíces extendiéndose por el territorio. Aquel pueblo estaba en mitad de una vega fértil aunque despoblada y tenía varios peñascos verticales vigilándolo y dibujando un valle. Aquellas paredes eran conocidas y disfrutadas por un puñado de escaladores. Uno de ellos me habló del lugar y me empujó a venir. Aquel pueblo no tenía nada especial, ya digo, nada excepto ese monstruo espantoso.

La única hospedería, dedicada a senderistas y montañeros, era la de la señora Remedios, una matrona de las de toda la vida, un ser sin grandes complicaciones ni problemas, con esas razones y esa amabilidad que salen de las tripas. Ella me dio las claves para ir hilvanando este relato, Dios la bendiga. Tan fascinado estaba por su historia que esa misma tarde le supliqué que me llevase a casa de Doña Flora, una anciana con ciento tres años con mucho que contar y ciega como Santa Lucía. El tiempo la había consumido hasta los huesos y sus ojos baldíos lloraban sin remedio cuando me contó que, siendo una cría de coletas, cuando había pregonero, el agua se recogía en la fuente de los Caños y los inviernos eran de cinco meses, marchó a coger cangrejos al río. Tan entretenida estaba, canturreando y dando brincos, que no descubrió al sol escondiéndose tras la era. Naturalmente ella ya había oído mil historias del monstruo junto a la lumbre, por eso aligeró el paso y cruzó por una gruta entre

dos montes para llegar a casa cuanto antes. De pronto y a su espalda, escuchó alboroto, tronchar de ramas y una respiración feroz tras los matorrales. El miedo tomó las riendas y corrió y corrió como se hacía entonces, es decir, hasta que las piernas duelen y están a punto de salirse de su concavidad. Detrás escuchaba un trote tan furioso que ni se atrevió a volver la cabeza para no encontrarse una mirada sangrienta y brillante codiciándola. Ella escapó por los pelos, por los de las coletas, y ahora lloraba al recordarlo. Yo no supe que decirle, y sólo acerté a anotar sus palabras. La sobrina me había servido un hornazo muy tostadito con un chorizo arropado en el interior y un cubilete de vino que sabía a arcilla. Ella, la sobrina, era una chica bien maciza y guapetona pero desprovista de sonrisas. En la calle sonaba el Ángelus así que di las gracias, guardé mis notas y me despedí escondiendo un par de galletas para el camino. Eran hojaldradas con miel y aunque las envolví con mimo, me dejaron el bolsillo pegajoso.



Una vez en la calle principal la Señora Remedios y un servidor nos cruzamos con un tipo bien endominguado que resultó ser el alcalde; un tal Don Alonso de Guzmán y “nosecuantitos” que sudaba pachuli y que se había premiado con mil afeites tan presuntuosos como mareantes. Aquel cincuentón untuoso tenía la cabeza llena de proyectos absurdos, muchas ambiciones políticas en toda la provincia de Granada y era uno de esos fulanos desprendidos con cualquier dinero que no fuese el suyo, una insignificancia que aspiraba a todo. Él era un escalador audaz, hablaba desde la experiencia de haber escalado ochomiles y dado la alternativa a Alex Megos. Naturalmente nos caímos mal, cada cual es cada cual, pero al menos me enseñó el Ayuntamiento, sus crampones *Vibram* y el despacho, donde me sirvió un vino dulce riquísimo acompañado por pastas dietéticas. Como esperaba el alcalde no creía en el monstruo; el sólo hablaba de rotondas, rocódromos municipales, placas en las paredes y, sobre todo, de hacer entrevistas. Lo único que pude sacar en

claro de aquel cantamañanas fueron las quejas de los vecinos porque desde el castillo de la Peña Caliza bajaban pestilencias muy perversas, quizá putrefacciones o vapores de una mala digestión. En aquel baluarte, en el castillo del monstruo, no quedaban más que seis o siete lienzos de piedra milagrosamente verticales, pero era una poquedad que encerraba misterios. A sus pies, bajo las piedras, se sospechaba que permanecían cámaras oscuras, inéditas, llenas de aire viciado por el tiempo y quién sabe si algo más. El alcalde, pese a su incredulidad, conocía las andanzas de ese monstruo que vivía entre hiedras y piedras, que forjaba sendas entre ellas, que masticaba rabioso la carne humana y sorbía el tuétano de nuestros huesos. Los ancianos decían que ese espanto acabó con la guarnición de la fortaleza, con el moro Calatalifa y con su corte de sarracenos que subieron a lo más alto de la comarca para dominarla y defenderse. El monstruo era muy capaz de devorarlo todo, incluso su recuerdo. Había quien había encontrado vértebras, costillares y huesos limpios, muy limpios e irreconocibles. Es más, allí mismo, en una vitrina de su despacho, el alcalde guardaba un yelmo medieval oxidado que un escalador había encontrado al clavar su piolet. Todos tenían claro que el monstruo había devorado al caballero en tiempos de La Reconquista. El hierro estaba retorcido, como esa bolsa de golosinas que abrimos con los dientes y que vaciamos codiciosamente.

Ambos nos despedimos del alcalde sin hacer grandes fiestas y volvimos a la pensión a almorzar. Tras terminar un plato de migas con su cuchifrito la Señora Remedios me regaló un queso curado que olía a gloria y que guardé como un tesoro. Después me llevó a conocer a Marcial; agricultor joven, senderista infatigable y dispuesto que una vez al año, allá por febrero, se parapetaba tras una túnica azabache y una antiquísima máscara de madera que heredó de su padre y éste de su abuelo. Ese embozo representaba al monstruo y no ahorraba en cuernos, colmillos, ni pelos foscos, brunos y erizados. De esta guisa, en cuanto atardecía, el monstruoso Marcial recorría las calles caminando torcido, rugiendo y haciendo el mal, con un farol encendido y rezando entre dientes. Su tarea, según me refirió, era tocar puertas y poner nerviosos a los vecinos. El bueno de Marcial sonreía malicioso recordando esos niños que se asomaban aterrorizados desde las ventanas y que se enterraban entre edredones al ver su sombra en la calle. En esas noches de carnaval las mujeres horneaban pan con pasas y anises, cantando hasta la madrugada mientras los hombres humedecían el gañote frente a la chimenea, hablando de los viejos y buenos tiempos.

En ese pueblo había algo, eso estaba claro, tan claro que al volver a la pensión, al anochecer, cerré las contraventanas y me metí bien tapado en la cama. Aquello era un vivac sin grandes lujos y eché de menos mi cama y mi mujer. Naturalmente yo no creía en el monstruo, se salía de lo cotidiano y de la comodidad que ofrece el escepticismo, pero claro, la imaginación siempre va a lo suyo y la mía no me dejaba dormir. La sopa de ajo, huevo, jamón y pimentón de la cena me había calentado las tripas pero los pies seguían fríos. La noche fue larga, muy larga e insoportable, tanto que incluso llamé a mi señora, y ella me insistió una y otra vez, y otra, y otra más, en que no debía saltarme el régimen, debía comer únicamente platitos con alimentos saludíferos y mortalmente aburridos. También me dijo que no se me ocurriese escalar por mucho que me incitasen, que ya tenía bastantes problemas en las articulaciones. Después estuvo un ratejo faltándole el respeto a mi barriga y acabó el sermón echándome de menos. Yo la adoro, pero me callo eso y todo lo demás.

A la mañana siguiente, muy, pero que muy de mañana, me desayuné un pan de hogaza tostadito con su aceite y su sal. En mi mano humeaba el café más negro, abrasador y perfumado que he soplado jamás. Lo juro. Tras una charla reposada con Doña Remedios marchamos bordeando una linde para hablar con varios agricultores. A esas horas tempranas nadie tiene buena cara y hasta el sol flaquea. Incluso con ese café enfriándose en el estómago costó espabilarse y retirar las telarañas. El caso es que ellos, los campesinos, susurraban hablillas y tenían bien claro que el monstruo vivía bajo las almenas del Castillo del Moro Calatalifa; un lugar escabroso donde se ocultaban zorros, jabalíes, sabandijas e incluso algún lobo con nombre propio. Las bestias acudían a rendirle pleitesía corriendo el peligro de ser devoradas. Ellos, los agricultores, sabían que aquel monstruo era despiadado y atroz, que odiaba al ser humano y no entendía de súplicas. Los pájaros evitaban aquel paraje porque su espíritu era una pizca fresca y alegre de vida. Allí dentro, en su guarida, todo era podredumbre, oscuridad y desgracia. La bestia se recogía como una araña esperando el momento, odiando a todo y a todos. Había días, cuando Dios estaba enfadado y mandaba sus tormentas, en los que caían rayos junto al castillo, sólo allí. Tan terrible era el lugar que algunos escaladores lo evitaban incluso de día, cuando el monstruo dormía sus pesadillas. Allí sólo subían imprudentes o despistados.

Recuerdo que esa tarde paseamos por el paraje de la vega espantando unas moscas grandes, negras y viciosas. Afortunadamente todavía quedaban horas

de luz así que tomamos una vereda y encontramos a Merlín, un pastor que tenía nombre de gato. El castillo nos contemplaba a lo lejos, en lo alto de la Peña Caliza y sobre las copas de la chopera. Pisábamos pradera verdísima salpicada por una constelación de flores amarillas. Era uno de esos rincones tan sencillamente hermosos que nadie se atreve a descubrirlos.

Merlín no era un tipo muy hablador pero tuvo a bien compartir con un servidor una tortilla muy cuajada que le había hecho su señora, varias tajadillas de lomo frito y un culín de vino un poco áspero. Entre dentellada y dentellada hablamos de las parejas del pueblo, de él mismo cuando era zagal, y de la costumbre de acudir a los pies de aquel risco a aliviar humedades. Por fortuna el monstruo nunca atacó ni hizo nada que hiciese sospechar que le importunasen. Es más, se decía que observaba desde la oscuridad el baile lascivo y desnudo de aquellos cuerpos tiernos. El espanto tenía un deseo enfermizo y refrenaba ese instinto animal que lleva a embestir y dejarse penetrar. Él observaba, sólo observaba relamiéndose mientras los jóvenes jugaban a mostrarse. Tenerle allí, contemplándoles, espoleaba el entusiasmo.



De regreso al vivac de la Señora Remedios nos desviamos para hacer una última visita, la del párroco, y he de decir que fue provechosa. Don Julio era un tipo campechano y regordete que no gustaba de los rumores macabros, al menos no públicamente. La conversación empezó convencional, lo que se espera entre un ateo con dolores articulares y un vicario, pero tras darle un par de tientos al licor de café que él mismo destilaba, su lengua y la mía se desataron. Él afirmaba con orgullo que en esa iglesia se había maldito al monstruo en tiempos de la peste negra. Aquellas hablillas eran reales y bien reales, es más, en la cornisa había una gárgola que lo representaba amenazando con sus garras, con sus cuernos y colmillos de piedra. Esa sería la foto que iba a acompañar mi reportaje en

EL MONSTRUO NO EXISTE

el periódico o quizá el yelmo, no sé. Los feligreses decían que monstruo salía por la noche de su madriguera, que veía las luces del pueblo y le tentaba visitarlo. Sólo las tres cruces del camino le impedían hacerlo. Recuerdo que la conversación con el páter se alargó hasta las tantas sin llegar a aclarar el sexo de los ángeles pero dando cuenta de un puchero con alubias, con su buen tocino, su buena morcilla y algo verde que no supe, ni quise identificar.

Tenía material de sobra para el reportaje así que esa misma mañana marché de aquel pueblo tras un sinfín de abrazos, de golpes en la espalda y con el maletero lleno de quesos, embutidos, aceite y hasta redes de patatas. Por supuesto pasé por Granada, hice noche en un hotel y me salí a la terraza de la habitación para disfrutar admirando los ángulos del Generalife.

En casa mi mujer me esperaba con una montaña de verduras y plantas hervidas. También quería hablarme de nuevos alimentos milenarios, milagrosos y salutíferos. Yo le entregué un hermoso ramo de flores amarillas y ella me dijo que eran Dientes de León, un nombre apropiado para el manto que vestía las huellas de un monstruo. Desgraciadamente el reportaje salió fantástico, algo morboso e interesante. Ya digo, DESGRACIADAMENTE. Yo seguí con mi trabajo visitando otros lugares, otras pensiones y casas rurales para escribir mis reseñas. Naturalmente me acordaba de aquel pueblo, claro que sí. No me quitaba de la cabeza el monstruo...bueno y también aquellas tajadas gustosas, aquella bollería, aquellos pucheros y el resto de gollerías.

Supe, eso sí, que a las pocas semanas había aparecido un grupo de niños subvencionados de la Universidad de Granada, con sus aparatos, sus spits, mochilas con arneses, móviles, gorras y cuerda como para atar al K2. Ellos tenían micrófonos mágicos que podían escuchar los susurros de las moscas; cámaras que avistaban lo invisible y luces para alumbrarlo. Naturalmente no preguntaron a los vecinos, ellos sólo subieron a la Peña Caliza, invadieron el Castillo del Moro y lo sembraron de cacharritos. Una semana estuvieron enredando por allí con tus tiendas de campaña de grandes almacenes. Todo el pueblo los atendió con educación, los agasajó como sólo ellos sabían hacerlo y finalmente recibieron el veredicto como un escupitajo en la cara.

Cuando volví unos meses después dispuesto a llenar el maletero, encontré un pueblo como otro cualquiera. Un rincón aburrido y sin magia al que le habían extirpado una tradición. La Peña Caliza, allá a lo lejos, parecía hasta más pequeña y la gárgola de la iglesia menos fiera. Los vecinos que me crucé, la señora Remedios entre ellos, estaban avergonzados y tristes. Ahora ningún forastero les iba a preguntar, ahora eran un atajo de tontos crédulos, unos ignorantes. Reconozco que no me gustó aquello y supe que la culpa era mía.

He de decir que jamás me he echado al monte rabioso. JAMÁS. Siempre he salido a disfrutar, a dejarme empapar por el ambiente, por la naturaleza, por el tacto de la piedra en los dedos y poniendo a prueba mis capacidades. Esa tarde fue distinto. Esa tarde Remedios me regaló un piolet antiquísimo, una herramienta histórica con mango de madera. Después me acompañó por las calles vacías del pueblo pero al castillo subí yo sólo y así pude ponerle el punto final a un reportaje que no lo tenía.

Aquella tarde, mientras visitaba el castillo, el sol se escondió sin avisarme y me arrinconó la oscuridad más absoluta de todas. Las murallas parecían mandíbulas y no se escuchaba ni un ruido, ni uno sólo. Anduve a ciegas tratando de encontrar la salida de aquellas ruinas pero allí había algo que me observaba, unos ojos fieros y atroces en la oscuridad. Puse el piolet por delante y me preparé para lo peor. Ante el monstruo nada podía decir, ni gritar, nada me salvaría excepto correr... y eso hice pese a mis kilos de más. Siempre he tenido suerte y esa noche salvé la vida con tan solo un par de zarpazos como todo precio. La herida ha tardado en cicatrizar y yo he tardado en poderme sentar a contarlo. Él sigue ahí, en las sombras, y existirá mientras sólo sea un rumor. Jamás tendremos prueba cierta de su presencia porque él lo quiere así.

No se acerque nadie al Castillo del Moro Calatalifa, todo era cierto, escuchen lo que tiene que decirle la gente valiente del pueblo. En el mundo hay misterios y quedan lejos de nuestra comprensión. En el mundo hay y siempre debe haber magia.

Fin



Crónica 
de una putada
colosal

Julián Redondo



TORRE DE LIS

Relato: Fragmento del libro *Crónica de una putada colosal*,

Julián Redondo - Crónica periodística de la pandemia



Julián Redondo. Periodista, escritor y tertuliano de TV. Empezó en el YA (1977), fue jefe de Deportes de El SOL ; trabajó en Onda Madrid y desde 1998 hasta 2018 en La Razón, como redactor jefe de Deportes.

Presidente de la Asociación Española de la Prensa Deportiva, tertuliano en “Estudio Estadio” y “24Horas” de TVE, y en el “Golazo de la Mañana” de Gol TV, así como en diversas emisoras de radio.

Profesor del Master de Periodismo Deportivo de la Universidad Católica de Murcia (UCAM).

Medalla de bronce de la Real Orden del Mérito Deportivo.

Autor de la enciclopedia “Historia Universal del Ciclismo”; “A golpe de pedal”, biografía de Pedro Delgado; “Nací Luchando”, de Amaya Valdemoro, y con la Asociación Española de la Prensa Deportiva, “Las estrellas son así”.

Jurado de los Premios Princesa de Asturias de los Deportes, de los Premios Nacionales del Deporte, de los Premios Manuel Alcántara y de los Premios Lili Álvarez.

Miembro de la Asamblea del Comité Olímpico Español (COE), de la Asamblea del Comité Paralímpico Español (CPE) y del CADE (Consejo Asesor del Deporte Español).

Patrono de la Fundación de LaLiga.

DÍA 14

A Messi no le pagamos el ERTE

Demagogia es la “degeneración de la democracia, consistente en que los políticos, mediante concesiones y halagos a los sentimientos elementales de los ciudadanos, tratan de conseguir o mantener el poder” (RAE). Resignación: “Conformidad, tolerancia y paciencia en las adversidades” (también RAE). Con la primera definición empiezo el recorrido de la pista americana, sucesión de obstáculos que trato de evitar para no caer ni en la autocomplacencia ni en la estulticia. Somos mayorcitos, pensemos, sea cual fuere la dirección que sigamos. Con la segunda, comulgo. Empecé sorprendido el primer tiempo de la cuarentena, me adapté al segundo cuarto y en tránsito hacia el tercero me he convertido en un resignado. No es consuelo saber cuántos están peor, pero ayuda; porque en esta situación extrema no es probable que en España, por no cruzar fronteras, haya alguien que se encuentre de PM con la silueta coronada del HdP sobrevolando cabezas.

Entro en el decimocuarto día del Estado Alarmanante como aletargado, aunque, solo un poco más allá de la frágil muralla de nuestra fortaleza, el horror no suelta la paleta y continúa dibujando escenas sobrecogedoras. Imágenes que Albert Camus describió en “La peste”, novela que recomienda leer el profesor Ernesto Payá “en periodos de abatimiento y desánimo, para recuperar la fe” en el ser humano. Escenas que, más recientemente, describe Arturo Pérez-Reverte en un viejo artículo de máxima actualidad, “El asilo de Petrinja”, cuando la guerra serbocroata.

Pero es que ni siquiera esta guerra que gana por goleada el Covid-19 es normal. No hay más ruinas que las de aquellos a quienes arrasa entre los contagiados, o las de quienes luchan sin descanso contra él por salvar a los infectados, aun a riesgo de perder la vida en el intento. Brilla un sol de primavera por encima de ese silencio al que nos hemos acostumbrado. Edificios que no acusan otro deterioro que el del paso de los años, si acaso; persianas levantadas, ventanas abiertas; hay gente y, sin embargo, las calles están vacías. De cuando en cuando algún gorjeo. Del parloteo incan-

sable de las cotorras argentinas que pueblan esta calle, ni el rumor. Me pregunto si también ellas han optado por el confinamiento o han huido a la segunda residencia. Tampoco hoy las cifras invitan al optimismo, ni a salir de casa. La gráfica mantiene la línea ascendente dispuesta a rebasar los 80.000 positivos este fin de semana, con un total de 5.690 fallecidos, 832 entre viernes y sábado. Los curados superan los 12.000.

Entre todos estos números, macabros y desoladores, despuntan otros que despiertan tanto interés como morbo. Pongamos que estamos hablando de los futbolistas. El convenio colectivo del jugador de Primera División garantiza 155.000 euros de salario mínimo anual, que en el caso de los de Segunda es de 77.500. El 90 por ciento de los futbolistas profesionales cobra muy por encima de esos sueldos. Son privilegiados, sin duda; pero en esta situación de miseria galopante y ERTes (Expedientes de Regulación Temporal de Empleo) a tutiplén no computan como los demás trabajadores. La pregunta es: ¿va a pagar el Estado, o sea nosotros, a Messi el ERTE del Barcelona? No. Lo de Messi, Ter Stegen, Piqué, Griezmann, Joao Félix, Morata, Koke o Wu Lei es reducción de jornada. Cobran mucho más que el mínimo y negocian una rebaja de sus emolumentos con los clubes que, para ajustar el presupuesto y no caer en la bancarrota, se acogen al ERTE con el resto de empleados. En cuanto a los deportistas olímpicos, ya se ha ocupado el COE de anunciar que todos mantendrán las becas ADO.

* * *

Día 14 de Estado Alarmante. Nines utiliza audífonos, tiene 90 años. Los auxiliares de la residencia trabajan a destajo y ocuparse de menudencias como cambiar unas pilas no entra en su labor diaria porque no es una rutina. Nines no se queja. Cuando tuvimos que convencerla para que llevara unos “aparatos”, “sonotones” que dice ella, replicaba: “Para lo que hay que oír”. Me temo que sigue aferrada a la máxima, así no escucha las noticias en televisión. Es una manera de evadirse, el problema es cuando después de varios intentos y de dos días de incomunicación por fin conectamos:

—¿Mamá?
—Hola hija, ¡qué alegría!
—Mamá, que soy tu hijo.
—¿Y qué tal estáis? Yo, bien, pero triste porque no podemos vernos —la escucho, con la voz quebrada.
—También nosotros estamos tristes, aunque nos consuela que estés bien.

A su bola, como Pedro Sánchez improvisando respuestas imposibles para justificar el timo de los test, sigue preguntando por todos, y cuenta: “Ayer, una de las auxiliares me dijo que llamó Julián, que no pudimos hablar, pero que estaba bien...”

—Mamá, que soy Julián. ¿Por qué no dices que te cambien las pilas? Hay repuestos en tu mesilla de noche.

—Espera que me salgo al pasillo, que no te oigo —y tiemblo por si se cae sin el andador; tiene más peligro que el Presidente.

Finalmente, intuye lo que le digo y antes de pasarme con la auxiliar, para recordar el cambio de pilas, se despide.

—Bueno, hija, muchos besos para todos. Y tranquilos, que estoy bien.

—Adiós mamá. Muchos besos.

De jovenzuelo, me castigué con aquellos cigarrillos de liar, Ideales, o Caldo, que lo llamaban. Pasé del coro de los salesianos, de las voces blancas, al de los cazalleros. Dejé de fumar después de bastante tiempo y aún sigo pensando que la voz se me quedó un tanto aguardentosa, en el umbral de un “gospel”. Para Nines, deliciosa confusión, mi voz es cristalina, bueno, la de mi hermana. Amor de madre.

Y no olvidemos añadir una hora al reloj, a las 02:00 serán las 03:00 también durante el confinamiento.

DÍA 61

Las colas del hambre no son juegos

La preocupación es como un virus que nos aproxima a un estado permanente de obsesión nada recomendable. Hay razones objetivas para notar la infección en el ánimo, que decae, se deja ir y se abandona. Y las hay subjetivas, tipo ambientales, porque el día ha amanecido gris, frío y lluvioso, o porque quién sabe si el descenso de las temperaturas ha propiciado que el HdP recupere su zona de confort. Las evidencias del jueves 14 de mayo, víspera de San Isidro: hay más contagios (506, hasta 229.540) y más muertes (217, hasta 27.321). Hay más familias que no encuentran una respuesta sencilla para un castigo sobrevenido del más allá —Trump dice que de China; Macron lo sospecha, como Dominic Raab; Sánchez no se pronuncia—. Hay más familias desoladas, rotas por el dolor,

y más enfermos que mueren solos sin otro consuelo que el tratamiento paliativo, del que lo ignoran todo. “Los sedan y llega su hora”. Es la solución drástica para después de la criba.

Los condenados del coronavirus suben al patíbulo privados de voluntad. Es un hecho objetivo. El ataque del Covid-19 es tan jodidamente cruel y despiadado como William Munny (Clint Eastwood, “Sin perdón”): “Ahora voy a salir, si veo a algún cabrón ahí fuera, le mataré, y si a algún cabrón se le ocurre dispararme, no sólo le mataré a él sino que mataré a su mujer, a todos sus amigos y quemaré su maldita casa, ¿me habéis oído?”. ¿Escucharán los políticos, algunos políticos y políticas, las barbaridades y las sandeces que a veces escupen? ¿Habrá recapacitado Rafael Simancas cuando le han demostrado que señalando a Madrid como la tercera comunidad con más letalidad del mundo por “la Covid” ha metido la pata hasta el corvejón? Sólo en España hay tres comunidades con índices proporcionales peores que los madrileños en ese triste capítulo: Castilla-La Mancha, Extremadura y Aragón. ¿Es culpa de los tres gobiernos autonómicos, todos del PSOE, la letalidad de esta pandemia en España, es culpa del Gobierno Central, que todo lo domina, lo aglutina y lo ordena, o es, simplemente, la fatalidad? Las campañas de promoción o de destrucción o se organizan concienzudamente o no hay tu tía. Una verdad a medias destroza el trabajo bien hecho; una mentira retrata a quien la propaga.

Las pruebas documentales no admiten réplicas, ni las algaradas “coronapijas” en el selecto barrio de Salamanca, donde vive Pablo Echenique —precisamente a él se le ha ocurrido lo de “coronapijo”—, ni las colas del hambre en Aluche. Es poco edificante ver a un tipo con un palo de golf aporreando una señal de tráfico reclamando, tal vez, volver a practicar su deporte favorito a cualquier hora del día y sin límite de tiempo. El “Cojo Manteca” resultaba más convincente. El contraste, en otro barrio madrileño, el de Aluche. En Barcelona, la demanda de comida social ha crecido estos días un 40%, más o menos como en Madrid. Los bancos de alimentos agotan las existencias de una semana en un día, porque ya no son sólo los pobres de pedir a quienes socorre; ahora, en esas larguísimas colas de Aluche, donde se guarda la distancia social y no como en Núñez de Balboa, hay personas que se han quedado sin empleo, sin ahorros, sin recursos, sin posibilidad de empeñar una sortija en el Monte de Piedad porque ya no les queda nada, casi ni esperanza. Dependen de la caridad. No llegan las prestaciones, ni el pago del ERTE ni el IMV (Ingreso Mínimo Vital).

Hoy por hoy, España es el quinto país de la Unión Europea con mayor tasa de riesgo de pobreza, detrás de Letonia, Lituania, Bulgaria y Rumanía. Quizá la explicación a tanta miseria, a tanto infortunio, a tantísima indigencia, paro y devastación encuentre la solución en las peregrinas teorías del diputado Simancas: si Aluche fuera un barrio de Bucarest y no de Madrid, en España no habría tanta penuria demostrada.

Estoy leyendo “Desgracia”, de J. M. Coetzee. En la portada del libro, un perro famélico para constatar que cualquier tiempo malo puede ser peor. Las adversidades son cíclicas, se repiten cada cierto tiempo, es curioso, como es llamativa la conclusión a la que llega este Nobel de Literatura sobre la implantación del censor —el ministro Castells piensa, como en China o Corea del Norte, Irán o Cuba, que hay que intervenir las redes sociales, nido de bulos y “fake news”—. Escribe Coetzee que el censor, en el sentido romano del término, nació cuando la vigilancia pasó a ser la clave, la vigilancia de todos sobre todos, y el perdón fue reemplazado por la purga. Todo lo cual me genera inseguridad, ¿nos censuran o nos censuramos? La autocensura y el periodismo no comen en el mismo plato. Y reclamar derechos sin guardar las debidas precauciones, o sea, la famosa distancia social de un par de metros, tampoco es argumento ni justificante porque conduce directamente a la disolución, la multa y la purga. Protestar amontonados contra el Gobierno, gritando consignas contra el 8-M, es como justificar el mitin de VOX el 7-M porque Moncloa no lo prohibió. Se dice de alguien que no tiene dos dedos de frente cuando “realiza una serie de actos que denotan que carece del mínimo sentido común o inteligencia”. No hagas lo que criticas y no critiques lo que vas a hacer. Sí, estamos apañados.

* * *

Día 61 de Estado de Alarma. Las colas del hambre no son un juego, ni la novela de Suzanne Collins, ni la película de Gary Ross con Jennifer Lawrence en plan heroína. Lo que ocurre en Aluche y en tantos barrios de tantas ciudades y de tantos pueblos de España es tan real como esta vida que nos ha tocado vivir. Acomodados en nuestra fortaleza, haciendo maratones por el pasillo y el salón, conectando de cuando en cuando la tele para seguir el ritmo lúgubre de las malas noticias, o el ordenador o el móvil para mantener el hilo con el exterior en constante funcionamiento es una realidad relativa; la nuestra es tangencial. Y aún respirando el mismo aire y pisando el asfalto de la misma ciudad, podría ocurrirnos como a aquellos ciudadanos de

aquella canción de Joan Manuel Serrat, que vivimos en un mundo paralelo. “El vecino de Kundera se parece al mío. / Si algo tiene destacable, nadie lo diría. / Es un tipo muy correcto que se pasa al día / ocho horas tecleando en ordenador. / Mi vecino vuelve a casa y enciende la tele. / Y brinda con la familia con sidra ‘El Gaitero’. / Cuando el locutor afirma que en el mundo entero / no hay un lugar más seguro que nuestra ciudad. / Mi vecino nunca supo que esa misma noche / violaron en su calle a una adolescente. / Que asaltaron a dos viejas y que un indigente / apareció degollado en el callejón...”. Como “La abuelita de Kundera” y la de Belchite, Nines, bisabuela de Martín, sabe tanto de la vida como le han enseñado los 90 años que tiene. Sabe, por ejemplo, que “de todo se sale”. Ella es muy creyente, y disciplinada. Ángel “De la Guarda” Piedras me envió un vídeo con este pie: “Seguimos progresando”. Y se ve a Nines con mascarilla que, aunque despacito, camina apoyada en un bastón. Hace menos de un año necesitaba una silla de ruedas. “El bastón lo llevo en la mano izquierda, porque como el ictus me afectó al lado derecho, ese brazo me tiembla mucho. Pero estoy muy contenta. Cuando llegué a la residencia no podía andar”. Ángel le ha prohibido, no obstante, que se aventure sola con el bastón si no está él; que recurra al andador, que es más seguro. “Eso me ha dicho, y me ha llevado por el salón con un dedo. Y pensar que no podía caminar y casi ni moverme cuando llegué...” Prueba superada, Nines. Ya queda menos. El día empezó torcido, pero termina infinitamente mejor después de ver ese vídeo y de tararear otra estrofa de Serrat: “La abuelita de Kundera y también la mía / conocían cada yerba y sus aplicaciones. / Sabían lo que tenían dentro los colchones. / Sabían leer el cielo y cocer el pan”.



Relato: *El secreto del olivar*, Gabriela Quintana Ayala



Gabriela Quintana Ayala. Narradora mexicana. Licenciada en Comercio Exterior por la Universidad Iberoamericana Puebla. Maestra en Programación Neurolingüística. Diplomada en Literatura Norteamericana por la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla buap. Máster en Literatura por la Universidad Complutense de Madrid.

Se encontraba triste, meditando sobre su próximo aniversario de bodas. Cuatro años habían pasado desde que el prematuro fallecimiento de su mujer convirtiera aquellas celebraciones en un desgarrador doloroso y puntual. Abandonado a sus pensamientos, descansaba tendido sobre un diván descolorido y viejo, pero confortable, en el que solía recostarse para leer el periódico todas las mañanas. Para esa hora ya había recorrido el olivar y revisado sus frutos, de un verde precoz ese verano. Se dejó caer en un profundo sueño sin percatarse del humo que, de manera incipiente, se colaba por las ventanas.

Sus sueños eran recurrentes. Regresaba al momento en que había conseguido una parcela de terreno y sembrado, décadas atrás, los primeros arbustos de oliva junto a su esposa. Era una mujer de anchas caderas y hombros delgados. Los bellos rasgos de su rostro delataban su estirpe mediterránea, tan antigua como los propios olivos. No obstante, tenía un gran defecto: aborrecía su aceite. Sus intentos de persuasión por cultivar un viñedo en lugar de olivar fracasaron. La tierra, ciertamente, no era apta para la vid,

aunque el dueño del terreno, tal vez tampoco. En sus sueños, recordaba a su mujer siempre amable con él en el olivar, durante aquellos primeros años en los que aprendió la técnica de prensado con agua tibia y de cómo pasó de embotellar unos cientos de garrafas que apenas cubrían las necesidades de los vecinos del pequeño pueblo, a vender a varias cooperativas de la comarca. El paso de los años le fue enseñando cómo cuidar de los aceitunos y evitar las plagas de insectos. A cada planta le prodigaba buena poda y abono; con sus manos retiraba gusanillos y huevos de pájaros que de vez en cuando anidaban en las copas. En apenas un par de décadas se había convertido en un experto; los olivos habían madurado y la generosidad de la tierra, junto a sus cuidados, permitió a los pueblos circundantes disfrutar de un aceite puro con un aroma singular. Su mujer le acompañaba algunas tardes a retirar las hojas secas de los arbustos y a eliminar parásitos. Ella murió sin dejarle hijos, nunca se lamentaron, las oliveras eran su descendencia y gran tesoro.

De pronto golpearon a su puerta con insistencia. Se incorporó de un movimiento ágil ante el incesante ruido y vio una sombra que le hacía señales desde el otro lado del cristal de la ventana. Empezó a ver humo detrás de esa cabeza y corrió hacia la puerta. ¡Había fuego en el olivar! De prisa cogió una manguera y con la presión de agua con la que contaba, fue apagando las flamas de fuego que consumían los arbustos de verdes frutos. Pero su manguera no llegaba a cubrir la tercera fila de los arbolillos de manera que fue a mover la estructura metálica de riego que empleaba durante las temporadas secas. Lo acomodó donde las llamaradas se alzaban con más brío, y corrió a encenderlo. El agua salía como lluvia ligera, pero tampoco cubría todo el terreno, así, tuvo que estar trasladando los aspersores para mojar un espacio de veinte metros cuadrados y continuar con otro tanto igual. Los vecinos habían visto el humo mucho antes que él y habían llegado a apagar buena parte del fuego mordaz que se empeñaba en destruir todo el campo, mas no era suficiente. Las llamas ardían quemando grandes ramas y consumiendo con voracidad las tiernas olivas. Entonces cogió una manta para apagar otro tanto de ramas gruesas más encendidas. Al final del día el humo se había condensado, seguía elevándose para cubrir a las nubes de un color grisáceo. Estaba enfurecido de ver los destrozos, tantas ramas y racimos negros destazados por el incendio. La tierra se había cubierto de perlas carbonizadas. Pocos eran los arbustos que logró

salvar, su producción quizá se vería reducida a unas cuantas garrafas, menos incluso que en sus primeras cosechas. Miró fijamente a la máquina de riego, y en un arranque de rabia se acercó y la golpeó hasta casi destruirla, culpándola de no haber salvado la plantación. Pero no, no tenía la culpa ese cacharro, era el sofá, sus sueños. Entró a la casa con torpes movimientos y, a empujones, sacó el sofá a la terraza, desde donde se contemplaba el olivar carbonizado y, arremetió contra él. El sofá que tantas buenas tardes le cobijó junto a su esposa ahora lo había hecho descuidar su tesoro, sus perlas de tierno verdor. La mirada de los vecinos, que aún seguían ahí, le daba contención; de alguna manera evitaron que cometiera un disparate, pero fatigados lo miraban y con señas de manos se despidieron antes de regresar a sus faenas.

Al desaparecer de su vista la última persona, se sentó en el sofá, miró el campo y bajó la vista a sus manos, curtidas por el sol y los trabajos del campo, que ahora estaban rasguñadas, cubiertas de hollín, tierra y sangre seca. Comenzó a llorar amargamente cubriéndose el rostro con ellas. Tenía astillas incluso dentro de las uñas, pero no le importó. Sus lágrimas se escurrían entre sus manos, destiñéndolas y cayendo sobre una rama que había rescatado llena de olivas más maduras. Cuando sus sollozos agotaron la energía que le quedaba, ya en el anochecer, tomó la rama y se dirigió al trastero. Ahí buscó un recipiente entre todos los cacharros viejos que solía acumular; encontró un cuenco profundo de barro y metió la rama en agua para que continuara fresca. Lleno de hojas y colocado en un rincón seguía derramando ese aroma dulzón y fresco. Dejó caer un poco de agua para quitar el polvo negro que la cubría. Ya con los ojos secos, volvió a la casa justo para responder al teléfono. Desde el otro lado de la línea le llegaba una invitación para asistir dentro de siete meses a una feria de cultivo. Colgó el auricular. No pudo llorar más. Buscó su habitación para olvidarse del mundo, de su descendencia, olvidarse de sí mismo.

Sus días se volcaron arduos y extenuantes, recuperar el campo de aceitunos era una gran labor. Reparó los aspersores y empleó sus ahorros en comprar otra máquina de riego. Abandonó la lectura matinal del periódico y, luego de terminar su taza de café, recorrió cada olivera para rascarle sus entrañas. Si encontraba en el interior de la corteza alguna señal de vida, le cortaba las ramas secas y le echaba abono. Para su desgracia, más de la mitad del campo tuvo que ser arrancado desde la raíz; la madera no servía ni para elaborar las cajas donde se empacan las botellas de aceite. Pasó una semana para que regresara al trastero y recordara

la rama que había rescatado. Luego de tropezar con un par de trastos, se llevó una gran sorpresa; aquella rama ahumada estaba viva y las olivas, brillantes. La sacó del agua y la colocó en una maceta con tierra arcillosa, la limpió, le retiró pedazos secos y le quitó una pequeña oliva desecada. No solo se había recuperado, parecía que le habían brotado nuevos frutos.



Pasados unos días, recibió correspondencia. En ella le enviaban la invitación a la feria de cultivo. Esta vez miró la fecha y decidió inscribirse por Internet. Quizá podría llevar unas cuantas botellas de muestra, sería la primera vez que acudiría a una exhibición de cultivo totalmente orgánico y tanto sus vecinos como la gente del pueblo, dudarían de comprar su cosecha visto aquel incendio en su terruño. Por lo tanto, la feria sería la redención de la cosecha de ese año. Sus días se agotaban en el cuidado de su plantación, habían pasado unos meses y comenzaba la colecta de las olivas. Continuaba cuidando la rama del trastero, que ahora erguida sobre la terraza simulaba hacer de centinela del campo de olivas. Aquella rama se había convertido en un hermoso bonsái y ocupaba la mayor atención del hombre. Los frutos, en general, habían crecido muy bien, tenía unas aceitunas gruesas y frescas de las cuales consiguió extraer unos centenares de botellas, todas ellas aromáticas y de excelente calidad, pero... no había nada parecido a las aceitunas del bonsái. Algo había sucedido que, en cuanto a estructura y coloración, distaba mucho del resto de los aceitunos del campo. Recolectó así los frutos y se dispuso a extraerles el zumo de manera artesanal, a la antigua usanza, en la vieja almazara. Diseñó unos capachos a medida para exprimir la poca cantidad con la que contaba. Solo obtuvo tres botellas de un aceite inodoro, más viscoso y cetrino, que el resto de su cosecha. Una vez terminada su extracción y eliminada el agua sobrante, probó en una cuchara el aceite del bonsái.

El sabor era diferente, suave y de un gusto lejano al de sus mejores cosechas. Contrariado, limpió la cuchara con las manos y decidió olvidarse del aceite, no había obtenido nada interesante de aquella rama convertida en micro árbol. Sus ayudantes etiquetaron durante los días siguientes las botellas y las empacaron en las cajas, debía prepararse para su debut en la feria.



A la mañana siguiente, mientras se afeitaba, observó sus manos; parecían un poco más lisas, un par de manchas se habían desvanecido. El hombre aún era joven, pero sus manos curtidas por el sol parecían envejecidas, asemejando una persona mucho mayor. Ahora se veían tersas de nuevo. Después de cavilar un rato, soltó la navaja y corrió a la terraza, se quedó inmóvil frente al bonsái. ¿Podrá ser que este aceite sea especial?, se preguntó. Volvió a untarse aceite en las manos y esperar el resultado para la siguiente mañana. Ese día decidió no trabajar artesanalmente, se dedicaría a organizar el viaje. Observó durante el día la textura de la piel de una de sus manos, más suave que la otra.

En la feria había exhibido sus botellas y algunos fiambres envasados que le había encargado un vecino de su pueblo para comercializarlos. Cuando ya había vendido la mitad de su cosecha se acercó una mujer. Debía rondar los sesenta años, su piel era blanca y mostraba unas arrugas surcando sus ojos y su frente. El hombre nunca había probado el aceite en el rostro, pero al ver la tez marcada de la mujer bajo una mirada llena de gracia en otrora primavera, le invitó a conocer el aceite pidiendo que lo untara primero en sus manos. Le puso unas cuantas gotas y le hizo el gesto de aplicarlo después en la cara. Él le dio su teléfono y ella le compró una botella de aceite. Quizá regrese mañana... es seguro, meditó el hombre mientras guardaba su aceite secreto.

Al día siguiente, esperó a la mujer en su caseta de ventas, en la que terminó de vender hasta la última botella de su malograda producción, pero ella no se presentó. Regresó a casa esa noche y se puso el aceite en el rostro antes de irse a la cama. Podría ser que no hubiera funcionado en su rostro, se cuestionaba el hombre, contento de haber vendido toda su exigua cosecha. Para su sorpresa, esa mañana su tez lucía más radiante, así que consiguió olvidarse un poco de su plantación y se enfocó a cuidar de su prodigioso bonsái. Había cortado todas las olivas, salvo un par que dejó en una rama del arbolito. Se pasaba la tarde en él cercenando cuidadosamente las partes secas del tronco y las hojas; con un gotero le hacía humedecer su tierra, la cual incluso cambiaba cada semana para mezclarle el abono.

Pasaron unas semanas y un día estaba tan absorto en el diminuto aceituno que no escuchó una llamada. Al devolverla se encontró del otro lado de la línea a Sonia, la mujer que había conocido en la feria, estaba de visita por la ciudad. Se reunieron en un café del centro. Al atravesar la puerta de la cafetería creyó no reconocerla, le pareció que había rejuvenecido al menos diez años, incluso sus canas se habían desvanecido. ¿Qué tiene tu aceite?, interpeló al hombre incluso antes de saludar. Es un secreto, le dijo mientras observaba las facciones de su rostro y cabellera. Ella le pidió una botella. Él le citó nuevamente, en el mismo lugar para darle un minúsculo frasco. Es un concentrado, le hizo hincapié a la mujer. Me he mudado aquí, comentó ella mientras se ponía unas gotas en las comisuras de los labios y alrededor de los ojos. Eres muy hermosa, le dijo el hombre a Sonia acariciándole la mano, mientras guardaba con la otra el frasquito en su bolso. Quedaron varias veces en paseos y cenas. En cuanto se terminó su frasco le pidió más. Él seguía trabajando en el campo, pero era el bonsái quien recibía la mayor atención puesto que solo le quedaba un frasco del preciado aceite y Sonia continuaba pidiéndole más. Bajo el estrés pensó en hacer otro bonsái. Cogió una rama del mejor aceituno de su campo y, tras quemarlo, comenzó a podarlo para hacerlo madurar como el otro. Al paso del tiempo, la relación fue creciendo en confianza y cariño. Se veían más seguido, lo cual le quitaba gran parte de su jornada en el campo y su arbolito preferido. Ella se había mostrado deferente en ayudarle en su campo de aceitunos, así como las labores del hogar. La admiración del hombre hacia ella aumentaba con cada encuentro, y al cabo de un par de meses, le pidió que se mudara a su casa. Evidentemente, con ella ahí se veía forzado a esconder su secreto, de manera que dividió el último frasco de aceite

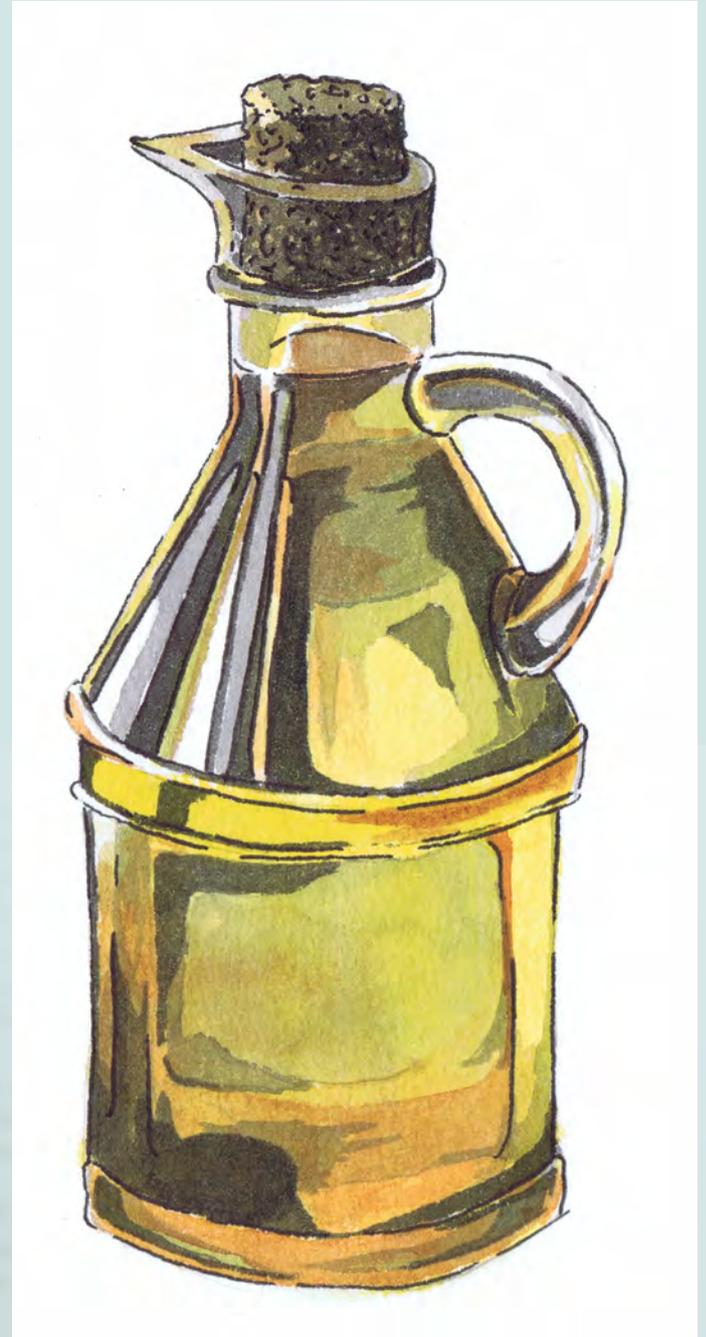
en dos y le dio uno, con la creencia de que le duraría el tiempo necesario para obtener más. El nuevo bonsái no conseguía darle los frutos mágicos y Sonia le amenazaba con abandonarlo. El hombre recordaba a su esposa y no deseaba encontrarse solo nuevamente. Rindiéndose a las demandas de su mujer, ideó sacrificar un poco su bonsái de olivas mágicas y cortó un trozo para hacer un injerto en el nuevo bonsái, con la esperanza de que funcionara. El hombre se había enamorado de Sonia, y esta cada vez se veía más joven, incluso más que él. Ella se untaba con delicadeza las gotas no solo en el rostro, también por todo el cuerpo y su cabellera, que llevaba ahora larga y brillante. Las uñas habían crecido fuertes, sanas y las arrugas de su cara habían desaparecido. Ahora paseaba sola por la ciudad mientras el hombre no se despegaba de sus bonsáis, encerrado con pestillo en el trastero, para que su secreto permaneciera oculto. Los días se fueron haciendo pesados, Sonia había dejado su trabajo y se dedicaba a paseos y compras, y a exigirle más aceite. El hombre, quien había dejado de untarse el óleo, poco a poco, se estaba encaneciendo. Ante tanta presión de ella, mezcló el aceite de su campo con un poco de los últimos mililitros que le quedaban creyendo que podrían mezclarse las propiedades contenidas en sus mágicas moléculas. Sonia se aplicó este último frasco con mayor cuidado, pero al cabo de un mes, se dio cuenta de que no conseguía los resultados deseados. Amenazó con dejarlo nuevamente, pero el hombre en su desesperación, le reveló su secreto.

Habiendo descubierto la fuente, ambos cuidaban de los diminutos aceitunos con tal obsesión que el hombre apenas dormía. La mujer continuaba su vida cuando no podía extraerle más nada al pobre arbolito.

Cierta día, Sonia le exigió con tanta vehemencia más aceite al hombre que en su rabia acabó por cortarle una rama llena de olivas al primer bonsái. El hombre, encolerizado, la sacó del trastero y se encerró con pestillo. Cuentan los vecinos que estuvo casi dos días sin comer y beber allí confinado, hasta que consiguió extraer un frasco completo del precioso aceite. Esta vez, Sonia, no sólo lo untó por todo su cuerpo, también bebió un poco.

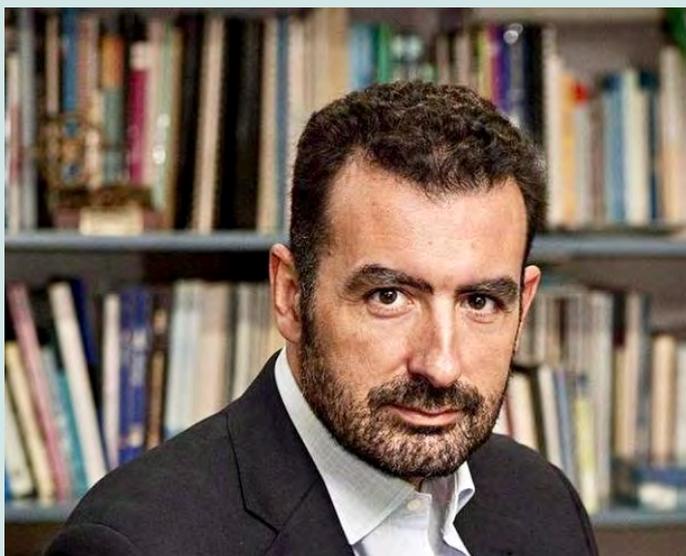
El hombre metió el sofá que aún tenía en la terraza. Renovó su suscripción al diario de su localidad y continuó preparándose cada día una taza de café para leer tranquilamente mientras vigilaba su campo de olivas desde la ventana, que ahora había convertido en puerta de cristal.

Nadie volvió a ver a Sonia. Se cree que, al terminarse el aceite, se marchó. Lo cierto es que los bonsáis murieron poco después y hay un árbol en medio del campo de olivos que sus frutos son de color verde rojizo, una cepa nueva y desconocida. El hombre nunca se ocupa del nuevo aceituno, pero, en ocasiones, cuando lo contempla desde lo alto de su terraza, sonríe enigmáticamente.



Ilustraciones de Ana García.

Relato: *El maestro de buceo, Manuel Monterrey*



Manuel Monterrey. Escritor. Doctor Ingeniero Industrial- Dirección de Empresas por la Universidad de Oviedo. Responsable de Industria, Energía y Proyectos de Inversión Privada ICEACSA Consultores S.L.U.

Esta historia está basada en hechos reales.

Javi era un buen niño. Un buen niño de trece años que seguía empeñado en no hacer daño a nadie y ser simplemente feliz. Javi vivía en un pueblo costero que, aquel verano, igual que todos los anteriores, estaba lleno de turistas. Su vida discurría apaciblemente entre la playa, donde su piel se arrugaba por el contacto continuo con el agua de mar, y el parque del pueblo, en donde se afanaba en propinar patadas sin descanso a un balón amarillo de goma. Y así pasaban los días, uno tras otro, y Javi era feliz, simplemente feliz.

Lola se sabía atractiva. Era de mediana estatura, inquietante mirada felina y una lustrosa melena de color azabache. Tenía una nariz pequeña, boca grande de labios carnosos y una piel con tendencia a tostarse en cuanto se tumbaba en la playa para vigilar a Javi. Por encima de todo, Lola era una mujer inteligente, segura de sí misma y que enamoraba a cualquiera que se sentara a su lado a charlar de lo que fuera. Acababa de perder a su padre y perdió el amor de su marido, si alguna vez lo tuvo, cuando su hijo tenía tres años. Desde joven había aprendido a pelear por aquello que realmente le importaba. Y ahora, y siempre, lo que más le importaba era sacar adelante a Javi. No tenía a ningún hombre junto a ella desde hacía ya muchos años. Creía que no lo necesitaba, puesto que Javi le

llenaba la vida con sus problemas de preadolescente. En cuestión de amor, Lola era firme defensora de la teoría de que el género masculino es intrínsecamente malo y por definición ningún hombre se merece la confianza de una mujer. Todos te acaban mintiendo y traicionando más tarde o más temprano. Es solo cuestión de tiempo.

Por ser sábado Lola no trabajaba, y decidió acompañar a su hijo a la playa. Se sentó en la terraza con música chill-out, que tanto le gustaba, y pidió un café. Javi estaba en el agua enredando con sus amigos, equipado con sus nuevos artilugios de buceo. Al chaval se le ocurrió una idea. ¿Por qué no ir nadando hasta Isla Quintana, que está a poco más de 800 metros de la playa? Les dijo a sus amigos que no admitiría acompañantes: quería ir solo para que la hazaña fuera solo suya. Dicho y hecho. Durante la singladura fue observando toda la fauna y flora marina que sus ojos curiosos encontraron por el fondo: pedruscos multicolores recubiertos de algas, erizos de mar, mejillones, bosques de laminaria recorridos por vivaces sargos y, finalmente, el batir de las olas contra el islote. Javi sabía que si agarraba una buena bocanada de aire fresco podría sumergirse e investigar el fondo marino desde abajo. Chico decidido, hizo hiperventilación y tres o cuatro litros de aire quedaron atrapados en sus pulmones. 10, 20, 30... ¡38 segundos! No estaba mal para ser la primera inmersión de un novato. Dejó pasar unos minutos y volvió a la carga. Esta vez aguantó sin respirar casi un minuto. Lo suficiente como para descubrir una oquedad en la base de la isla que parecía la entrada a una cueva submarina.

«Tengo que recorrer esa cueva», pensó Javi.

La tercera inmersión sería la definitiva. El chico nadó con decisión hacia la entrada de la cueva, de manera que le sobrara algo de aire para recorrer su interior. Sin embargo, lo que parecía un pequeño hueco en la roca se convirtió pronto en un pasadizo cada vez más angosto y profundo. Javi aleteaba nerviosamente y se iba obsesionando por encontrar la salida al otro lado del túnel, donde creyó ver una luz. Fruto de su histeria, separó la lengua del tubo y un buen chorro de agua de mar penetró en su garganta. De repente, desesperado, soltó el tubo y tragó agua a borbotones. Se estaba ahogando. El tiempo se detuvo y el cuerpo de Javi quedó inmóvil entre dos aguas. Pasaron los minutos. Pero despacio, muy, muy despacio...

Cuando recuperó la consciencia se encontró pisando arena seca y recubierto por una tosca manta gris de mezclilla. A su lado había un hombre, que le sonrió mientras atizaba unas ramas de castaño que ardían en la hoguera. Era alto, delgado, moreno de tez y cabello y tenía unos rasgos angulosos dominados por una nariz grande y una barba no muy poblada. Aparentaba tener unos 45 años.

—Acabas de resucitar, chaval. Bienvenido a mi humilde hogar.

Javi miró hacia su alrededor y se encontró cómodo en aquel lugar. Era una especie de playa, pero hacia arriba no había cielo. Ni en el agua había olas. Estaba en una cueva en el interior de Isla Quintana. La hoguera era la luz que le había traído hasta allí.

—¿Quieres comer un poco?

Al niño le encantaba el pescado y aquellos sargos a la brasa tenían un aspecto estupendo, por lo que asintió con la cabeza y aceptó la invitación del hombre.

—¿Cómo te llamas, chaval?

—Me llamo Javi, ¿y tú?

—Eso da igual. El asunto es que me has causado un auténtico problema. Nadie sabe que yo vivo aquí, ni siquiera saben que existo. Abrígate con la manta y disfruta del pescado mientras te cuento la historia de mi vida.

Javi sonrió complacido y se acomodó sobre la arena para escuchar el relato con atención.

—Soy pescador. Hace muchos años dejé mi pueblo en Bizkaia, un pueblo como el tuyo, el de ahí arriba, también pesquero y lleno de turistas en verano, y salí a faenar con mi barco, el Belatz Handia, recorriendo nuestro querido Cantábrico. Se nos estaba dando bien la costera del bonito cuando una noche, la noche de San Juan, se armó el mayor temporal que habíamos visto nunca a una milla al norte de aquí. Esa noche la mar entraba por la borda y se nos metía en la cabina y parecía que allí no había sitio suficiente para ella y para nosotros. Hasta que la gran ola apareció a medianoche y acabó tumbando al Belatz con todos nosotros dentro.

El niño abrió sus ojos como dos farolas del muelle y no perdía palabra de lo que contaba el pescador.

—Todavía no sé bien cómo lo hice, pero conseguí salir a la superficie mientras el Belatz se iba a pique engullido por la espuma. Entonces pensé que debía

bucear para intentar sacar a mis compañeros de donde se encontraban atrapados. Agarré aire y me sumergí en dirección al barco hundido, que aún tenía las luces encendidas, pero no conseguí dar con ninguno de ellos. A la segunda inmersión mis fuerzas empezaron a flaquear. Hice un último esfuerzo y me introduje en la cabina del piloto. El aire se me escapaba del pecho cuando me sentí atrapado. Me había enredado con una maraña de redes de las que teníamos almacenadas en la sentina. Perdí la consciencia. Lo siguiente que recuerdo es que estaba sentado donde estás tú ahora junto a un hombre muy viejo, de barba blanca y cuerpo enjuto, que me acababa de salvar la vida. Nunca supe cómo se llamaba, pero viví con él durante casi diez años, hasta que la edad no le permitió seguir acompañándome por más tiempo. Fue mi maestro de buceo.

—¿Tu maestro de buceo? —preguntó Javi extrañado.

—Así es, respondió el hombre. Él me enseñó cómo se bucea de verdad, a hacerlo como lo hacen los peces. Para que no te preocupes del tiempo que pases bajo el agua. Para que puedas descubrir las maravillas del océano desde dentro de él. Para que puedas perseguir a un delfín y descubrir que nunca serás tan rápido como él, pero que lo pasaréis igual de bien jugando juntos... Eso es bucear de verdad.

—¿Y tú podrías...?

—¿Si yo podría qué? ¿Enseñarte a bucear de verdad? ¿Pretendes que yo sea tu maestro de buceo? Eso es muy complicado, chaval. Solo hay dos personas en el océano, en toda su enormidad, que pueden conocer el secreto del buceo verdadero. Y yo soy una de esas personas.

—¿Y quién es la otra? —preguntó Javi.

—La otra no existe, a no ser que me convenzas de que puedes guardar este secreto centenario. ¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

—Te contaré todo lo que sé sobre el mundo, sobre las personas, sobre las cosas, sobre el mar... Todo. No me guardaré nada para mí. No tendré secretos contigo. Y tú solo me contarás el secreto del buceo verdadero. Creo que es un trato justo. —El niño demostraba una sorprendente madurez.

—Está bien. Empieza tú describiéndome tu mundo y cuando acabes yo te revelaré mi secreto para que puedas regresar a tu casa. Es la única forma de salir de aquí.

Mientras tanto, Lola estaba recostada en su toalla cuando decidió incorporarse para echarle un vistazo a su hijo. Se acercó a la orilla y no vio a Javi. Hizo un gesto a los dos amigos del niño para que salieran del agua.

—¿Cómo que se fue a Isla Quintana? ¿Si eso está muy lejos y él no está acostumbrado a nadar tanto! ¿Cuánto hace que salió?

—Como una hora —los amigos del niño respondieron aterrorizados por la que se les venía encima.

Lola se sintió angustiada y culpable por no reparar en su hijo durante un tiempo tan largo. Salió corriendo hacia el puesto de socorro para que los chicos de salvamento iniciaran la búsqueda del niño. En eso estaban cuando se empezó a divisar el tubo amarillo de Javi resoplando en la distancia, entre los aleteos del chiquillo que iniciaba el viaje de regreso a la playa.

Después de 20 minutos, Javi alcanzó la orilla entre una nube de curiosos comandados por su madre, que lo esperaba para darle el recibimiento que se merecía. Se le iban a quitar las ganas de volver a Isla Quintana...

—Vamos para casa. Ya me explicarás allí dónde has estado metido.

Mientras regañaba a su hijo, Lola apreció que Javi llevaba una botella verde de vidrio con un tapón de corcho anudada a su cintura. Dentro había una preciosa estrella de mar de reflejos encarnados.

Una vez en el piso, Javi le explicó a su madre lo que le había pasado con el hombre de la isla. En realidad, no le dijo toda la verdad, pues le ocultó que conocía el secreto del buceo verdadero. Esto le hacía sentirse especialmente poderoso, aunque su compromiso con su amigo le impedía alardear de ello.

—¿Y esa estrella encerrada en la botella? ¿De dónde la has sacado? ¿Y cómo has conseguido meterla ahí?

—Es un regalo de mi amigo para ti. Le conté cómo eras y también le dije que a veces te noto triste y solitaria. Él quiere que te sientas feliz con su regalo, y que sonrías. También le he dicho que te pones muy guapa cuando sonrías.

Lola se sintió halagada y ciertamente sonrió por eso. Hacía tiempo que nadie, incluido su hijo Javi, le hacía un regalo y ahora era un hombre amable, interesante y del que ni siquiera conocía su nombre, el que había tenido un detalle bonito con ella.

—Mamá, ¿puedo volver mañana a ver a mi amigo?

—Tú primero ponte a cenar y a ver si se me pasa el disgusto que me acabas de dar. Ya veremos mañana.

—Es que no tengo hambre.

—Pero si te he puesto un sargo, que te gustan mucho...

Javi sonrió y su madre no entendió su sonrisa.

Al día siguiente, Javi volvió a ver a su amigo. Por segunda vez quiso poner en práctica la técnica que su maestro de buceo le había enseñado el día anterior. Cuando estuvo seguro de que nadie le veía desde la playa, el niño se sumergió y recorrió buceando toda la distancia hasta la isla. Solo se detuvo en un agujero en el fondo donde había descubierto que vivía un congrio de casi dos metros. El animal se sintió atacado y le enseñó los dientes, por lo que Javi decidió no molestarle. Una vez en la isla, emprendió viaje a través del túnel submarino y llegó a la playa interior donde vivía su amigo.

—Hola, chaval. ¿Qué tal te fue con tu madre? ¿Se enfadó mucho?

—Pues no tanto como yo esperaba. La verdad es que estaba muy nerviosa y preocupada.

—¿Sonrió con mi regalo? —preguntó el hombre con curiosidad.

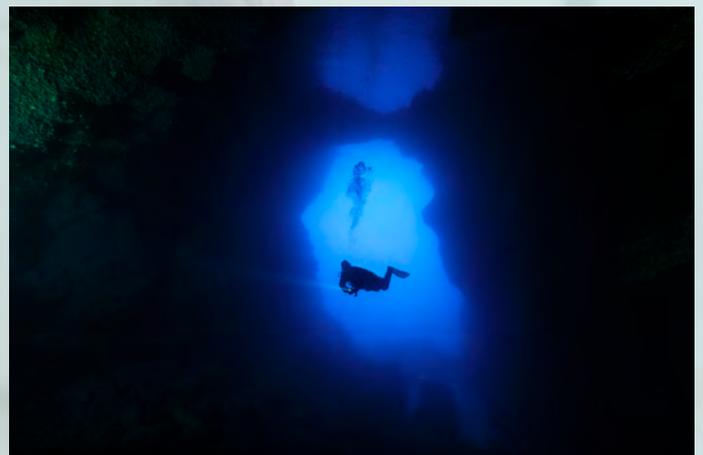
—¡Y tanto! —contestó Javi—. Traigo otra botella y creo que lleva un mensaje dentro para ti.

El hombre se sintió orgulloso de haber conseguido que aquella mujer desconocida hubiera sido feliz por unos instantes gracias a él. Abrió la botella intrigado y se puso a leer la carta que había dentro. Debió de gustarle lo que leyó, porque también sonrió complacido. Javi empezaba a sentirse ajeno a la situación que él mismo había creado.

—Te digo lo que vamos a hacer hoy. Te voy a enseñar a pescar con uno de esos fusiles que tengo en el chamizo. Coge el que más te guste y nos pondremos a bucear.

Javi agarró un fusil de madera que parecía muy antiguo y que tenía una varilla terminada en tridente.

—Así que quieres pescar pulpos, ¿eh? Buena elección.



El muchacho no sabía que aquel artilugio estaba pensado para la pesca del pulpo. Simplemente lo había cogido porque le atraía su forma. Esperó a que su maestro se colocara sus enormes aletas y unas gafas de buceo y se introdujeron juntos en el agua. Pasaron más de dos horas sumergidos y, cuando regresaron a la cueva, ambos iban cargados con más de veinticinco piezas y cuatro pulpos. Javi no cabía en sí de orgullo porque dos de los pulpos los había capturado él mismo. Se sentía triunfador. Quería salir del agua para comentar con su maestro todos los detalles de su recorrido bajo el mar, pero este no parecía hacerle caso. Se despojó con rapidez de la pesca y se sentó sobre un taburete frente a una mesa de madera tosca alumbrada por una vela. Y comenzó a escribir. Le escribió su primera carta a Lola. Se tomó un buen rato para que el papel recogiera todo lo que quería contarle y en la forma que deseaba hacerlo. Javi estaba extrañado, porque pensaba que lo que más le gustaba a aquel hombre era el contacto con el mar y sin embargo ahora estaba actuando como si no le importara nada la aventura que acababan de vivir. Además, la forma de sonreír del maestro le recordó a la de su madre del día anterior. Todo aquello era muy raro.

—Javi, llévale esto a tu madre. Y date prisa que se te hace tarde.

El niño obedeció sin rechistar y se anudó la botella a la cintura para iniciar el viaje de regreso. Al llegar a la playa, corrió a contarle a su madre que el maestro le había enseñado a hacer pesca submarina.

—Muy bien, hijo. Pero, ¿qué traes ahí?

—Es la botella, mamá. Traigo otra carta para ti de mi maestro.

Lola pareció ponerse nerviosa y guardó la botella, sin abrirla, en su bolsa de playa.

—Venga, vámonos. Se ha hecho muy tarde.

—Pero mamá, si son solo las ocho.

Lola no se enteró de lo que le decía su hijo. Recogió las cosas de la playa y empezó a caminar a paso acelerado como queriendo llegar enseguida a casa. Una vez allí, le dijo a Javi que se preparara lo que quisiera para cenar, que ella estaba muy cansada y que se iba para la cama. Entró en su habitación y cerró la puerta, cosa que nunca hacía. Javi pensó que los mayores se comportan a veces de forma extraña.

Los días pasaban y el niño compatibilizaba las excursiones submarinas con sus labores de mensajero. En una ocasión en que Lola se había encerrado en la habitación para leer el mensaje del maestro, el chiquillo pegó su oreja a la puerta y se puso a escuchar. La mujer estaba susurrando el contenido de la carta y aunque lo hacía en voz muy baja, el silencio absoluto del resto de la casa le permitía a Javi entender lo que decía.

«Sé que disfrutas cuando me lees. Dices que no te gusta mucho la lectura, pero yo te imagino enroscada en las sábanas y con tus ojos preciosos cabalgando al galope por las líneas de mis cartas. Y sonriendo. Tu sonrisa debe ser lo más precioso de tu precioso rostro. Sigue leyendo, Lola, que yo quedaré al otro lado de la bahía, escribiendo para ti eternamente».

A veces, a Javi le costaba entender lo que leía su madre, ya que esta alternaba la lectura con lamentos y gemidos tristes. Más tarde, la mujer comenzó a llorar y a repetir machaconamente la misma frase:

«¿Por qué no vienes a buscarme? ¿Por qué no vienes a buscarme?».

El niño ya no quería escuchar más. Aquella situación empezaba a resultarle desagradable. Se fue hacia su habitación para olvidar lo que había oído. Cuando fue a visitar a su maestro al día siguiente, él le estaba esperando preso de una gran tristeza.

—Hijo, estoy condenado a permanecer encerrado aquí de por vida. ¡Maldita suerte la mía!

—Pero, ¿no eres feliz con la vida que llevas?

—Eso creía yo, pero hace unos días que mi mundo ha cambiado de golpe y todo se me ha venido abajo.

Discreto, Javi no quiso preguntar los motivos de su angustia, aunque los conocía de sobra. Respetando la intimidad de su maestro, el chiquillo decidió volver por donde había venido y dejar al hombre solo con sus pensamientos. De regreso a la playa, Javi vio a su madre sentada sola en la terraza.

—¿Estás bien, mamá?

—Sí, perfectamente, no te preocupes, mi vida.

La conocía bien y sabía que mentía. Tenía los ojos llorosos y una cara muy triste. Tampoco quiso insistir con ella y al poco tiempo volvieron juntos a casa.

Llegó el noveno día y Javi fue una vez más al encuentro de su maestro. Esta vez Lola no le había dado la botella con su carta, lo cual le extrañó. Se acomodó las gafas y puso rumbo a la isla sin mirar atrás. Quizás, si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta de que esta vez no nadaba solo. Su madre se había metido al agua siguiendo el aleteo de su hijo. Pretendía conocer a aquel hombre que había cambiado su vida en un puñado de días. Ya que él parecía incapaz de ir a buscarla, lo haría ella, siempre tan decidida y segura de sí misma.

Lola no alcanzó a comprender cómo su hijo había desaparecido de su vista en cuestión de segundos, pero decidió continuar a su ritmo hasta alcanzar el islote. Una vez allí, recordó las indicaciones de Javi sobre cómo era la entrada a la cueva. Agarró aire y se sumergió buscando el túnel submarino que le llevaría hasta su deseado objetivo. Pronto se fue agotando y se le acabaron las reservas de aire en su pecho. Perdió el conocimiento. El tiempo se detuvo y su cuerpo quedó a merced de las corrientes. Pasaron los minutos. Pero despacio, muy, muy despacio...

Lola despertó en medio de la cueva bajo la isla. Estaba tumbada sobre la arena mientras su hijo le acariciaba el pelo con toda la ternura que era capaz de darle.

—¿Dónde estamos?

—Tranquila, mamá. Estás a salvo.

—¿Y dónde está él?

—Él ya no está. Y no estará nunca más. Hemos perdido a mi maestro de buceo. Solo puede haber dos personas en el océano que compartan el secreto del buceo verdadero, y ahora yo tengo que compartirlo contigo.

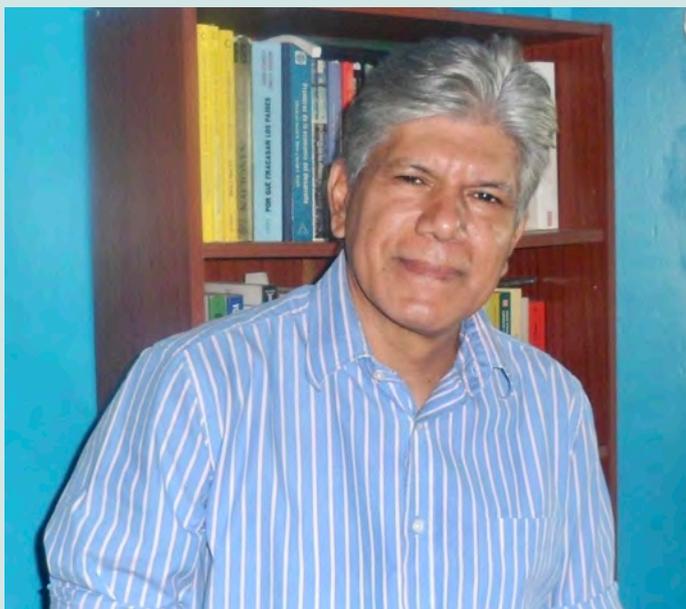
—¿Qué dices, hijo? ¡Eso no puede ser, tengo que verlo! ¡Necesito tenerlo a mi lado!

—Mamá, sé lo que te pasa. Nunca antes lo habías sentido como ahora... se llama AMOR. Y es imposible.



Relato: *La moneda de diez yenes (El viaje de un lector impenitente)*,

Isaías Covarrubias Marquina



Por Isaías Covarrubias Marquina. Profesor universitario en Venezuela (UCLA, ULA, UCV) y España (UNIA), consultor, investigador.

Son las 10:00 p.m. del jueves 31 de diciembre y leo la última línea de *Una temporada en el infierno*, el famoso poema que representa el único libro escrito en solitario por Arthur Rimbaud. Es el penúltimo de la meta de libros que me he exigido leer al año y he cumplido a cabalidad desde hace seis. El año 2020 no sería la excepción, pero por la cortedad del tiempo, y tratándose de un día donde se presentan tantas distracciones, había decidido de antemano cerrar la lista relejendo un libro de Haikus que a lo sumo me llevaría cuarenta minutos leer.

Voy a la biblioteca y busco donde tengo los libros de literatura japonesa el mencionado de Haikus, cuando de golpe recuerdo que una vez lo presté y nunca me lo devolvieron. Mi hijo Gabriel, Gabo para nosotros, se entera de la situación y lo involucro en el dilema de buscar ese último libro de lectura del año. Le pregunto si escuchar un audio libro de unos cuarenta minutos que es ya el máximo tiempo del que dispongo valdría como lectura final y me advierte: “No papá, eso sería trampa”, bastante entusiasmado de ser el árbitro de mi circunstancia, pues a los adolescentes les encanta hacer el papel de jueces de sus padres.

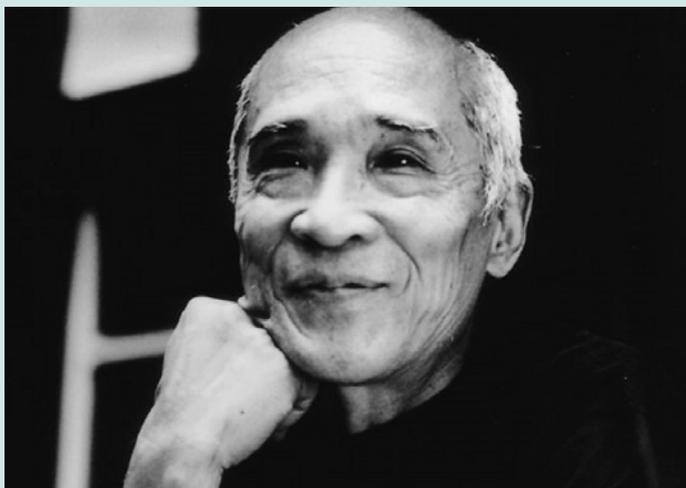
Entonces Gabo llega con un libro de su pequeña biblioteca y, sin quitarse una sonrisa pícaro del rostro, me dice: “Toma, papá, léete este”. Tiene treinta páginas, es de letras grandes y con abundantes dibujos, se llama

ma *Me casaré con la maestra*, de Danielle Fossette, una historia para niños de seis o siete años regalo de su madre y que juntos leyeron muchas veces mientras nuestro hijo a esa edad alcanzaba el sueño que lo llevaría a mundos fantásticos, o quizás a casarse con su maestra. Más allá de la broma, entiendo que leer un libro infantil que a lo sumo me llevaría cinco minutos hacerlo sería tomar un atajo muy fácil para cumplir con el cometido.

El tiempo corre, son las 10:30 y decido que la solución es leer uno de los tantos libros digitales que tengo y se adapte a mi circunstancia, pero nuevamente mi hijo hace de aguafiestas y me dice: “¿Y si se va la luz? Estamos en Venezuela, papá”. Asumo que, por inverosímil que parezca, tiene razón, sería un riesgo y descarto esa idea. Comienzo a desesperarme un poco y vuelvo a la biblioteca en busca del bendito último libro del año. De la misma sección de literatura japonesa, tomo uno de poesía de varios autores. No recuerdo si el libro me gustó o no, pues lo leí hace mucho tiempo, pero reparo en que servirá perfectamente a mis propósitos.

Le comento a Gabo que finalmente leeré el de poesía japonesa, pero me dice que no cree que un libro releído cuente para lograr la meta. Entonces le explico algo que él todavía no entiende por su corta edad, pero forma parte de esa experiencia formidable por la que pasa todo lector, y es que al momento de releer un libro por necesidad somos ya otra persona y es otro el libro que leemos, a menudo muy distinto al leído la primera vez.

11:30: Leo el último verso del último poema y me doy por satisfecho con el deber cumplido. Resultó que el poema que más me gustó la primera vez es el mismo que me gusta más con la relectura. Es del poeta Shuntaro Tanikawa y se llama *La moneda de diez yenes*, habla de un muchacho que tiene una última moneda de diez yenes y quiere darle a esta un uso especial, no gastándola en dulces o llamando por teléfono a un amigo. Entonces avista estacionado en la calle un soberbio auto de lujo, “Un auto altivo como una bella mujer”, y con el canto de la moneda raya su pulida e impecable carrocería. Luego tira la moneda hacia el tráfico de la calle atestada de gente. Le leo el poema a Gabo y coincidimos en que es raro, un poco perturbador, pero hermoso. Al final de todo, constato que ha sido una estupenda manera de finalizar el año en mi extraordinario viaje de lector impenitente.



La moneda de diez yenes

Con su última moneda de diez yenes el muchacho quiso hacer una llamada por teléfono. Quería hablar con alguien de confianza, En un lenguaje vulgar, pero ninguno de sus amigos tenía teléfono. La moneda de diez yenes estaba húmeda en su palma y olía a metal. (¿Por qué tengo que comprar chicle? Esta moneda de diez yenes se usará para algo más importante). Entonces el muchacho vio el auto, un auto altivo como una bella mujer, soberbio como una dicha inalcanzable... y, antes de que él mismo lo supiera, el muchacho, agarrando de su mano la moneda de diez yenes, rayó el bello pulimento, Un tajo largo y profundo... Luego el muchacho lanzó la moneda de diez yenes, con todas sus fuerzas, al corazón del tráfico urbano.

Shuntaro Tanikawa



Miguel A. Pérez

UNA
FINA
CAPA
SOCIAL



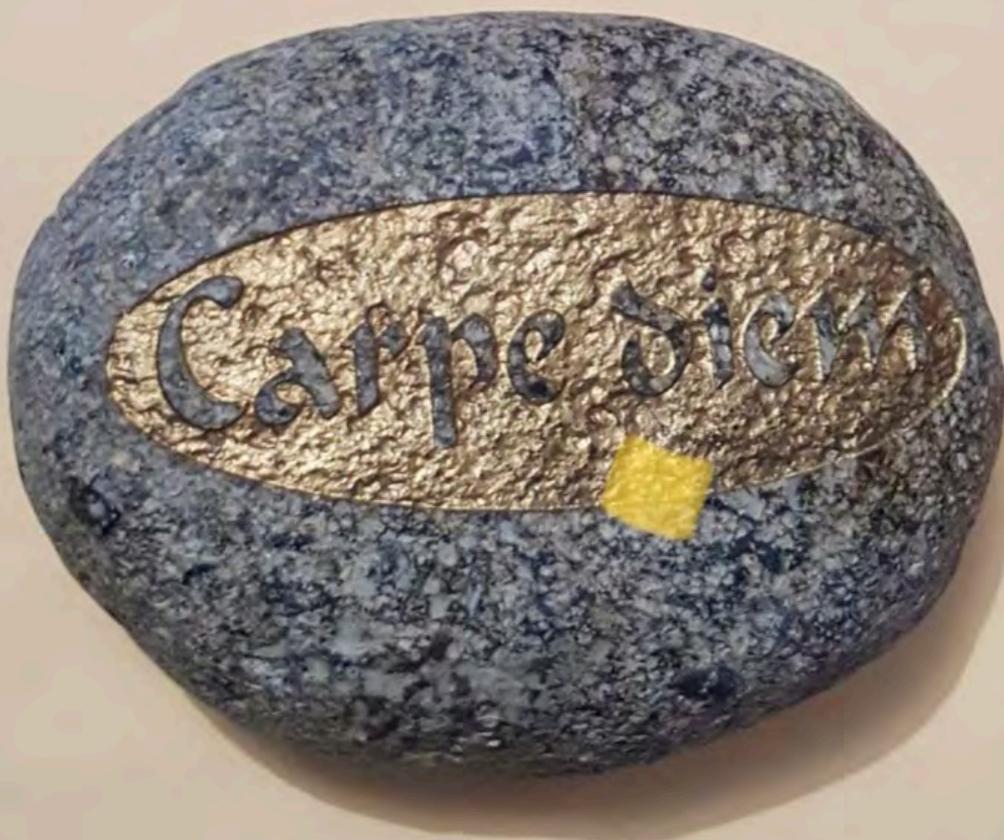
Ganador del premio internacional de ensayo
"Pensando el siglo XXI"



Nube de letras

POEMAS PARA
ABLANDAR
A LAS ROCAS

GUILLERMO VEGA ZARAGOZA



Poesía: *Poemas para ablandar a las rocas*, Guillermo Vega Zaragoza



Guillermo Vega Zaragoza. Nació en la Ciudad de México. Es periodista, poeta y narrador. Estudió la licenciatura en Periodismo y Comunicación Colectiva en la UNAM. Cursó el diplomado en Telecomunicaciones en el ITAM y el diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores de la SOGEM. Fue jefe de información de la revista *Tiempo*, fundada por el escritor Martín Luis Guzmán. Ha sido editor de información en *Revista de la Universidad de México*. Ha colaborado en el periódico *unomásuno*; en los suplementos culturales *La Jornada Semanal* del diario *La Jornada*, y en *Arena del diario Excélsior*; en las revistas *etcétera*, *La Risa de la Hiena*, *Fahrenheit* y *Ficticia*. Ha sido profesor de la UNAM, de la Universidad Anáhuac, de Universidad Iberoamericana, de Universidad del Valle de México y de la SOGEM, entre otras instituciones. Ha obtenido Mención Honorífica en el Premio Nacional de Poesía Marco Antonio Montes de Oca 2001 por *Espejo infinito*; en el Premio Nacional de Literatura Efraín Huerta 2001 por *Antología de lo indecible* y en la categoría de crónica en el concurso 33 de la revista *Punto de Partida* de la UNAM.

Escribir

Escribir como si no hubiera más remedio.
Escribir aunque sea un poco,
donde sea, cuando sea, como sea,
como si te estuvieras desangrando,
como si de veras te doliera,
como si se te fuera la vida,
como respirar un aire enrarecido,
como si fuera lo único importante.
Escribir aunque a nadie le importe.

Escribir como se arregla un jardín,
como les crecen ramas a los árboles,
como cae la lluvia sobre las flores,
como se escurre el agua entre la tierra yerma,
como el susurro de la madrugada,
como el rugido de un huracán.
Escribir como la brisa.
Escribir como la indecisión de la marea.

Escribir como un rinoceronte enamorado,
como el vaivén de unas caderas,
como el delgado tirante de un sostén.
Escribir en la noche sobre la noche.

Escribir sobre tu cuerpo.
Escribir al final de tu espalda
Escribir sobre tu ausencia.

Escribir como el llanto de un niño.
como un duelo de esgrima,
como un concierto de helicópteros,
como el tintineo de copas infinitas,
como una ráfaga de metralleta.
Escribir como una bomba atómica.
Escribir por escribir.
Escribir como nadie.



Razón de las palabras

dice Paul Valery
que el primer verso
lo facilitan los dioses
los demás los hace el poeta

otros dicen

ellos también han de saber

que los poemas vienen solos
sin forzarlos

quién sabe de dónde vienen
aparecen de pronto
sin más razón que las palabras

sé que
las palabras
han sido siempre
rondan por algún lugar
esperando que alguien las convoque

como en un sopor
en un trance
los sentidos se disminuyen
atravesando la línea del sueño
donde todo existe al mismo tiempo
porque no existe el tiempo

poetas sonámbulos
sueñan eternamente
en una tierra
de ciudadanos muertos



Te hablo del poeta

*Escribir es alegre.
Uno puede escribir
alegremente que se va a suicidar.*
Georges Perros

Voy a hablarte de un hombre
pero no de ése que escribe
con caligrafía palmer
y sueña a ser montaña
para tratar de conquistarte.
Te hablo de alguien
al que no le basta soñar
con ser montaña.
Él es la montaña.

Te hablo del poeta,
un ladrón, un forajido,
que sin vergüenza hurga en tus secretos.
Te hablo del poeta
que no renuncia a tu cuerpo,
al que le tiemblan las manos

cuando traza la agonía de tu perfil,
que muerde y ya no suelta
cuando lo tientas,
que se arrastra para lanzarse
desde el precipicio de tus senos,
el que más que tu esencia
desea la fragancia de tu centro,
que te sostiene la mirada
y puede morir bajo el peso de tus párpados,
el que blasfema y maldice
y al final se quedará siempre solo,
el que traicionaría a Dios
para descifrar el misterio rosado
al final de tu espalda.



El que recuerda todo
porque lo sabe todo.
El que no dibuja con luz
pues él es la luz.
El que no cree en señales
ni cambia tu nombre en la primera cita,

el que te conoce desde el principio
porque él ya era antes de ti.
El que hurta
y arranca vidas sin remordimientos,
el que habita en la soledad de tu cuaderno.

Te hablo del poeta,
el hombre con hambre de nombre,
el ser más desgraciado,
que medra, se arrastra,
traiciona y se agazapa.
El que no tiene amigos
ni te tiene a ti.
el que sólo tiene palabras
para sobrevivir,
aunque las palabras no sirvan de nada.



RAÍLES DE AZAR Y SANGRE

José Javier Muñoz



TORRE DE LIS



www.consultorliterario.com